

Faint, stylized musical notes and a treble clef are scattered around the title text.

La MELODÍA *de mi* VIDA



CARLOTA MANZANO

La
MELODÍA
de mi
VIDA

CARLOTA MANZANO

La
MELODÍA
de mi
VIDA

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

La melodía de mi vida

Carlota Manzano

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

La melodía de mi vida

Carlota Manzano

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

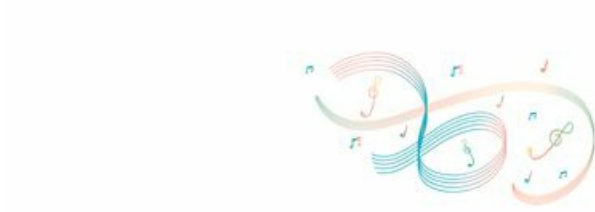
[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Ebba

—¡¡Nooo!! —grité con todas mis fuerzas perdiendo el control.

En mitad de la noche, con la lluvia descargando con intensidad en el exterior sin poder ver bien, frené con todas mis fuerzas al sentir un ruido raro en el coche que culeó y se deslizó por el asfalto varios metros sin poder hacerme con el control de él, hasta que paró en un saliente de gravilla.

Con el corazón a punto de salirse por la boca, respiré desacompasada, con miedo mientras parpadeaba varias veces temblando, sintiendo la tensión recorrer todo mi cuerpo. Cuando conseguí centrarme y ser consciente de la situación, puse el freno de mano y solté poco a poco el pedal del freno con movimientos demasiado lentos y temblorosos.

—Joder. —Me llevé una mano al pecho intentando controlar mis pulsaciones—. ¿Qué narices ha pasado?

Fijé la vista alrededor, hacia lo poco que iluminaban los faros del coche. Me había quedado en sentido contrario a que circulaba, por suerte apartada de la carretera que en ese momento estaba solitaria. Así estaba, sola y sin ver lo que me había desestabilizado conduciendo.

Cinco horas antes...

—Hola preciosa. —Se apoyó en el mostrador Maira, una de mis mejores amigas.

—¿Qué haces aquí? —Me incorporé despacio de la silla, sonriendo.

—¿Venir a verte? Ya me gustaría tener un planazo diferente por unas horas y pedirte una llave, pero por ahora se me resiste —sonrió de medio lado.

La llave a la que se refería no era otra que la de cualquiera de las habitaciones del hotel en el que yo trabajaba desde hacía ya tres años.

—Me queda media hora para salir —negué divertida.

—No *problem*, voy a esperarte en esos sofás mullidos. —Los señaló—. Erick no tardará en llegar, también se ha apuntado. Paula estaba liada con no sé qué, porque no la he dejado terminar de hablar cuando la he llamado —rio.

—Tú en tu línea, ya verás la que te cae cuando te vea —reí—. Podías haberme avisado.

—¿Para qué? Así de sorpresa es mejor, que nos conocemos. Ya no puedes decirme que estás cansada, bla, bla, bla
—Le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Lo puedo decir igualmente porque es la verdad. —Levanté una ceja—. La semana se me ha hecho muy pesada y todavía estoy a tiempo de coger el coche e irme.

—Ah, de aquí no sales si no es conmigo y con Erick —me señaló—, como si tengo que hacerte un placaje en la puerta.

—Habíamos quedado para mañana —reí al verla con toda la intención real de hacer lo que había dicho.

—Y se mantiene, lo de hoy es, cómo lo diría... —Se puso varios dedos en la barbilla— ¿Un adelanto? ¿Un calentamiento? Yo qué sé, hija que la cama no se va a mover de tu casa y no tardaremos mucho, qué faenita tengo que hacer contigo. —Puso los ojos en blanco.

—Faena dice, que solo era un comentario. —Le di un golpe en el brazo, sacando mi cuerpo por el mostrador—.
Lo único que no me lo esperaba, está bien.

—Ah, pues no me ha costado mucho esta vez —rio pasando su cuerpo por el mostrador, dándome un beso.

—Ni que te la diera alguna, anda déjame terminar de trabajar que como aparezca el jefe.

—Al jefe te lo camelas en un plis plas —sonrió traviesa.

—Lo que tú digas, siéntate —negué divertida.

Haciendo caso a mis palabras se alejó cantarina hacia uno de los sofás y yo seguí haciendo mi trabajo revisando las cuentas que también llevaba y comprobando las últimas facturas que había descargado mientras hacía pausas para atender a varios clientes.

El final de mi jornada llegó a las seis y media de la tarde, saludando a mi compañera Luz que trabajaba siempre en el turno de noche, la que solo se ocupaba de la recepción y de los clientes, llegando junto a mí puntual para reemplazarme.

Salí de mi puesto viendo a Maira repasando a todos los clientes potenciales que entraban por la puerta, según ella, claro, y me alejé hacia el vestuario sonriente para quitarme el uniforme, lo que no tardé en hacer.

—Hasta mañana, preciosa. —Escuché la voz de Mauro, mi jefe, detrás de mí al salir del vestuario.

—Hasta mañana. —Medio giré hacia él añadiendo a mis palabras un adiós con la mano.

—He visto que ahora tienes plan —confirmó pasando por mi lado y poniéndose en mi camino hacia la salida, apoyándose en la pared del pasillo.

—No lo dudo, Maira se hace notar —sonreí.

—Bueno, para la próxima vez intentaré ser más rápido. —Me hizo un guiño.

—¿La próxima vez? —Lo miré interrogante.

—Quería invitarte yo a un café o a lo que surja. —Curvó los labios.

—Bueno —carraspeé—, puedes traérmelo a la recepción mañana, cuando me incorpore.

—Auch. —Se llevó una mano al pecho—. No bajas la guardia ¿eh? ¿Algún día aceptarás?

—Mauro, hay líneas que no sobrepaso y una de ellas es la relación, jefe y empleada ¿lo pillas? —Me crucé de brazos.

—Pues tu despido es de carácter inmediato —respondió intentando no reír.

—Muy gracioso, tú inténtalo y te las verás conmigo fuera de aquí. —Lo esquivé riendo porque sabía que era broma.

—¡Eso es lo que quiero! —Alzó la voz riendo mientras me alejaba de él, lo que provocó que sonriera abriendo la puerta que me separaba de la zona principal.

Antes de salir giré hacia él, viéndolo con un brazo en alto, señalándome. Más me reí por su expresión cuando dejó la puerta cerrarse con mis últimas palabras por ese día.

—Créeme, si se da esa situación no te gustaría.

—Hola cariño —me sonrió levantándose Erick al llegar junto a él, al lado de Maira—. ¿Y esa sonrisa? ¿Algo que tengamos que saber?

—Que me acaban de despedir para intentar tener una cita y me han reincorporado al mismo tiempo —reí abrazándolo.

—Ese hombre no sabe cómo meterse entre tus piernas. —Soltó una carcajada Maira mientras salíamos por la puerta.

—Entre mis piernas solo se mete lo que yo quiero, y este no es el caso —negué.

—Madre mía, si yo tuviera esa oportunidad anda que no iba a hacer buen uso de todas las habitaciones que estuvieran libres. —Me echó un brazo sobre los hombros Erick.

—¿Te has cambiado de bando y no nos lo has dicho? Mal amigo. —Reaccionó dando un pequeño grito Maira.

—No. —Soltó una carcajada Erick—. Lo que he dicho, pero cambiando al género femenino.

—Menos mal que lo has aclarado, sino te hubiera hecho un interrogatorio intensivo —reí señalando hacia Maira, contagiándolos.

De esa manera llegamos a un bar que estaba cruzando la calle del hotel, al que solíamos ir cada vez que venían a por mí. Varias fueron las consumiciones que nos tomamos durante largas horas planeando la noche siguiente, hasta que una tormenta como hacía tiempo que no se daba empezó a descargar en el exterior.

—Nena, por lo que más quieras, ten cuidado por la carretera fantasmagórica esa —me pidió preocupada Maira antes de salir, parada en la puerta.

—No te preocupes, me la sé de memoria —le quité importancia.

—¿Quieres quedarte en mi casa? Aunque sea hasta que afloje —me ofreció Erick con la vista fija en la calle.

—No, te lo agradezco. Tengo ganas de llegar. —Me colgué de su brazo.

El momento de salir a la calle se hizo esperar un poco entre bromas, apostando a ver quién era el primero que besaba el suelo por algún resbalón o salía nadando por la cantidad de agua que caía en ese momento. Viendo que no tenía pinta de aflojar, nos despedimos y salimos todos corriendo en varias direcciones, yo directa hacia mi coche al que llegué empapada, pero sin incidentes.

En el presente...

Desconfiada y temerosa por lo que pudiera encontrarme fuera, pero necesitando comprobar si había algo que me indicara qué había pasado o si tenía que preocuparme por algo, abrí la puerta después de tomarme mi tiempo en recomponerme, bajando en plena tormenta y dejando el motor en marcha. Total, ¿qué más daba un poquito más de agua? Ya iba muy mojada porque el coche no estaba aparcado cerca del bar precisamente y en el recorrido hasta él me había puesto perdida.

Con varios escalofríos me dirigí hacia el maletero con intención de coger una linterna que siempre llevaba, a la que le di varios golpes al no encenderse, tirándola otra vez dentro soltando un bufido porque no me servía de nada. Llegué a la altura de los faros delanteros mientras el agua me calaba, agachándome y pasando la mano despacio por todo el frontal, mirando a conciencia si había impactado con algo. Nada, el parachoques y el capó estaban intactos, al menos lo que podía apreciar con la escasa iluminación que me rodeaba. Sin encontrar ningún daño ni rozadura, arrugué el gesto sin entender nada, porque en un principio había pensado que había chocado con algo, pero por lo visto no había sido así.

Me incorporé y miré hacia la dirección que iluminaban los faros, empezando a caminar hacia allí, hacia el punto en el que pensaba que había perdido el control y el coche se había empezado a descontrolar.

—Joder, juraría que lo ha provocado algo. —Miré hacia todos los lados alejada en la oscuridad, sin rastro de nada en medio de la carretera.

Desconfiada y soltando un suspiro después de unos segundos corrí hacia el coche. Comprobé las ruedas antes de meterme y entré rápido con la seguridad de que todo estaba bien, activando el cierre.

Sin poder quitarme la intranquilidad que todo me había provocado, intenté centrarme encendiendo la calefacción para no coger una pulmonía mientras me secaba un poco con varios pañuelos que saqué del bolso. No tardé en ponerme otra vez en marcha con más precaución de la que había llevado durante todo el trayecto antes de lo sucedido.

Mi nombre es Ebba y ese fue el preciso instante en el que mi vida daría un giro inesperado...

e
d

1

Capítulo 2



Eran las once de la mañana del sábado cuando salía por la puerta de mi habitación, directa hacia la cocina para prepararme el primer café del día y tomarme una pastilla por el dolor de cabeza con el que me había levantado después de la fiesta de la noche anterior, la que se alargó junto a mis amigos cerca de las cinco de la madrugada.

Medio sonámbula me senté en el sofá con la taza en la mano, encendiendo el televisor con la intención de tumbarme en cuanto me bebiera el café y ver lo que fuera hasta que volviera a quedarme dormida ya que los fines de semana no trabajaba, sintiendo que no tardaría en suceder.

No me había despertado por mí misma, los gritos en el piso de arriba habían sido el motivo por el que había abierto los ojos y ya no había podido conciliar el sueño otra vez. Por suerte ya habían cesado, pero desde ese momento, intranquila y atenta a cada sonido que llegaba hasta mí, no había podido dejar de darle vueltas a la idea de que no tardaría en llamar a la puerta de mi vecina, la que conocía muy bien, para saber cómo estaba.

Pero los planes de volver a dormirme en el sofá quedaron apartados en el mismo momento en el que la pantalla de la televisión se iluminó y apareció la imagen de una mujer dando una noticia que captó toda mi atención antes de poder cambiar de canal, dejándome con la mano que sujetaba el mando en alto, agrandando los ojos.

«Aún no se sabe nada sobre el trágico accidente de moto que sufrió Luc, el vocalista del exitoso y famoso grupo musical MusicLife, la noche del pasado jueves. Sus fans están desolados y sin saber el estado real del cantante. Su representante ha dado un comunicado a primera hora de la mañana, en el que informa que su estado es grave y aún no ha despertado, pero que tienen puestas todas las esperanzas en que Luc saldrá victorioso de la situación. Comunicado en el que da las gracias a todos sus fans y a las personas que se han acercado al hospital Emery donde está ingresado. El incidente como ya he comentado se dio la noche del jueves, en la carretera...».

Tragué saliva, mientras los nervios se apoderaban de mí al seguir escuchando todos los datos que esa mujer dio: dónde ocurrió el accidente, la hora aproximada y el resto de la información de la que disponía. Temblando y descompuesta, dejé la taza en la mesa pequeña que tenía al lado, con los ojos nublados por las lágrimas por lo que suponía lo que acababa de escuchar.

—No puede ser, no, no... —susurré con un nudo en la garganta.

Me levanté despacio del sofá dejando a mis piernas libres ir de un lado a otro de la casa, sin poder quedarme quieta a pesar de que me sentía mareada por la impresión. Cuando llegué al salón otra vez, corrí hacia el mando para apagar la tele y cogí el móvil metiéndome en internet para encontrar todas las noticias que pudiera sobre el accidente, deseando apartar los pensamientos que estaba teniendo en ese momento.

Conocía perfectamente a ese grupo, ¿quién no lo hacía? Tenían mucho éxito y como la mujer que daba la noticia estaba explicando cuando volví al salón y la apagué, era un grupo que se había hecho camino poco a poco hasta conseguir la fama mundial, con millones de seguidores que los respaldaban y los seguían allá a donde fueran.

Poco más pude encontrar en internet de lo que había escuchado, solo conjeturas de lo sucedido que me fueron poniendo peor según fue pasando el tiempo.

Asustada, salí de mi búsqueda y marqué el número de Maira sabiendo que mientras dormía lo dejaba en vibración y lo tendría al lado.

—Joder, nena, que aún no he vuelto a la vida. —Lloriqueó al responderme, con voz ronca.

—Maira, ha pasado algo, yo, yo...

—¿Qué te pasa? —me preguntó cambiando el tono de voz al instante, sintiendo a través de la línea cómo se movía.

Se había despertado de golpe, de eso estaba segura y me la imaginé levantándose de la cama nerviosa al escucharme de esa manera, llorando.

—No sé si he hecho algo...

—¿Qué quieres decir? Joder, Ebba, ¿qué pasa?

—Creo que he provocado un accidente —respondí desconsolada.

Era la primera noticia que tenía, a ninguno de mis amigos les había explicado la noche anterior cuando nos vimos lo que me sucedió volviendo a casa la noche del jueves. No por nada, sino porque opté por callármelo, no había sucedido nada y sabía cómo de nerviosos se pondrían si lo decía.

—Pero vamos a ver. —Intentó centrarse—. ¿Cómo va a ser eso? Si hace pocas horas que te he dejado en casa y te acabas de levantar, ¿no?

—Hoy no, el jueves. —Lloré más, nerviosa— ¿Has escuchado las últimas noticias?

—No me estoy enterando de nada, joder. No, no estoy al día.

—Pon la tele. —Miré la mía apagada, de reojo.

—Voy a vestirme, en nada estoy ahí y me enseñas lo que quieras, ¿vale? Tranquilízate, seguro que no es lo que estás pensando. Ahora me lo explicas en persona porque no estoy pillando nada.

Con esas palabras me colgó y yo me desplomé en el sofá descompuesta ante la posibilidad que no se me quitaba de la cabeza. Me froté las manos temblorosas, preocupada porque yo hubiera podido provocar algo en otra persona de esa envergadura, daba igual si era famoso o no, mi reacción sería idéntica en las dos situaciones.

No podía pensar, me costaba respirar y con pánico por el resultado de todo me tumbé en el sofá intentando controlar la respiración hasta que Maira llamara a la puerta.

Lo que no tardó en suceder después de veinticinco minutos que se me hicieron interminables y en los que no había conseguido mi propósito.

De esa manera abrí la puerta de golpe, con los ojos cubiertos de lágrimas ante la cara preocupada de mi amiga que sin preguntarme entró cerrando tras de sí y me abrazó intentando calmarme.

—Vamos al sofá. —Tiró de mi mano cuando nos separamos—. ¿Qué ha pasado cariño? No he entendido nada, ¿por qué estás así?

Sin contestarle cogí el móvil y busqué la noticia del accidente del vocalista del grupo MusicLife, la que estaba por todos lados. Se la puse delante y me acurruqué en el sofá viendo como la leía y me miraba de vez en cuando sin comprender nada.

—Joder, Luc ha tenido un accidente —dijo al terminar de leer—. Mierda, me encanta su música, es tremendo ese grupo y él en todos los sentidos. —Soltó un bufido.

—Sí, lo sé. —Desvié la mirada.

—Lo siento mucho por él, pero es que no me entero Ebba, ¿qué tiene que ver esto por cómo estás? ¿Tanto te ha afectado la noticia? Un momento. —Se levantó de golpe agrandando los ojos—. Has dicho que crees que has provocado un accidente ¿Te piensas que has sido tú la responsable? Ya puedes contarme qué pasó el jueves cuando nos despedimos.

Sin esperar más tiempo le expliqué lo que me sucedió esa noche, con todos los detalles desde que salimos corriendo del bar y nos despedimos, mientras la veía ir de un lado al otro hasta que se paró delante de mí cuando acabé.

—¿Por qué mierda no me dijiste nada cuando llegaste a casa esa noche?

—Porque no había pasado nada y no quería preocuparte. Lo comprobé y me aseguré de todo, joder.

—Lo que no querías es escucharme, mierda Ebba. Te he dicho miles de veces que no pases por esa carretera más, y menos cómo llovía el jueves, joder.

—Sabes que acorto mucho camino, nunca había pasado nada. —Negué con la cabeza—. No pensé que... Maira me la sé de memoria.

—Cariño, ya lo sé, es que estoy histérica. Todo esto tiene que ser una coincidencia. Sí, eso es. Comprobaste el coche y estaba perfecto y después caminaste hacia la zona, no viste nada. —Se sentó a mi lado abrazándome—. Por cierto, la próxima te quedas dentro del coche, solo a ti se te ocurre salir en esas condiciones y sola.

—Tenía que mirar. Pero pudo salirse de la carretera por mi culpa, iba en moto y apenas se veía. —Lloré.

—Joder. —Me apretó contra ella—. Sabes que por tu culpa no sería, más bien él perdería el control con la que caía. ¿No viste luces antes de que pasara? —Negué con la cabeza.

—Tengo que saber si tengo algo que ver con lo que le ha pasado. —Me estremecí.

—Para el carro, estoy segura de que tú no fuiste. —Se separó de mí.

—¿Y si no es así? No puedes saberlo y yo no puedo vivir con esa posibilidad. —Negué con la cabeza—. Son muchas coincidencias, Maira y todavía no sé por qué mierda perdí el control del coche sin sentido.

—Cariño, pero es que si fuiste tú... —Se le humedecieron los ojos.

—Lo sé —tragué saliva—, pero tengo que hacerlo, es lo justo. No puedo dejarlo pasar como si no hubiera sucedido.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ir a la policía —aseguré.

—Una mierda, primero tienes que asegurarte de que lo que piensas es lo que sucedió. —Se levantó nerviosa.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—¿Has sido alguna vez una fan alocada de un cantante famoso? —Curvó los labios en un intento de hacer un comentario divertido.

—No pienso colarme en el hospital. —Agrandé los ojos.

—Oh, sí, cariño, eso precisamente vamos a hacer —aseguró dando varias palmas.

—Pero ¿con qué sentido? Si no ha despertado. Han dicho que está grave, no puedo saber nada sin que esté consciente.

—¿Quién lo sabe? Lo mismo han omitido esa información para darle más tiempo.

—Maira, de verdad, no lo veo.

—Ni falta que hace, ya lo hago yo por ti. Venga arriba. —Tiró de mí levantándome del sofá.

—¿Tú crees que ha sido por mi culpa? —Me removí nerviosa.

—Cariño, eres la más prudente que conozco conduciendo y siempre sabiendo cuándo tienes que pisar el acelerador. No creo que esa noche precisamente se te fuera la cabeza. Ese hombre por muy famoso que sea y por mucha cúspide en la que esté tuvo mala suerte por conducir una moto en mitad de la noche, en una carretera sin iluminar y con lo que llovía, joder si casi no se veía. ¿Que si has sido tú? No tengo respuesta porque tú tampoco lo tienes, pero lo vamos a averiguar y después harás lo que necesites hacer. —Tragó saliva nerviosa.

—¡Dios mío! —Me tapé la cara con las manos.

—Una mierda, primero tienes que asegurarte de que lo que piensas es lo que sucedió. —Se levantó nerviosa.

—¿Cómo voy a hacer eso?

—¿Has sido alguna vez una fan alocada de un cantante famoso? —Curvó los labios en un intento de hacer un comentario divertido.

—No pienso colarme en el hospital. —Agrandé los ojos.

—Oh, sí, cariño, eso precisamente vamos a hacer —aseguró dando varias palmas.

—Pero ¿con qué sentido? Si no ha despertado. Han dicho que está grave, no puedo saber nada sin que esté consciente.

—¿Quién lo sabe? Lo mismo han omitido esa información para darle más tiempo.

—Maira, de verdad, no lo veo.

—Ni falta que hace, ya lo hago yo por ti. Venga arriba. —Tiró de mí levantándome del sofá.

—¿Tú crees que ha sido por mi culpa? —Me removí nerviosa.

—Cariño, eres la más prudente que conozco conduciendo y siempre sabiendo cuándo tienes que pisar el acelerador. No creo que esa noche precisamente se te fuera la cabeza. Ese hombre por muy famoso que sea y por mucha cúspide en la que esté tuvo mala suerte por conducir una moto en mitad de la noche, en una carretera sin iluminar y con lo que llovía, joder si casi no se veía. ¿Que si has sido tú? No tengo respuesta porque tú tampoco la tienes, pero lo vamos a averiguar y después harás lo que necesites hacer. —Tragó saliva nerviosa.

—¡Dios mío! —Me tapé la cara con las manos.

Capítulo 3



—¿Qué haces aquí? —Me sorprendí al ver en el aparcamiento del hospital a Paula.

—Ay Ebba, que Maira me lo ha explicado mi niña. —Me abrazó fuerte.

—La he llamado mientras te vestías, necesitábamos refuerzos —comentó Maira.

—Pero ¿de verdad os pensáis que podremos entrar las tres y pasar desapercibidas? —Las miré sin creermelo lo que íbamos a hacer.

—Ese es el plan, sí —confirmó decidida Maira.

—A que todavía nos detienen por querer llegar hasta él. —Solté un bufido mirando hacia la entrada del hospital, la que vi demasiado pequeña para poder entrar por ella, en ese estado de nervios me encontraba—. Esto tiene que estar plagado de seguridad.

—Siempre podemos decir que es que estamos locas por Luc y queremos un hijo suyo, la ofrenda de las bragas nunca falla —rio Maira.

—Por Dios, nena, que el hombre está moribundo. —Agrandó los ojos Paula—. Aunque tengo una braga en el bolso por si la necesitamos.

—No digas eso, se tiene que recuperar. —Tragué saliva, descomponiéndome.

—Lo siento, no quería... —Me miró preocupada Paula.

—¿Y tú para qué llevas una en el bolso? —Entrecerró los ojos Maira, ignorando lo último

—Bueno, es que hace dos noches tuve una velada loca y salí de un hotel sin ella puesta —rio—. Y ahora que lo

has dicho me lo has recordado.

—Anda que —negué divertida.

—¿Qué queréis? No la iba a dejar atrás, me costó un pastón y después se me olvidó sacarla del bolso porque cambié a otro. —Se encogió de hombros Paula.

—Vamos a centrarnos, por favor. —Solté un bufido.

—Sí, será lo mejor —sonrió de medio lado Maira, mirándola de reojo.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Paula agarrándome de una mano.

—No podemos preguntar en la recepción porque nos echaran al instante —dijo pensativa Maira.

—Brillante deducción. —Puse los ojos en blanco.

—Silencio, estoy tramando un plan y me despistáis. —Empezó a caminar en círculos concentrada a nuestro alrededor.

La cabeza de Paula giró siguiéndola, yo me agobié y me dejé caer apoyándome en el coche de Maira, con el que habíamos llegado hasta allí. Y si continuábamos de la misma manera, no tardaríamos en volver a montarnos en él para hacer el camino de vuelta.

—Ya lo tengo. —Dio varias palmas Maira—. Me voy a colar yo sola, así será más rápido. Averiguo en qué habitación está y salgo pitando para decírtelo —me sonrió.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —Levanté una ceja nada convencida.

—Tú déjame a mí y no lo quieras saber porque si te lo digo me metes en el coche de los pelos. Ah, no. —Levantó las manos al ver que me separaba del coche y daba un paso hacia ella—. Paula, sujétala.

—¿Cómo? —le preguntó ella extrañada.

—A la de una, a la de dos y... tres, ¡ahora! —gritó girando y corriendo hacia la entrada del hospital.

—Dios, se ha metido en el papel. —Agrandó los ojos Paula.

—No quiero ni pensar cuanto se va a meter en el papel. —Me tapé la cara temiendo que la sacaran a rastras de allí.

—¿Tú crees que lo conseguirá?

—Es Maira. —Solté un suspiro.

—¿Y...? —Me miró de reojo.

—Hace falta que te diga que si no lo consigue ella no lo hará nadie. —Levanté una ceja mirándola.

—Ya, es verdad —dijo pensativa, para acabar riendo.

Cuarenta minutos fueron los que esperamos sin que respondiera al móvil. Pensando en que si no la habían echado al menos estaría consiguiendo algo, intenté relajarme pasando el tiempo con Paula entrando y saliendo del coche por los nervios que tenía, sin saber que más hacer.

Su figura apareció saliendo por la puerta casi a los cincuenta minutos. Por la sonrisa que distinguí desde la distancia solté un suspiro y salimos del coche en el que estábamos en ese momento para darle encuentro impacientes por escucharla.

—¿Cómo ha ido? —le pregunté en cuando llegó a nosotras.

—No he podido conseguir casi nada. —Arrugó la nariz.

—Llevas dentro casi una hora y no has conseguido nada ¿qué has estado haciendo? —Agrandé los ojos.

—Bueno, es que he encontrado en mi camino a un tío muy interesante y...

—¡No me lo puedo creer! —La miré sin salir del asombro.

—Si me dejas continuar. —Se cruzó de brazos—. Pues eso, que he dado con un enfermero la mar de mono. Me lo he camelado, lo he llevado a que hiciera lo que quería y...

—¿Qué es? —Quiso saber emocionada Paula mientras yo ponía los ojos en blanco.

—Ay nena, que me lo tirado, no pillas nada —rio Maira—. Pero... —levantó un dedo— he conseguido saber en qué planta está Luc.

—¿Y de qué me sirve eso? Hay muchas habitaciones. —Me desplomé dejándome caer en el coche.

—Eso te sirve para colarte dentro e ir directa hacia esa planta, cariño. —Se puso frente a mí Maira.

—Da igual, es lo más descabellado que he escuchado y pensado —negué triste.

—Escúchame, es lo que necesitas y lo vas a hacer, ¿me oyes? Hoy o mañana, cuando te veas con fuerzas te vas a colar dentro de ese hospital y vas a ir a la tercera planta, en esa está. Si tienes que mirar habitación por habitación es lo que harás ¿está claro?

—¿Cómo piensas que voy a hacer eso? No tengo acceso, me van a echar en cuanto se den cuenta. —Tragué saliva.

—Bueno, además de todo lo que he hecho ahí dentro. —Señaló hacia el hospital con la cabeza—. Déjame decirte que vas a ser una de las enfermeras más sexys de todo el hospital cuando lo hagas. —Me hizo un guiño.

Ante mi cara interrogante y desconfiada viéndola venir, rio mientras apoyaba el bolso en el coche. De él sacó un uniforme de enfermera bien doblado en una bolsa, el que me ofreció para que cogiera.

—¿Lo has robado? —Agrandó los ojos Paula.

—No, perdona, lo he cogido prestado. —Levantó un dedo remarcándolo.

—Madre mía. —Me llevé una mano a la frente, presionándomela.

—Nadie ha visto nada y lo devolverás cuando ya no te sirva. El enfermero con el que me liado me ha llevado a la sala que le he pedido, diciéndole que me daba mucho morbo. ¡A la sala dónde tienen todo esto! —explicó al ver nuestras caras levantando el uniforme— Sin que me viera porque él tenía los ojos cerrados en algo más placentero que sentir, me lo he guardado rápido en el bolso. Lo que no sé, es si tendrás que ponerte un cinturón para que no se te caiga, o ni podrás respirar. Como que no estaba para mirar la talla, con tener la boca llena tenía bastante. — Soltó una carcajada.

—No lo veo, de verdad que no. —Moví la cabeza varias veces, nerviosa—. Guarda eso, leches —le pedí intentando que volviera a meter el uniforme dentro del bolso.

—¡Qué no, jolín! Que es perfecto. Eres la única que no lo ve ¿verdad? —Le dio varios codazos a Paula al ver que no reaccionaba.

—Eh, sí, claro. Es un planazo —aseguró ella mirándonos a las dos.

Satisfecha por cómo le había salido la jugada, Maira movió otra vez el uniforme frente a mí porque aún no lo había cogido, animándome a llevar a cabo su plan. ¿Y qué hice yo? ¿Utilicé la lógica? Nooo, ¿para qué?

Acabé cogiendo el uniforme lila sin poder dejar de mirarlo y preguntándome si podría llevar a cabo lo que necesitaba hacer.

—Vámonos de aquí, necesito pensar. —Tragué saliva—. Gracias por todo. —Las miré con cariño.

—Déjate de gracias y vamos a comer que con el orgasmo se me ha abierto el apetito. —Me sacó la lengua Maira mientras me abrazaba—. Todo va a salir bien —susurró sin soltarme—, y cuando te asegures de que es una locura lo que piensas lo vamos a celebrar. No estás sola ¿me oyes?

—Ya lo sé. —Me emocioné apretándola contra mí.

—Al menos te ha merecido la pena hacer de investigadora —rio Paula acercándose a nosotras, abrazándonos.

—No lo sabes bien, niña. —Soltó una carcajada Maira—. Ya me he quitado la espinita de hacerlo en un hospital. La de series que me he tragado pensando en que yo quería vivir eso.

Entre risas de las dos nos montamos en el coche. Por mi parte lo máximo que pude hacer fue sonreír forzada por la sensación que tenía. La que se acrecentó cuando Maira puso el coche en marcha y nos alejamos de allí, pasando cerca de la entrada del hospital y dejándola atrás.

Bajé la mirada hacia el conjunto de enfermera y lo guardé rápido en el bolso, cerrando los ojos.

—Eh, sí, claro. Es un planazo —aseguró ella mirándonos a las dos.

Satisfecha por cómo le había salido la jugada, Maira movió otra vez el uniforme frente a mí porque aún no lo había cogido, animándome a llevar a cabo su plan. ¿Y qué hice yo? ¿Utilicé la lógica? Nooo, ¿para qué?

Acabé cogiendo el uniforme lila sin poder dejar de mirarlo y preguntándome si podría llevar a cabo lo que necesitaba hacer.

—Vámonos de aquí, necesito pensar. —Tragué saliva—. Gracias por todo. —Las miré con cariño.

—Déjate de gracias y vamos a comer que con el orgasmo se me ha abierto el apetito. —Me sacó la lengua Maira mientras me abrazaba—. Todo va a salir bien —susurró sin soltarme—, y cuando te asegures de que es una locura lo que piensas lo vamos a celebrar. No estás sola ¿me oyes?

—Ya lo sé. —Me emocioné apretándola contra mí.

—Al menos te ha merecido la pena hacer de investigadora —rio Paula acercándose a nosotras, abrazándonos.

—No lo sabes bien, niña. —Soltó una carcajada Maira—. Ya me he quitado la espinita de hacerlo en un hospital. La de series que me he tragado pensando en que yo quería vivir eso.

Entre risas de las dos nos montamos en el coche. Por mi parte lo máximo que pude hacer fue sonreír forzada por la sensación que tenía. La que se acrecentó cuando Maira puso el coche en marcha y nos alejamos de allí, pasando cerca de la entrada del hospital y dejándola atrás.

Bajé la mirada hacia el conjunto de enfermera y lo guardé rápido en el bolso, cerrando los ojos.

Capítulo 4



El dichoso uniforme me había estado atormentando cada vez que había pasado junto a él y eso se había dado demasiadas veces. Los días habían ido pasando, ya era martes y seguía sin atreverme a dar el paso que necesitaba.

El sábado, después de irnos del hospital, mis amigas estuvieron conmigo intentando animarme y quitándole importancia a todo. Por breves espacios de tiempo conseguí relajarme y verlo todo de diferente manera y así continuaron durante todo el fin de semana.

Breves, porque en cuanto tenía mis momentos de soledad mi cabeza no paraba, las dudas me asaltaban y el temor se apoderaba de mí. El comienzo de semana en el trabajo se me había hecho interminable y mi estado de ánimo había sido demasiado evidente para quien me conocía, sin poder dejar de estar al día de todas las noticias sobre Luc, las que no habían variado.

No eran las siete de la tarde del martes cuando entraba por la puerta de casa y no sabía decir qué me motivó a tener el impulso que tuve, pero en cuanto entré en la habitación fui directa hacia el uniforme que se mantenía intacto dentro de la bolsa encima de la cómoda y lo saqué, extendiéndolo y mirándolo con atención.

Decidida cogí el móvil mientras iba hacia el baño y le escribí el mensaje a Maira que esperaba desde hacía días.

Yo: *Allá voy, reza por mí. Te aviso por si aparezco en las noticias, para que no te dé algo si ves en los titulares... «Una fan loca se ha hecho pasar por enfermera para llegar hasta Luc. ¿Hasta dónde están dispuestas a llegar?, a la gente se le va la cabeza», esa sería yo y lo más bonito que dirían de mí.*

Su respuesta no se hizo esperar:

Maira: *Dios, por fin. Ya pensaba que cuando te decidieras le habrían dado el alta. Joder, qué rabia no poder verte en acción. Dales duro, como tú sabes y olvídate de lo que puede salir mal, a por todas.*

Yo: *Duro me van a dar a mí como me descubran, que será lo más seguro. Te dejo antes de que me pare a pensarlo y cambie de opinión.*

Solté el móvil y lo dejé a un lado escuchando el pitido de varios mensajes, los que no miré metiéndome en la ducha rápido y saliendo de la misma manera sin perder tiempo.

Vestida y con el uniforme dentro del bolso, salí de casa directa hacia el coche leyendo los últimos mensajes de Maira, sonriendo sin poderlo evitar.

—¡Joder! —chillé al llegar al coche y sentir que alguien se colgaba de mi cuello desde atrás, reconociendo la risa inconfundible de Maira—. ¿Qué haces aquí? —La miré de reojo.

—Qué cara se te ha quedado. —Se soltó doblándose de la risa.

Me crucé de brazos mosqueada por el susto que me había dado, esperando a que hablara.

—No pensabas que te iba a dejar sola ¿no? —sonrió.

—Tengo que hacerlo de esa manera. —Solté un bufido—. Como me hagas pensarlo mucho vuelvo a entrar en casa.

—Ah, eso no te lo crees ni tú, vamos. —Me quitó las llaves del coche de la mano y abrió, montándose al volante.

Soltando un suspiro rodeé el coche hasta llegar a la puerta del copiloto mientras arrancaba.

—Maira —dije cuando empezó a circular, mirando a través de la ventanilla.

—¿Sí?

—Gracias. —Tragué saliva porque por mucho que hubiera dado a entender lo contrario, necesitaba tenerla al lado

—¿Cómo lo vas a hacer? —Quiso saber quitándole importancia con una mano, haciéndome sonreír cuando la miré.

—No tengo ni idea. —Puse los ojos en blanco.

—Algo habrás pensado —sonrió de medio lado.

—Bueno... —Carraspeé—. Entraré e iré directa hacia el baño de la planta baja, allí nadie preguntará hacia dónde voy ni quién soy porque puedo estar en la sala de espera. —Me encogí de hombros—. Me cambiaré y saldré como

si el hospital fuera mi lugar de trabajo. —Lloriqueé porque no lo veía claro.

Ante mi reacción soltó una carcajada en la que no pude acompañarla porque estaba descompuesta solo de imaginar qué haría después.

—Saldrá bien. —Me apretó la mano.

—Todo puede ser que duerma en un calabozo esta noche. —Solté un bufido.

—Tú tranquila, que si eso ocurre iré a visitarte y te llevaré comida —asintió decidida.

—No me des tantos ánimos. —Me recosté con un intento de sonrisa.

—Venga que hoy se terminará la tortura.

Esas fueron sus últimas palabras a las que no respondí mientras recorriamos la distancia hacia el hospital Emery.

—Me esperas aquí ¿vale? —Me giré hacia ella en cuanto estacionó el coche en el aparcamiento.

Después de que asintiera, abrí la puerta y salí decidida, una decisión que era todo fachada por los nervios que tenía, arrepintiéndome antes de tiempo de los pasos que iba a dar. Conseguirlo no sabía si llegaría a hacerlo, pero que ya no había vuelta atrás era algo a lo que me aferré porque necesitaba aniquilar la duda para volver a la normalidad, o eso esperaba.

—Vale, baños —dije entrando sin pararme siguiendo las indicaciones.

En cuanto estuve a cubierto me metí dentro de una de las puertas para tener privacidad y me cambié guardando mi ropa dentro del bolso, esperando para salir unos minutos.

—Mierda, es muy pequeño —dije agobiada mirando hacia el pecho, aguantando la respiración e intentando inclinarme para dar de sí el pantalón sin mucho resultado.

Salí y fui directa hacia la puerta sin querer mirarme ni en el espejo, mientras me acomodaba el uniforme, hasta que una palmada en el trasero me hizo dar un respingo y girarme rápido, encontrándome a Maira.

—¿Qué haces aquí? —susurré nerviosa.

—Joder, te queda perfecto —sonrió satisfecha mirándome de arriba abajo.

—¿Perfecto? Si ya mismo estoy morada, me va a reventar —negué con la cabeza.

—Lo que tú digas. Una cosa te digo —se acercó a mí susurrando—, como el tal Luc se despierte en el momento en el que estés a su lado te lo cargas por el impacto. —Señaló hacia el escote.

—Deja de decir tonterías. —La miré soltando un bufido antes de girarme e ir en busca de las escaleras para subir a la tercera planta, ni ganas tenía de esperar al ascensor—. No me sigas. —Me paré en el inicio de ellas, girándome.

—Cariño, solo voy como apoyo, ni te darás cuenta de que estoy. —Puso cara de buena.

—Maira, lo digo en serio. Tengo que hacerlo sola. —La miré buscando sus ojos hasta que soltó un suspiro y levantó las manos, dando varios pasos hacia atrás.

Conforme, subí escalón a escalón arrepintiéndome desde el primero al temer que el pantalón se rajara por los movimientos. Estaba como para correr, bueno si tuviera que hacerlo lo haría lógicamente, aunque saliera con el pantalón rajado y el culo al aire de allí.

Abrí la puerta de la tercera planta y accedí a ella, mirando alrededor al ver pasar a varios enfermeros que no me prestaron atención. Aliviada por ello empecé a caminar mirando hacia todas las puertas, algunas abiertas y otras a medio cerrar, pero en ninguna de las que me encontré a mi paso vi o escuché algo que llamara mi atención.

Pensando en que Maira se había equivocado con la información, pasé rápido por el mostrador principal, hasta que una voz me dejó paralizada pensando en que todo había terminado.

—Hola, ¿eres nueva? —Me giré hacia un chico con el mismo uniforme.

i —Eh, no, solo he cambiado de turno —respondí lo primero que se me vino a la cabeza, intentando que el temblor que sentí no se notara.

—Vaya, pues bienvenida —me sonrió.

—Gracias —le devolví la sonrisa.

—¿Vas a hacer la ronda?

—Tengo que ir a... —Me callé sin saber qué más decir.

—No me digas que vas a controlar al cantante. —Ladeó la cabeza.

—Sí, a eso precisamente iba.

—El día que ese hombre despierte se queda el hospital sin personal —rio—. Todas las compañeras están locas con él y eso que no ha abierto aún los ojos. —Negó con la cabeza.

a—Bueno, esperemos que los abra, es lo más importante —intenté sonreír.

—Todo tuyo. —Señaló hacia el final del pasillo con la cabeza.

No supo lo que agradecí ese gesto facilitándome las cosas. Sin demorarme más me despedí de él y caminé en esa dirección. Sí, no había duda de que cada vez estaba más cerca de la habitación de Luc, por el movimiento que había en la zona que quedaba frente a mí con un hombre parado frente a una puerta en concreto que se mantenía rígido.

Sin saber qué hacer, me hice con un carro de curas que vi en mi camino y que quedaba apartado. Esperé unos segundos y cuando comprobé que nadie lo utilizaba metí el bolso debajo, dejándolo lo más escondido que pude, tirando de él como si supiera lo que hacía.

—Buenas noches —dije al pararme frente al hombre al lado de la puerta.

No obtuve respuesta, solo un asentimiento de cabeza con el que abrió para darme paso. Eso mismo hice tragándome el suspiro que quiso salir de mi garganta, empujando el carro y cerrando tras de mí.

Flores, eso fue lo primero que me encontré ocupando la parte más alejada de la cama o más bien casi choqué con ellas frenando el carro para no llevármelas por delante. «Pues tampoco había sido tan difícil llegar hasta él», me dije nerviosa, desviando la mirada hacia la cama, tragando saliva al ver el cuerpo de Luc encima de ella con los ojos cerrados.

Tan desconcertada estaba que en ese momento solo fui consciente de él, hasta que un movimiento a su lado me hizo apartar la mirada para ponerla en una mujer que tenía a una niña pequeña agarrada de la mano. La pequeña con evidentes síntomas de tristeza, a la mujer ni me paré a analizarla al sentirme observada por ella. Después de tomarse su tiempo se alejó un poco de la cama dándome paso.

Piensa Ebba me dije en ese instante. No es que estuviera acostumbrada al trabajo que realizaban las enfermeras, por suerte nunca había estado ingresada en un hospital, pero recordando una vez que Erick sufrió un accidente dirigí la situación a cómo la recordaba y necesitaba.

—Si me disculpa, tengo que atender al paciente. Tienen que salir, solo serán unos minutos —pedí con decisión.

Sin decir nada la mujer caminó hacia la puerta tirando de la pequeña, mirándome de reojo al pasar por mi lado. Salió cerrando demasiado fuerte para la situación que era provocando que diera un respingo.

n

Cerré los ojos por unos segundos diciéndome que todo estaba saliendo bien y los abrí para acercarme, dejando el carro al final de la cama. Temblorosa escuché el pitido de la máquina que tenía al lado, eso y a mi propia respiración desacompasada con el puñetero uniforme que no me ayudaba para poder respirar bien, agobiándome.

—Lo siento. —Me incliné hacia él susurrando, con un nudo en la garganta y tragándome las lágrimas al verlo en ese estado, con magulladuras y moretones que quedaban a la vista— ¿He sido yo? —Apreté los labios—. Necesito saberlo, necesito... —Agarré su mano.

Sintiéndome tonta al saber que no iba a obtener respuesta, me incorporé mirándole el brazo que quedaba al otro lado, sin poder apartar los ojos de la vía que tenía en él.

—No tendrías que estar aquí —dije para mí.

Con los ojos nublados y queriendo acabar con esa situación para salir de allí antes de que se notara mi presencia, volví a mirar hacia su cara, soltando un jadeo fuerte al ver sus parpados abiertos con los ojos puestos en mí.

—¡Dios mío! —Reaccioné asombrada.

Desconcertada y con las piernas temblando, intenté apartar la mano de la suya, sorprendiéndome al encontrarme con su oposición mientras hacía un poco de presión para que no lo hiciera.

—Lo siento. —Conseguí retirarla, dando un paso hacia atrás.

Parpadeando varias veces me miró confundido.

—Agua —pidió con la voz ronca.

—Eh, no, no sé si puedes, yo no entiendo... ahora vendrá una enfermera. —Miré hacia el carro sin saber qué hacer, sintiendo su mirada contrariada por mi respuesta mientras me reprendía por lo que había dicho.

—¿Quién eres?

—Una enfermera. —Me señalé el uniforme porque para él tenía que ser obvio, aunque por mis palabras...

Salida, busca la puñetera salida me repetí insistentemente. Y eso mismo empecé a hacer retrocediendo sin

girarme, caminando hacia atrás mientras sus ojos no se apartaban de mí. Hasta que me paré al caer en la cuenta de que tenía la oportunidad que había ido a buscar y a punto estaba de desperdiciarla al salir corriendo.

—¿Cómo tuviste el accidente? —pregunté con evidentes síntomas de nerviosismo— ¿Te echaron de la carretera? ¿Qué lo provocó? —dije de carrerilla.

—¿Quién eres? —repitió arrugando la expresión.

—Solo necesito saber...

o

—Y yo te he hecho la misma pregunta varias veces —dijo con síntomas de cansancio, agotando las pocas fuerzas que parecía tener.

—Ya te he respondido. —Negué con la cabeza.

—Sí y también has dicho que no entiendes y que ahora vendrá una enfermera —dijo insistente con voz rasgada, relamiéndose los labios.

—Ha sido por los nervios, yo...

Sin poder esperar más tiempo, y viendo que no tenía intención de responderle a una extraña algo tan personal, decidí que ya había agotado los minutos de estar en esa habitación, porque no tardaría en llenarse del verdadero personal del hospital y estaba a nada de ser pillada. Eso y que ese hombre cada vez más notaba que algo raro estaba pasando lo que era más que lógico, por la expresión que me devolvía.

Necesitando salir a la carrera de allí, con decisión cogí el bolso y giré olvidándome de todo, teniendo la tranquilidad de que, al menos, había abierto los ojos y no tenía que lamentar ni preocuparme por un mal final.

Con el pomo de la puerta en la mano, tragué saliva y medio giré hacia él que seguía observándome contrariado.

—De verdad que lo siento. —Se me volvieron a nublar los ojos, intentando contenerme. En ese punto fue más evidente su expresión al verme, sin entender nada, descolocado—. Me alegro de que hayas despertado, Luc. Que todo vaya bien y salgas pronto de aquí.

Esas fueron mis últimas palabras dentro de la habitación, antes de salir dejándolo atrás y abriendo la puerta de golpe, encontrándome de frente con la mujer, la niña y el hombre que no se había movido de la puerta.

—Ha despertado —informé.

Y ante los jadeos y miradas asombradas por la noticia sin prestarme atención a mí, en cuanto entraron en la habitación corriendo vi el camino libre y caminé rápido sin mirar hacia atrás directa hacia las escaleras, escuchando el jaleo que se formó en el mismo momento en el que tuve acceso a la puerta para salir de la planta.

Sin tiempo que perder bajé las escaleras corriendo, llevándome el teléfono a la oreja.

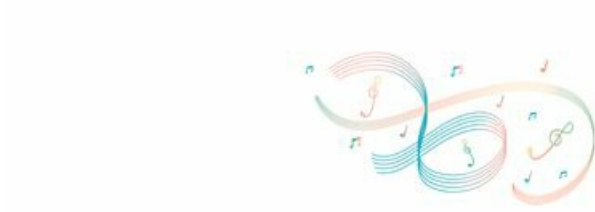
—Maira ve al coche, ya —le pedí nerviosa en cuanto descolgó, cortando la llamada mientras me alejaba de allí rápido.

Y ante los jadeos y miradas asombradas por la noticia sin prestarme atención a mí, en cuanto entraron en la habitación corriendo vi el camino libre y caminé rápido sin mirar hacia atrás directa hacia las escaleras, escuchando el jaleo que se formó en el mismo momento en el que tuve acceso a la puerta para salir de la planta.

Sin tiempo que perder bajé las escaleras corriendo, llevándome el teléfono a la oreja.

—Maira ve al coche, ya —le pedí nerviosa en cuanto descolgó, cortando la llamada mientras me alejaba de allí rápido.

Capítulo 5



Luc

Tenía metido en la cabeza un puñetero carrusel, todo me daba vueltas y el jaleo que se formó a mi alrededor en cuanto la enfermera salió de la habitación empezó a agobiarme. Cerré los ojos soltando un suspiro ante las preguntas insistentes de Eleonor mientras me comentaba que Evelyn estaba fuera, necesitando que se callara porque todo me molestaba.

—Por favor, no pueden atosigar al paciente. Acaba de despertar —habló una de las enfermeras que había entrado detrás de mis conocidos al poco tiempo, mientras sujetaba la puerta abierta—. Salgan.

Agradecí sus palabras en cuanto la habitación se fue vaciando, con Zac sin moverse de mi lado. Era el único que no había dicho nada, ni falta que hizo porque su cara reflejaba la emoción al verme.

—Voy a llamar a los chicos. Me alegro de que estés de vuelta, ya hablaremos —dijo apretándome una mano y asentí—. Me llevo a la pequeña a casa hasta que estés un poco más recompuesto.

Los chicos no eran otros que mis amigos y los componentes del grupo musical que habíamos creado.

—No, quiero verla un momento cuando pueda —pedí, haciendo referencia a la pequeña.

—Está bien, entonces esperaré a que las enfermeras salgan.

Una vez solo con la enfermera que había pedido que vaciaran la habitación, entró otra y entre las dos me atendieron. Me dejé hacer sin fuerzas, mientras intentaba recomponer todos mis recuerdos, los que fueron llegando poco a poco completando el puzle en mi cabeza de lo que me llevó hasta esa cama de hospital.

—Menos mal que has despertado. —Me centré en la voz de una de las enfermeras después de varios minutos.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunté con la garganta seca.

—Casi cinco días completos —respondió la otra.

—Cinco...

—Sí, pero eso es insignificante. Lo importante es que por fin has abierto los ojos y todo parece estar bien ¿te acuerdas de todo? —asentí— Perfecto, por nuestra parte ya está —me sonrió la primera enfermera que había entrado, empezando a guardar todo lo que había utilizado para atenderme—. Dentro de poco pasará el doctor y realizaremos las pruebas necesarias para asegurarnos.

—¿Agua? —volví a preguntar con la voz rasgada, lo que me hizo pensar en otra cosa.

—Claro —sonrió la segunda, llenando un vaso e inclinándose un poco para ayudarme a beber a sorbos pequeños

—Vuestra compañera no tenía claro si podía darme —solté un suspiro al quedarme otra vez tumbado.

—¿Qué compañera? ¿La del turno de mañana? —Se extrañó la primera.

—No sé de qué turno es. —Levanté una ceja.

—Claro, qué tonta, acabas de despertar —soltó una risilla.

—La que había aquí conmigo cuando he abierto los ojos, no sé su nombre —dije, fijando los ojos en las pequeñas placas que tenían con sus identificaciones, la que no había visto en el uniforme que miré a conciencia nada más despertar.

Ante mis palabras fruncieron el gesto lo que captó mi atención mientras se miraban entre ellas, dándome más datos para que pensara lo que había imaginado desde que había pasado.

—Somos las primeras en estar aquí desde que has despertado —aseguró la primera.

—Sí, de hecho, llevamos un orden exhaustivo porque muchas querían acaparar todos los momentos —aseguró la otra.

—Ya —respondí desconfiado.

—No te preocupes, seguro que alguna compañera ha entrado un momento para asegurarse de que estabas bien y no te faltaba medicación —le quitó importancia una de ellas, reafirmando sus palabras con un gesto de la mano.

—No sé, me ha parecido... —respondí pensativo.

—Tu amigo no se ha movido de la puerta. Él puede decirte más, seguro.

—Sara por Dios, ese es su guardaespaldas. —La rectificó la otra como si fuera un fallo por parte de su compañera

—Y también mi amigo, sí —les aclaré queriendo que dejaran la conversación y a mí.

No lo pedí abiertamente, pero mi tono de voz lo hizo por mí. Una vez que comprobaron que todo estuviera bien hubiera preferido quedarme solo rápido, aunque la información que me habían dado sin saberlo me había aclarado muchas cosas.

· Cerré los ojos con fuerza al sentir que las perdía, sintiendo el mareo acrecentarse, lo que les comuniqué con sus respuestas de que avisaban al doctor enseguida, saliendo rápido de allí.

El sonido de la puerta a los pocos segundos me hizo abrirlos otra vez. En cuanto fijé la mirada sonreí al ver a Evelyn de la mano de Zac.

—Ven aquí peque. —Di un golpe en la cama para que se acercara.

Con los ojos brillantes corrió hasta mí y me abrazó como pudo. Miré a Zac que entendió lo que le pedía y se acercó a ella para levantarla y sentarla en la cama junto a mí. Con un gracias que no pronuncié Zac me sonrió y se fue al final de la cama.

—Tumbate conmigo —le susurré al verla llorando.

—Tienes daño. —Hipó desconfiada.

—Esto no es nada. —Disimulé los dolores que me recorrían—. Ven.

Tirando de su mano conseguí que se tumbara junto a mí, rodeándola con un brazo. Curvé los labios al sentir su rigidez por no querer moverse.

—Ya ha pasado todo. —Le di un beso en la cabeza.

—Tenía miedo —susurró abrazándome al fin.

—Lo sé. —La apreté contra mí.

—No quería que me dejaras como mamá.

—Eso nunca va a pasar ¿me oyes? —Apreté la mandíbula.

—Ella también lo decía, hasta que el accidente se la llevó —dijo desconsolada.

—Todo está bien cariño, ya ves que estoy de vuelta y no pienso alejarme de tu lado. No puedo saber el futuro, nadie sabe qué pasará. Lo único que puedo decirte seguro es que por mí mismo jamás me alejaré de ti.

Evelyn tenía ocho años y era mi sobrina. Como bien habéis interpretado mi hermana murió, de ahí el miedo que se palpaba en mi pequeña, en sus palabras y gestos. Cuatro años hacía ya del trágico accidente de tráfico y desde que sucedió me había hecho cargo de ella, menos en los momentos en los que por mi trabajo tenía que ausentarme, pero siempre dejándola en buenas manos hasta mi regreso.

La figura paterna no la había conocido, solo a mí. Su padre decidió desaparecer en el mismo momento en el que mi hermana le notificó por aquel entonces que estaba embarazada.

—No me gusta estar con Eleonor —dijo a modo de secreto.

Curvé los labios porque lo sabía de sobra, pero dadas las circunstancias habría ido de unas manos a otras.

—Te hace comer mucha verdura ¿no? —Intenté no reír.

—Sí, y unas cosas muy raras que dice que están de moda y son sanas. Dice que soy muy pequeña para la edad que tengo, que tengo que crecer. —Soltó una risilla.

—Bueno, dentro de poco todo volverá a la normalidad. ¿Por qué no has estado con Aline? —pregunté queriendo saber la respuesta, mirando a Zac.

—Estos días ha tenido que ir a visitar a la familia. Su hermana no se encontraba bien. Intentó quedarse al ponerse muy nerviosa en cuanto supo la noticia, pero le dije que no hacía falta. Estaba preocupada, ahora la llamaré —me explicó Zac.

Aline era la niñera de Evelyn, la que se encargaba de ella desde bien pequeña siempre que mis obligaciones me lo impedían. Era una mujer que considerábamos de nuestra familia y el sentimiento era mutuo, de cincuenta y ocho años.

—Está bien, llámala para que sepa que todo está bien —asentí.

—Vamos pequeña, tiene que descansar. —Se acercó Zac.

—Estoy bien —aseguré al notar los brazos de Evelyn apretarme.

Ignorándome y levantando una ceja se acercó a Evelyn esperando a que nos despidiéramos. Después de besos y abrazos, lo hicimos entre risas al cogerla Zac como un saco, haciéndole cosquillas.

—Zac. —Lo llamé antes de salir, haciendo que girara hacia mí—. Cuando puedas pásate por aquí, quiero preguntarte algo.

e

: La sonrisa se me borró de la cara en cuanto volví a quedarme solo, sustituyéndola por una mueca de dolor, el que había querido disfrazar para no preocupar a la pequeña.

Poco tiempo tuve de paz cuando la puerta volvió a abrirse esa vez dando paso al doctor. Solté un suspiro pensando en que ya quedaba menos para que todo volviera a la normalidad que necesitaba.

;

—Está bien, llámala para que sepa que todo está bien —asentí.

—Vamos pequeña, tiene que descansar. —Se acercó Zac.

—Estoy bien —aseguré al notar los brazos de Evelyn apretarme.

Ignorándome y levantando una ceja se acercó a Evelyn esperando a que nos despidiéramos. Después de besos y abrazos, lo hicimos entre risas al cogerla Zac como un saco, haciéndole cosquillas.

—Zac. —Lo llamé antes de salir, haciendo que girara hacia mí—. Cuando puedas pásate por aquí, quiero preguntarte algo.

La sonrisa se me borró de la cara en cuanto volví a quedarme solo, sustituyéndola por una mueca de dolor, el que había querido disfrazar para no preocupar a la pequeña.

Poco tiempo tuve de paz cuando la puerta volvió a abrirse esa vez dando paso al doctor. Solté un suspiro pensando en que ya quedaba menos para que todo volviera a la normalidad que necesitaba.

Capítulo 6



Ebba

—¿Qué? —habló Maira y la miré de reojo.

—¿Qué de qué? —Me hice la despistada.

—¿En serio? —Agrandó los ojos—. Que no has abierto la boca desde que te has lanzado al coche. ¿Qué ha pasado? Cuando has abierto la puerta del coche pensaba que te tirabas encima de mí por el ímpetu con el que has entrado —rio.

—Muy graciosa —reí de manera exagerada levantándome de la silla, alejándome de la mesa de la cocina—. No he conseguido saber nada, pero al menos ha despertado conmigo allí.

—¿Cómo? —Escupió el sorbo de refresco que acababa de beber.

—Madre mía, cómo lo has puesto todo —reí acercándome a ella, intentando ayudarla por el ataque de tos que le entró.

—¿Cómo puedes soltar eso y dejarme así? —Se levantó apartando mis manos, sin dejar de toser.

—Te he dicho poco y mira cómo te has puesto. —Puse los ojos en blanco—. Anda, recomparte primero. —Negu con la cabeza.

Mientras lo hacía sentándose otra vez sin dejar de mirarme, cogí una bayeta y limpié el desastre. Con todo en orden saqué de la nevera otro refresco para mí y me senté enfrente.

—Cuéntamelo todo —me pidió nerviosa.

—No tengo mucho que contar. He llegado a la planta, he mirado y cuando estaba comprobando las puertas me ha parado un enfermero...

—¿Otro que ha caído? ¿Te lo has tirado? —Quiso saber emocionada.

—Tú te crees que yo iba a pensar en eso con los nervios que tenía. —Negué con la cabeza—. Me ha parado, me ha preguntado si era nueva y después de varias frases, gracias a él, he conseguido saber en qué habitación estaba Luc. —Me encogí de hombros.

—Qué majo ¿no?

—Majísimo el chico, sí —reí—. He llegado hasta él sin llamar la atención más y he entrado. Ha sido un momento... —Desvié la mirada.

—¿Qué?

—No sé, me ha impresionado mucho verlo en esa cama, pálido y sin reaccionar. He sentido algo que no sé explicar... —Bajé la mirada hacia la lata de refresco—. Pero esa impresión no ha sido nada comparándola con la que me he llevado cuando estaba hablando en alto para mí, tranquila al pensar que nadie me oía mientras le decía que lo sentía y zas, cuando lo he mirado a la cara tenía los ojos abiertos.

—¡Qué fuerte! —dijo medio chillando— ¿Y qué has hecho?

—Pues hacerme pasar por enfermera ¿qué iba a hacer? Aunque no sé si ha colado mucho —sonreí forzada—. Después le he hecho varias preguntas sobre el accidente que no ha respondido y, por cómo me miraba, he salido pitando de allí, diciéndole antes que me alegraba de que estuviera bien. Ya no tengo que preocuparme por nada, ha vuelto Maira.

—Cariño, lo ha hecho. —Pasó por encima de la mesa una mano, agarrando la mía—. Ya puedes respirar tranquila

—Sí, pero no he conseguido saber si yo provoqué algo. —Hice una mueca.

é

—Qué más da ya ¿no? Lo importante es que se va a recuperar.

—Bueno, si se hubiera dado me hubiera gustado disculparme, no sé. Me quedará siempre con la duda. —Solté un suspiro.

—Ya lo has hecho. —Le quitó importancia—. Tienes que estar feliz con el resultado. Vamos a celebrarlo, joder.

—Se levantó de golpe.

—Ah, no. Son las diez y media de la noche y mañana madrugo. —Me levanté.

—Te libras porque me levanto a las cinco —rio.

—¿Pedimos algo de cena rápido? —le propuse.

—Perfecto.

En ese momento escuchamos varios ruidos muy fuertes en el piso de arriba y miramos hacia el techo, callándonos al instante.

—¿Eso qué es? —Frunció el gesto Maira.

—Creo que lo sé. —Solté un suspiro encontrándome con la mirada curiosa de Maira—. Miriam, mi vecina. —Me encogí de hombros.

—Coño, ¿es de esas a las que les gusta mover los muebles en mitad de la noche?

—Si fuera eso. —Solté otro suspiro mirando otra vez hacia arriba—. Siempre que has estado aquí ha dado la casualidad de que no los has escuchado, aunque llevaba tiempo sin darse. Voy a llamar a su puerta un momento ¿vale?

—Te acompaño. —Se puso seria al ver mi expresión.

—No, quédate aquí. No te conoce y yo podré sacar algo en claro por cómo la vea si voy sola. Pide la cena de mientras ¿sí? Será rápido.

Sin esperar contestación salí y subí las escaleras hasta llegar frente a su puerta. Llamé dos veces hasta que se abrió, encontrándome de frente con Miriam.

—Hola. —La saludé acompañando a mis palabras levantando una mano.

—Hola Ebba —me respondió.

—¿Me puedes hacer un favor? —le pedí mientras veía pasar detrás de ella a quien no quería.

—Eh, sí claro, dime.

—Es que acabo de llegar a casa y no sé cómo se me ha pasado, pero me acabo de dar cuenta de que no me queda ni una cápsula de café. Mañana madrugo y si no salgo con mi primer café de casa ya sabes... —Le hice un guiño.

—Una cápsula.

—Eso mismo. —Me recosté en el marco de la puerta.

—Ahora vengo. —Tragó saliva, entrando dentro de casa.

Sin moverme me quedé allí, todo lo relajada que pude sintiendo la mirada del que estaba en una esquina puesta en mí. Desvié los ojos hacia él por un instante, sin cambiar la expresión y fijándome en la suya hasta que apareció Miriam otra vez delante de mí.

—Aquí tienes —me sonrió.

—Muchas gracias. —Cogí una bolsita con varias—. Solo necesitaba una.

—No te preocupes, por si necesitas más antes de salir —me sonrió.

—Vale, ya nos veremos ¿todo bien verdad? —pregunté las últimas palabras en tono bajo, mirando su cara.

—Más o menos —susurró intentando sonreír.

—Espero que más, sino ya sabes. —Hice un gesto con la cabeza hacia las escaleras, apartándome de la vista en el pasillo.

—Lo sé, ya hablaremos. —Me sonrió saliendo junto a mí.

—Ten cuidado ¿vale? —Le pedí seria.

Después de que asintiera la abracé y me alejé, volviéndola a mirar antes de pisar los primeros escalones. El sonido de la puerta cerrándose lo escuché cuando ya estaba cerca de mi puerta. Soltando un suspiro entré en casa directa a la cocina dónde seguía Maira, soltando cabreada la bolsa con el café.

—¿Le has pedido café? ¿No se ha extrañado? —Miró la bolsa Maira.

—No se me ha ocurrido nada mejor a estas horas y sabe de sobra porqué he ido. —Me dejé caer en la silla—.

¿Has pedido la cena?

—Sí, claro, comida china, no sé si te apetece. Con lo rápidos que son no tardaran en traerla.

—Cualquier cosa está bien. —respondí pensativa.

—¿Se escucharán más ruidos? —Miró hacia el techo.

—No —confirmé.

^l —¿Cómo estás tan segura? —Me miró extrañada.

—Porque no es la primera vez que hago lo mismo y después frena todo. —Me encogí de hombros.

—Vale, no te pregunto más, tienes una cara...

—Estoy cansada. —Me la froté—. Demasiados nervios por todo. Por cierto, mañana vas y devuelves el uniforme de enfermera, yo paso de pisar otra vez el hospital. Al final ha sobrevivido a la carrera, pensaba que reventaría por algún lado —reí contagiándola.

—Leches, no creo que echen uno en falta. —Puso los ojos en blanco—. Tú dámelo que ya me encargo de hacer desaparecer las pruebas —sonrió de medio lado—. Esta noche vas a dormir en la gloria.

—Ya sabes dónde está. —Señalé hacia el salón.

Quince minutos después estábamos cenando tranquilas, cena que no se alargó porque las dos madrugábamos al día siguiente y necesitábamos descansar.

No tardé en quedarme sola y en cuanto lo hice me dirigí hacia la habitación, me puse la camisola para dormir y me dejé caer en la cama bocarriba. Al mirar hacia el techo no pude evitar pensar otra vez en Miriam, a la que volvería a ver al día siguiente porque así me lo propondría.

,

^a Con ganas de cerrar los ojos me giré y atrapé la almohada entre los brazos, soltando un suspiro porque el cantante Luc, estuviera estable o al menos eso esperaba. Lo que era seguro es que estaba despierto y con eso había conseguido quitarme un peso de encima que me asfixiaba.

La melodía de una de sus canciones llegó a mi mente y con ella me dejé vencer por el sueño, con la satisfacción de que todo había acabado mejor que bien.

r

a

e
l

,

Capítulo 7



Un mes más tarde...

Luc

—¿Estás preparado para volver? —Entró Raisa sonriente al salón, mi mánager.

—Estoy deseándolo. —Dejé de tocar el piano.

—Va a ser apoteósico, en dos días estás subido otra vez en el escenario. —Se apoyó en el piano—. Y no sabes cuánto me alegro.

—Te alegras por ti, por mí, por los dos... no me queda claro —dije divertido incorporándome.

—Cómo te gusta buscarme la lengua —rio—. Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—¿Está todo preparado para el concierto?

—Sí, tienes a las fans locas. Las entradas se agotaron a las pocas horas.

—No será como siempre, a lo que están acostumbradas. Esta vez será más calmado. —Caminé hacia la terraza con ella detrás de mí.

—He dejado claro en todo momento que todavía no estás al cien por cien ¿tú crees que les importa que sea más tranquilo? Solo quieren verte y escucharte.

—Muchas gracias Raisi por la parte que me toca —soltó con guasa Glen al acercarse a nosotros.

Glen era uno de mis amigos y componente del grupo, el que se encargaba de la batería, junto a Kevin que tocaba

el bajo o la guitarra según la canción que interpretáramos. Los tres nos conocíamos desde jóvenes y teníamos un vínculo muy consolidado. Ilusionados creamos el grupo que nos daba muchas alegrías, pudiendo vivir de lo que nos apasionaba, la música.

—Siento decirte Glen que esta vez será así. Luc va a acaparar todas las miradas —sonrió de medio lado.

—Yo con que acapare dos me doy por satisfecho —rio Kevin llegando hasta nosotros al escuchar de qué hablábamos.

—No seas exagerada. —Negué con la cabeza.

—Exagerado es el número de cartas, de regalos y de detalles de todo tipo que te han enviado desde que saliste del hospital —aseguró Raisa.

—¿Seguro que estás en condiciones de volver? —preguntó Glen— Podemos esperar.

—Me encuentro bien, ya os lo he dicho muchas veces. —Caminé parándome en el césped.

—Ya, pero los médicos dijeron... —siguió Kevin.

—Yo mejor que nadie sé cómo me encuentro y lo que necesito —corté sus dudas, sin que insistieran más.

—Bueno yo os dejo chicos, aún me quedan muchas cosas por cerrar antes del gran evento. —Se despidió Raisa.

Después de hacerlo nosotros de ella, me quité el calzado y caminé por el césped descalzo, sintiendo la humedad y el fresco en mis pies. Un simple gesto, algo que parecía insignificante y que pasaba desapercibido, pero no para mí.

Desde que había despertado cualquier acción la disfrutaba al máximo y eso hice dejándome envolver por la tranquilidad al alejarme y quedarme solo, hasta que sentí la presencia de mis amigos detrás de mí.

—¿Se sabe algo más de mi accidente? —Quise saber dejando fija la mirada en la piscina.

—No tío, que yo sepa por las últimas novedades no pinta bien, no creo que sepamos nada nuevo —me respondió Glen.

—No perdí el control de la moto porque sí. —Apreté la mandíbula, girándome hacia ellos.

—Ese día fue caótico. Estuviste todo el día cabreado y quizás no fue la mejor opción pillar la moto por el caos que

formó la lluvia —comentó Kevin.

—Sé lo que hago y lo que hice. —Lo miré serio—. Soy consciente de que las condiciones peores no podían ser, pero aun así...

—No lo dudamos tío, pero sería un cúmulo de mala suerte. —Se encogió de hombros Kevin.

—Un cúmulo de mala suerte —repetí desviando la mirada.

—Olvidate de ello, lo importante es que estás con nosotros. —Me apretó un hombro Glen.

—Lo sé. —Solté un suspiro.

A lo lejos distinguí la presencia de Zac, el que se acercó a nosotros con las manos en los bolsillos.

—¿Has averiguado algo de lo del hospital? —le pregunté cuando llegó a nuestro lado.

—Joder tío, te ha dado fuerte con ese tema —negó Kevin.

—No me ha dado fuerte con nada, solo quiero respuestas —respondí sin dejar de mirar hacia Zac.

Mi pregunta sobre el hospital fue provocada por la imagen de la supuesta enfermera que me encontré junto a la cama nada más despertar. En aquel momento, con lo desorientado que estaba al estar recién despertado, dejé pasar todo lo que sucedió y se dijo en la habitación, pero en cuanto me centré...

No podía quitarme de la cabeza sus palabras, las que se repetían constantemente en mi cabeza, eso y su imagen y expresión corporal, las que nada tenían que ver con lo que me encontré en las enfermeras que me atendieron durante días hasta que me dieron el alta.

No, no estaba paranoico y por la mirada de Zac sabía que pensaba lo mismo y me apoyaba. Más de una vez me había pedido perdón por darle él mismo acceso a esa chica, a lo que yo le quitaba importancia porque qué podía imaginar él en ese instante de que no fuera una enfermera en realidad, lo que expresé en cuanto pudimos hablar solos a las pocas horas de haber despertado en el hospital...

—Eh ¿cómo estás? —Entró en la habitación.

—Jodido, pero bien. —Hice una mueca al incorporarme en la cama.

e—Al menos no tienes ni un hueso roto —me sonrió, ayudándome.

—Eso es algo que no entiendo, después de cómo fue todo. —Solté un suspiro.

—Te llevaste el premio gordo en la cabeza. —Me miró serio.

—Tranquilo que la tengo muy dura —sonreí de medio lado.

—Lo sé de sobra —rí. —

—No tendré ningún hueso roto, pero que me duele todo, ya te digo que estoy molido. —Solté un bufido.

—Lo que viene siendo normal, imagino. Deja de moverte ya. —Negó con la cabeza.

—Necesito saber algo. —Ignoré su comentario centrándome en él.

—Tú dirás. —Se apoyó en la cama.

—La chica que salió de la habitación cuando me desperté...

—¿La enfermera que nos avisó? —Arrugó el gesto.

—¿Lo era? Porque no me quedó muy claro que fuera así, me creó dudas...

r

—¿Qué quieres decir?

—¿La habías visto alguna otra vez aquí?

—No, la verdad es que no —dijo pensativo—. No le di importancia porque rotaban mucho y no sabía si podría ser alguna nueva, aparte de que a veces dejaba a Nain para sustituirme ¿qué pasa?

—Las palabras que me dijo... —Desvié la mirada, pensativo.

—¿Qué te dijo? —Se incorporó.

Le relaté exactamente lo que pasó antes de que esa enfermera desapareciera corriendo de la habitación, haciendo memoria, centrándome en ese instante para no dejarme ninguna de las reacciones y palabras que tuvo.

—Mierda, no pinta bien —aseguró.

—No hay que ser muy entendido para saber que no trabaja aquí. —Cerré los ojos, cansando—. Ni siquiera sabía si podía darme agua.

—Bueno, sería una fan que se coló. —Negó con la cabeza.

—Tampoco tenía pinta de eso —aseguré.

—¿Por qué lo dices? Entonces ¿con qué sentido se coló aquí? —Arrugó el gesto.

—No actuó de esa manera. Estaba nerviosa y...

—¿Qué?

—Preocupada, pero de verdad, como si necesitara que despertara. Tenía los ojos nublados de lágrimas.

—Así tienes a todas, ya verás lo que te encuentras cuando salgas de aquí —sonrió divertido.

—Había algo más, estoy seguro. —Solté un bufido al no tener la respuesta que necesitaba.

—No te agobies, olvídate de eso. No te puedo decir que me voy a poner a averiguar quién es porque de la manera que me estás contando que se dio, doy por hecho de que será un fantasma dentro de este hospital.

—Lo sé, pero igualmente quiero que lo intentes —dije pensativo.

Hasta ahí llegó en ese momento nuestra primera conversación sobre el tema. Parados en el césped, esperaba atento a Zac, hasta que negó con la cabeza.

r

—Lo siento, pero no —confirmó con palabras.

—Mierda. —Me pasé las manos por el pelo.

—Ya lo sabíamos —aseguró Zac.

—Ya. —Solté un bufido—. Voy a descansar un rato antes de que llegue Aline con Evelyn ¿nos vemos a las cinco para ensayar?

—Cuenta con ello —confirmó Glen.

¡Caminé dejándolos atrás, con la cabeza revolucionada sin poder darle descanso. Algo me atormentaba y no sabía ponerle nombre, o sí, claro que lo sabía. El haber perdido el control de la moto porque, aunque tuviera el recuerdo muy vivo dentro de mí, tenía algunas lagunas que no había conseguido aclarar y la presencia de esa chica y sus palabras...

Mosqueado subí las escaleras que me llevaban directo hacia mi habitación, en la que entré cerrando tras de mí y en vez de tirarme en la cama caminé hacia el balcón, abriendo la corredera.

Necesitaba respuestas y no conseguía dar con la tecla que me las proporcionara. Agobiado, así estaba y se iba acrecentando conforme pasaban los días.

Había otro motivo que no le había dicho a nadie, ese me lo había guardado solo para mí y es que, esos puñeteros ojos tampoco conseguía quitármelos de la cabeza. Sabéis a quién pertenecían ¿verdad? Claro que sí, a la enfermera, o, mejor dicho, no enfermera que vi nada más despertar.

En cuanto me desperté en el hospital me impactó verla y no me hice notar escuchándola hablar con ella misma. Intrigado, así estaba, y eso era lo peor que podía pasarme porque era de los que iban hasta el final con todo.

—¿Quién cojones eres y por qué estabas tan afectada? —dije en alto— ¿A qué se debieron tus palabras?

Centrando la mirada hacia el jardín, dejé que los minutos pasaran e intenté focalizar mis pensamientos en el inminente concierto que tenía a tan solo unos días. A eso me aferré necesitando subirme a un escenario y sentir la adrenalina que ello me proporcionaba.

Soltando un suspiro entré en la habitación quitándome la ropa y esa vez sí que me dejé caer en la cama, sin pensar sin imaginar, solo cerrando los ojos y sintiendo cómo mi cuerpo se relajaba conforme pasaban los segundos hasta dejar de ser consciente de todo.

Caminé dejándolos atrás, con la cabeza revolucionada sin poder darle descanso. Algo me atormentaba y no sabía ponerle nombre, o sí, claro que lo sabía. El haber perdido el control de la moto porque, aunque tuviera el recuerdo muy vivo dentro de mí, tenía algunas lagunas que no había conseguido aclarar y la presencia de esa chica y sus palabras...

Mosqueado subí las escaleras que me llevaban directo hacia mi habitación, en la que entré cerrando tras de mí y en vez de tirarme en la cama caminé hacia el balcón, abriendo la corredera.

Necesitaba respuestas y no conseguía dar con la tecla que me las proporcionara. Agobiado, así estaba y se iba acrecentando conforme pasaban los días.

Había otro motivo que no le había dicho a nadie, ese me lo había guardado solo para mí y es que, esos puñeteros ojos tampoco conseguía quitármelos de la cabeza. Sabéis a quién pertenecían ¿verdad? Claro que sí, a la enfermera, o, mejor dicho, no enfermera que vi nada más despertar.

En cuanto me desperté en el hospital me impactó verla y no me hice notar escuchándola hablar con ella misma. Intrigado, así estaba, y eso era lo peor que podía pasarme porque era de los que iban hasta el final con todo.

—¿Quién cojones eres y por qué estabas tan afectada? —dije en alto— ¿A qué se debieron tus palabras?

Centrando la mirada hacia el jardín, dejé que los minutos pasaran e intenté focalizar mis pensamientos en el inminente concierto que tenía a tan solo unos días. A eso me aferré necesitando subirme a un escenario y sentir la adrenalina que ello me proporcionaba.

Soltando un suspiro entré en la habitación quitándome la ropa y esa vez sí que me dejé caer en la cama, sin pensar, sin imaginar, solo cerrando los ojos y sintiendo cómo mi cuerpo se relajaba conforme pasaban los segundos hasta dejar de ser consciente de todo.

Capítulo 8



Ebba

—¿Qué narices es esto? —pregunté sin salir del asombro, mirando hacia la mesa pequeña que tenía enfrente del sofá.

—¿Unas entradas? —dijo divertida Paula.

—Ya sé lo que son. —Me giré hacia ella.

—Ah, como has preguntado... —Se encogió de hombros.

—Me refiero... —Las miré a las dos—. A qué se supone que significan.

—Significa, que vamos a ir a ver el retorno de Luc ¿a qué es genial? —Aplaudió Maira.

Y ahí estaba, pasando la mirada de una a otra y parándome en las cuatro dichosas entradas que reposaban en la mesa. Era viernes, otra semana de trabajo había volado y no hacía mucho que habíamos llegado a mi piso después de tomarnos algo. Eran las nueve de la noche y la cena estaba en el horno ya que Maira se había empeñado en hacer una receta que había visto en internet con la que supuestamente nos íbamos a chupar los dedos. Y no lo dudaba, al menos tenía una pinta estupenda.

—Maira. —Me pasé las manos por la cara—. No he ido en vida a un concierto de él y...

—Pues no sabes lo que te pierdes —habló Paula.

Giré hacia ella levantando una ceja porque...

—Vale, yo tampoco, jolines. Ya sé que nunca hemos estado en un concierto suyo, pero la oportunidad es perfecta

¿no? —aclaró Paula.

—No es perfecta. —Me levanté nerviosa—. No quiero estar cerca ¿qué no entendéis? ¿Y si me ve? ¿Qué pasa si me reconoce? Joder, no dudo de que desde que salí de su habitación sabe que yo no era enfermera ¿entendéis lo que significa? —Me crucé de brazos.

—A ver, vamos a calmarnos. —Levantó las manos Maira cogiendo las entradas.

—Estoy muy tranquila. —La miré entrecerrando los ojos mientras las movía delante de mi cara.

—Sí, se nota, se nota. Ya me callo —habló rápido Paula, remarcando las últimas palabras al verme mirándola enfadada y por parte de Maira, haciendo gestos con las manos para que no fuera por ahí.

—No pienso ir —aseguré antes de girarme y caminar hacia la cocina.

No tardaron en seguirme y entraron en el momento en el que revisaba la cena en el horno, a la que no le quedaba mucho.

—Todo eso que has dicho no tiene lógica —dijo Maira dejándolas encima de la mesa de la cocina—. ¿Qué posibilidades hay de que se centre en ti con miles de personas alrededor?

—Y si lo hiciera, no puede relacionarte con nada —siguió Paula.

—Me estáis queriendo convencer ¿de verdad? Este concierto es diferente al resto, es en un auditorio...

—¿Qué problema hay en eso? Más cómodas y tranquilas estaremos sin tener que apartar a nadie de nuestro lado —dijo pensativa Paula.

—Y más visibles seremos. El problema es este. —Puse un dedo encima de una de ellas, justo en el detalle que quería que entendieran.

Se inclinaron las dos mirándolas de cerca y tuve que poner los ojos en blanco al verlas mirarse sin entender a qué me refería.

—Joder, que estaríamos en la tercera fila, mierda —solté cabreada dándoles la espalda.

—Pero vamos a ver, que ese lugar estará oscuro y no estaremos en el centro. Las cogí en el lateral izquierdo por lo mismo —se justificó Maira que era la que las había comprado—. Nadie se dará cuenta de que estamos allí.

—¿Y Erick ha aceptado venir? —preguntó Paula.

—Aún no lo sabe, pero lo hará. Yo me encargo —sonrió de medio lado.

Soltando un bufido las ignoré y abrí el horno sacando la cena mientras ellas comentaban ilusionadas cómo sería el concierto. Mis revoluciones subían por momentos y sin estar todo lo pendiente que necesitaba llevé una mano a dónde no debía y me quemé, soltando un pequeño grito.

—Joder, nena, ten cuidado. —Se acercó rápido Maira en cuanto metí la mano debajo del grifo.

—No es nada. —Apreté la mandíbula, pero ya no solo por el dolor viendo que era bastante grande la zona que me había quemado, sino por todo el conjunto.

—¿Vamos al médico? —Me miró Paula.

—No, yo me encargo. —Salí dejándolas solas, directa hacia el baño.

En cuanto estuve en él, me lavé la herida bien y la sequé con cuidado mientras cogía la pomada que necesitaba, sentándome en la taza del cuarto de baño soltando un suspiro. Abriendo el bote estaba cuando Maira apareció apoyándose en la puerta.

—¿Te ayudo? Eso tiene que dolerte.

—No, gracias —negué mientras la esparcía con todo el cuidado que pude al notar pinchazos.

—Mírame. —Me pidió.

—Déjalo, vale.

—Cariño, no va a pasar nada —aseguró poniéndose de cuquillas frente a mí.

—Eso no lo sabes. —Tragué saliva.

—Paula tiene razón y yo ¿eh? Pero es verdad que, aunque te reconociera ¿qué iba a hacer? Estaremos rodeadas de miles de fans que se volverán locas en cuanto aparezca en el escenario.

ᵝ —No quiero ir, no quiero verlo...

—Pues entonces no encenderás la televisión ¿no? Porque está por todos lados.

—En persona. —Puse los ojos en blanco.

l —Ya...

—¿Qué significa ese ya? —Levanté la mirada encontrándome con la suya.

—Que me da a mí que hay algo más en tus reacciones y negativas ¿me equivoco?

—Lo haces —respondí decidida.

—Menos mal que te conozco mejor que a mí —rió—. No me lo trago. —Ladeó la cabeza.

—Simplemente he pasado página de todo lo que engloba a ese hombre, Maira. Puede que lo echara de la carretera yo. —Me señalé.

—Eso no lo sabes, quítate la culpa ya cariño. —Me quitó el bote de crema de la mano buena.

—No puedo. —Bajé la mirada—. Y por cómo me presenté ante él y me descubrió...

—Eso no fue nada, hazte pasar por una fan y ya está, es la tapadera perfecta. Pero ya te digo que la posibilidad que piensas es casi imposible que se dé. Si hubiera sabido que te afectaría tanto ni loca las compro.

—Da igual. —Solté un suspiro.

—Ebba, todo estará bien —aseguró y la miré a los ojos.

—Me he pasado ¿no? —Fruncí los labios.

—Bueno, qué puedo decir... te va el drama que no veas —rió apartándose de mí al levantar la mano buena hacia ella.

—De eso nada. —La señalé incorporándome—. Simplemente pienso en todas las posibilidades.

—Error, solo piensas en las que son peores, en las que pueden salir mal.

—Y hasta ahora me ha ido muy bien en la vida tomando ciertas precauciones —negué con la cabeza.

—Sí, y te admiro por eso. No me mires así —dijo al verme levantar una ceja mientras pasaba un brazo sobre mis hombros y salíamos—. Es la verdad, nunca das un paso en falso y las veces que lo has hecho es porque te has dejado guiar por el corazón y lo necesitabas. Eres la persona más prudente que conozco, sin quitar tus puntos de locura que me encantan, pero eso queda para tu círculo más cerrado.

—No me vas a convencer —dije intentando no reír.

—¿Ni un poquito? —insistió riendo.

Al final me contagié las risas y así volvimos a la cocina en la que pillamos a Paula metiendo una cuchara en la cena.

—Joder, niñas, esto es orgásmico —dijo con la boca llena.

—Ya os he dicho que fliparíais —rio Maira apartándola de la cena—. Aléjate que te lo acabas todo.

—¿Qué? —preguntó Paula centrándose en mí.

—¿Qué de qué? —Me senté viendo como Maira salía un momento.

—¿Qué si hay concierto? —Quiso saber emocionada.

La miré por unos segundos y suspiré desviando la mirada, justo en el instante en el que Maira aparecía con un rollo de venda, esparadrapo y una tijera, sentándose a mi lado.

—Lo que ella decida —respondió Maira mientras me agarraba la mano con cuidado y me la vendaba.

—¿Tú crees que con eso será suficiente? —Se sentó Paula a nuestro lado, haciendo referencia a la cura que me había hecho.

—Por ahora sí, creo —confirmó Maira—. Ya veremos cómo está en unos días.

Las miré con atención a las dos y terminé sonriendo, viéndolas concentradas en mi mano.

—Hay concierto —confirmé.

Ante mis palabras levantaron la cabeza de golpe y por parte de Maira parando sus movimientos. Más sonreí al ver

sus expresiones hasta que acabamos las tres riendo.

—Si es que te como entera, leches. —Me abrazó Maira.

La cena como ya nos había adelantado Paula estuvo para chuparse los dedos, la disfrutamos acompañada por dos botellas de vino entre conversaciones de todo tipo. No se habló más sobre el tema del concierto y bien sabía que no quisieron volver a entrar en terreno pantanoso por si me lo pensaba y me echaba para atrás.

La velada se alargó hasta las doce y media de la noche, despidiéndonos hasta el domingo, día en el que sería el concierto.

Con una sensación rara fui hacia la cocina y me llené otra copa de vino, no para degustarla, más bien me la bebí de un solo trago para calmar los nervios.

—Todo irá bien. Tiene que ser una pasada verlo en directo —dije para mí tumbada en la cama.

Cerré los ojos, en realidad, queriendo que llegara ese momento, por mucho que cada centímetro de mi cuerpo rechazara esa opción. Pero verlo otra vez en persona, verlo bien para borrar de mi mente su última imagen decaída y dolorida mientras deleitaba a sus fans con lo que le apasionaba... sí, no podía dejar pasar la oportunidad porque sabía de sobra que no se repetiría, al menos por iniciativa mía, otra cosa era lo que el destino me pusiera por delante, pero eso era mucho suponer por los caminos tan diferentes que llevábamos.

sus expresiones hasta que acabamos las tres riendo.

—Si es que te como entera, leches. —Me abrazó Maira.

La cena como ya nos había adelantado Paula estuvo para chuparse los dedos, la disfrutamos acompañada por dos botellas de vino entre conversaciones de todo tipo. No se habló más sobre el tema del concierto y bien sabía que no quisieron volver a entrar en terreno pantanoso por si me lo pensaba y me echaba para atrás.

La velada se alargó hasta las doce y media de la noche, despidiéndonos hasta el domingo, día en el que sería el concierto.

Con una sensación rara fui hacia la cocina y me llené otra copa de vino, no para degustarla, más bien me la bebí de un solo trago para calmar los nervios.

—Todo irá bien. Tiene que ser una pasada verlo en directo —dije para mí tumbada en la cama.

Cerré los ojos, en realidad, queriendo que llegara ese momento, por mucho que cada centímetro de mi cuerpo rechazara esa opción. Pero verlo otra vez en persona, verlo bien para borrar de mi mente su última imagen decaída y dolorida mientras deleitaba a sus fans con lo que le apasionaba... sí, no podía dejar pasar la oportunidad porque sabía de sobra que no se repetiría, al menos por iniciativa mía, otra cosa era lo que el destino me pusiera por delante, pero eso era mucho suponer por los caminos tan diferentes que llevábamos.

Capítulo 9



—Vas monísima —aseguró Maira al verme.

—Es un pichi tejano sencillo —le quité importancia.

—Lo que tú digas, pero vas monísima. —Me hizo un guiño.

Acabábamos de darnos encuentro en el bar habitual al que solíamos ir para tomar algo, ese siempre era el punto inicial después ya lo que nos deparara cada vez que quedábamos.

—¿Al final viene Erick? —dije mientras llamaba a la camarera.

—No. —Hizo un puchero Maira—. Tenía un compromiso del que no ha podido escapar.

—Vaya, qué lástima —dije antes de sonreírle a la camarera y pedirle un refresco.

—En realidad no creo que le dé mucha —rio Maira—. Si hubiera podido venir lo habría hecho por nosotras.

—Me hago una idea —negué divertida sabiendo el tipo de música que le gustaba a Erick.

—Pues ya ves, me sobra una entrada. —Se encogió de hombros.

—¿No conoces a alguien qué quiera ir? —dije después de agradecerle a la camarera que me trajera el refresco, mientras lo abría y le daba un sorbo.

—Paso, así pensando rápido no —aseguró.

Me quedé pensativa por unos segundos, hasta que hablé.

—¿Puedo intentar invitar a alguien?

—Pues claro, niña. —Negó con la cabeza divertida.

—Aún tenemos tiempo de sobra, aunque no sé si querrá venir.

—No me des más explicaciones, hazlo —me animó.

—Vale —sonreí levantándome—. Ahora vuelvo, voy a hacer la llamada. —Levanté el móvil.

Después de que asintiera, caminé hacia la calle y busqué el número, llevándome el móvil a la oreja escuchando lo tonos sonar.

La llamada se cortó sin tener respuesta al otro lado. Solté un suspiro y volví a marcar a Miriam que era en quien había pensado para que nos acompañara. Un segundo intento fallido, eso es lo que obtuve.

Desde la última vez que subí a su casa por la noche, había hecho el intento de verla para hablar, pero no se había dado y sabía que todas las excusas que me había puesto, aunque le supiera mal esquivarme, no eran verdad. No había querido atosigarla, pero ya empezaba a mosquearme o a asustarme por cómo estuviera.

Pensando en ello estaba cuando el móvil sonó en mi mano y lo cogí con una sonrisa comprobando que era ella.

—Hola Ebba. Perdona, acabo de salir de la ducha —se justificó.

—Hola bonita, no te preocupes. Oye, ¿te apetece ir de concierto esta noche?

—¿De concierto?

Le expliqué de carrerilla la entrada solitaria que Maira tenía guardada en su bolso, pidiéndole que se animara por los «no sé» que fue diciéndome.

—Venga, será divertido. Congeniarás muy bien con mis amigas Maira y Paula.

—Te agradezco que hayas pensado en mí Ebba, pero es que no tengo muchas ganas de salir.

—Yo tampoco tenía, pero me han arrastrado a la calle y eso mismo pienso hacer yo contigo. En cuarenta minutos estoy llamando a tu puerta.

—No te preocupes de verdad, no quiero molestar.

—¿Hola? ¿Me escuchas? Uy, qué mala cobertura hay aquí, te pierdo. Cuarenta minutos Miriam.

Dije cortándola y sin dejarla hablar, hasta que reí y la contagié, colgando y volviendo al interior del bar.

—Hecho, mi vecina Miriam se ha apuntado —dije con una sonrisa.

—Vamos que pocas opciones le has dado —aseguró divertida Maira.

s—Qué puedo decir, así no soy la única que va a ir la fuerza —dije con la boca llena después de comer varias patatas que habían puesto.

—Ya, seguro que lo has hecho con esa intención. —Me miró con cariño.

Le hice un guiño y esperamos a que apareciera Paula para ir a buscar a Miriam, la que llegó a los quince minutos con una pancarta plegada que abrió en cuanto se sentó a un nuestro lado, viendo que era más grande que ella provocando carcajadas en Maira que se dobló en la silla y yo, yo solo pude agrandar los ojos asombrada leyendo una y otra vez esas palabras en negro y resaltadas mientras Paula nos decía emocionada que se iluminaban en la oscuridad.

«Luc, te queremos y queremos todo de ti, todito... ¿quieres las bragas que tenemos para ti? Cántanos al oído y serán todas tuyas al fin».

—Gracias Ebba. —Se inclinó hacia mí Miriam.

—No hay de qué —le sonreí—. Has estado muy desaparecida.

—Sí, bueno, no he tenido muchas ganas de nada. —Se encogió de hombros mirando hacia el escenario.

Hacía poco que habíamos entrado y ocupado nuestros asientos, ante los nervios que me recorrían, los que se fueron calmando poco a poco al llenarse el auditorio y pasar más desapercibida. Después de ir a recoger a Miriam y presentarle a mis amigas, las que la acogieron ilusionadas, habíamos parado en otro bar cerca del auditorio para hacer tiempo y pasar los últimos momentos hasta que dieran acceso al concierto.

—Sabes que puedes hablar conmigo.

—Ya lo sé, pero es complicado. —Negó con la cabeza—. No puedo cambiar nada.

—Sí que puedes. —Le agarré una mano—. Solo tienes que cambiar la cerradura y empezar a vivir tu vida.

—Mi padre echaría la puerta abajo si no puede entrar. —Bajó la mirada a nuestras manos unidas, triste.

—Pues pones una alarma, cambias la cerradura y te vienes una temporada a mi piso —aseguré—. Como intente entrar podrás denunciarlo, aunque podrías hacerlo ya... —Dejé caer sin querer agobiarla.

—No sé, yo... me cuesta mucho dar esos pasos. Soy tonta. —Me miró con los ojos brillantes.

—Eso no lo digas y menos delante de mí. —Levanté una ceja—. Aquí el único tonto, anormal y todos los calificativos que me callo se los lleva tu padre que no tiene ningún derecho a tratarte como lo hace. No quiero insistir, y menos esta noche que quiero que te olvides de todo y te diviertas, pero sabes que solo tienes que descolgar el teléfono o llamar a mi puerta y voy de tu mano a la policía.

—Lo sé y te lo agradezco —me sonrió con cariño.

—Ya hablaremos con calma ¿vale? —asintió— Ahora vamos a disfrutar y a olvidarnos de todo por un rato.

La discusión de Maira y Paula dejó en el aire las siguientes palabras de Miriam. Nos giramos hacia ellas e intentamos no reír. Paula había puesto la pancarta de una manera que Maira la tenía sobre ella, impidiéndole moverse. En ello estaba amenazándola con que la iba a quemar y diciéndole que le iba a dar el concierto, con la respuesta de Paula de que iba a ser memorable en todos los sentidos.

Al final Miriam y yo acabamos riendo, captando la atención de mis amigas que estaban tan concentradas en la dichosa pancarta que ni se habían dado cuenta de que las mirábamos. Como era de esperar las contagiamos y acabamos las cuatro riendo por la situación, mientras Maira aprovechaba el despiste de Paula y empujaba la pancarta, aunque para su pesar poco espacio había.

—Como se te ocurra sacar eso no lo cuentas —la avisé tranquila, recostándome en el asiento.

—Joder, si será la mejor parte. —Me miró Paula sorprendida.

—¿Qué no entiendes de que no quiero llamar la atención? —La miré de reojo.

—Tú tranquila, hija, que con lo grande que es eso ni se nos verá —soltó un bufido Maira.

—Sois muy divertidas —habló Miriam sonriendo.

—Hacia fuera, porque por dentro nos comeríamos —aseguró Maira y acabamos riendo.

Las luces se apagaron de golpe, dejando solo iluminado el escenario frente a nosotras, el que veíamos a la perfección al estar muy cerca. Fue en ese mismo instante en el que el alboroto nos rodeó, mientras todas las fans se levantaban de sus asientos emocionadas a la espera y gritando los nombres de los componentes del grupo, los que no tardarían en llenar el escenario.

Con ganas de vivir el momento como el resto, todas nos unimos a los aplausos y gritos emocionados, yo en ese instante con la tranquilidad de que era imposible ser descubierta.

Uno a uno, por separado, fueron saliendo los tres componentes del grupo con el mejor de los recibimientos por parte de todo el público. El guitarrista, el batería y como aparición final y estelar se reservaron el turno de Luc que apareció sentado al piano haciendo sonar los primeros acordes de una melodía que conocía muy bien, mientras varios focos lo iluminaban solo a él.

La emoción se palpaba a mi alrededor mientras mis ojos no podían apartarse de la imagen que nos regalaba. Verlo tan activo calentó algo dentro de mí y verlo en perfecto estado calmó mi interior.

—No veas como está el tío ¿eh? —Recibí un codazo de Paula.

Palabras y gesto que ignoré a propósito sin querer responder, escuchando el momento exacto en el que su voz acompañó a su música, lo que supuso gritos y aplausos que retumbaron por todo el auditorio, hasta que poco a poco todo se calmó y el ruido desapareció para ser sustituido por voces que cantaban en alto acompañándolo, mientras Luc seguía la melodía.

Con los ojos cerrados de vez en cuando mientras acariciaba las teclas del piano, junto a sus compañeros cada uno desde sus puestos admirando la canción que nos envolvió, Luc nos trasladó todas las emociones que transmitía la melodía y su voz, haciendo partícipes a todos los que lo acompañábamos en ese momento, dejando de cantar de vez en cuando mirando hacia el público y animando a que cantaran algunas estrofas por él.

En cuanto el sonido de la última tecla del piano dio fin a la canción, las luces volvieron a apagarse dejándonos en la oscuridad más absoluta, para volver con fuerza iluminando el escenario con cada uno de los miembros del grupo preparados para deleitarnos con su música.

—Buenas noches —habló Luc hacia el público con una sonrisa, acercándose al borde del escenario mientras hacía un recorrido por todos los rincones del auditorio. En ese momento me fundí con la butaca, intentando hacerme más pequeñita porque esa vez sí, en ese instante podía ser más visible ante sus ojos por las luces tenues que habían encendido iluminando todas las secciones de las butacas.

»Antes de empezar quiero daros las gracias por todo el apoyo y cariño que me habéis transmitido, sin vosotras no estaríamos dónde estamos. Por eso, espero que esta noche la disfrutéis al máximo, intentaremos darlo todo para que así sea.

»Sé que si me veis flaquear en algún momento no me lo tendréis en cuenta. —Hizo un guiño al público, con el que literalmente todas a mi alrededor se volvieron locas dedicándole palabras emocionadas—. Gracias —fue su grito final haciendo un repaso por la zona de arriba y de abajo, parándose demasiado tiempo en las primeras butacas.

—Mierda —susurré para mí en cuanto vi que dejaba la vista parada en nuestra zona.

Miré de reojo hacia Maira y Paula que se habían quedado tiesas en las butacas, temiendo que pasara lo peor que les había dicho, menos Miriam que estaba con una gran sonrisa mirando hacia el frente sin darse cuenta de nuestras reacciones.

2

—Joder, me he cagado. —Se inclinó Maira tocándome un brazo en cuanto Luc se giró dando comienzo al concierto.

3 —No me digas. —La miré descompuesta.

—Prueba superada, que no cunda el pánico —dijo Paula soltando el aire.

—Es una pasada ¿verdad? —se dirigió Miriam hacia nosotras.

—Uf, ya te digo, una verdadera pasada —asentí con la cabeza demasiadas veces mientras Miriam recibía mis movimientos como si estuviera emocionada, haciéndola reír.

Girado el estómago, así lo tenía en ese instante mientras intentaba calmarme porque habíamos conseguido pasar la prueba de fuego milagrosamente.

A partir de ahí ya nada tuvimos que temer porque en todo el auditorio solo quedó iluminado el escenario, haciéndonos respirar tranquilas para poder disfrutar de las casi dos horas que Luc y sus compañeros nos deleitaron canción a canción, incluidas algunas bromas entre ellos que nos hicieron sonreír y reír haciéndonos partícipes de la complicidad que tenían.

No pude dejar de admirar en todo momento cómo disfrutaba de estar subido a un escenario y la pasión que transmitía hacia el público, el que acabó loco, dando saltos y gritando al final de la noche en cuanto Luc junto a sus otros dos componentes del grupo se acercaron al borde del escenario para dar el concierto por finalizado.

4

Las luces se encendieron mientras ellos todavía se despedían. Tragué saliva arrastrándome un poco por la butaca. Todo parecía ir bien, imposible que Luc se fijara en concreto en mí, hasta que a mi queridísima amiga Paula se le fue la cabeza ignorando mi amenaza del principio y contraponiendo a como había actuado hasta ese momento. No se le ocurrió otra cosa que soltar un grito agachándose y cogiendo rápido la pancarta que había hecho, arrasando con todas nosotras a su paso sin que se diera cuenta por la emoción que la embargó.

Miriam muerta de la risa no podía tranquilizarse viendo como Paula estaba de pie gritando y moviendo la pancarta. Maira tiró de su camiseta intentando que dejara de hacerlo, dedicándole palabras que no sonaron muy bonitas mientras Paula la ignoraba metida por completo en su papel. Por mi parte me dejé caer hasta el suelo, quedándome espachurrada en el hueco donde supuestamente iban las piernas, cerrando los ojos con fuerza y cagándome en todo.

—La madre que te parió que no tiene culpa, ¡baja eso! —dije desde el suelo con la mirada de Miriam sorprendida puesta en mí, sin entender qué hacía tirada en el suelo.

¿Me hizo caso? Que va, fui ignorada como Maira que había pasado ya a las amenazas directas. Como pude medio giré y vi por entremedio de las butacas a los componentes del grupo riendo al haber leído la frase de la pancarta, divertidos con la situación mientras miraban en nuestra dirección.

Tomándome un tiempo cuando ellos dejaron el escenario y la gente empezó a levantarse de sus asientos, me quedé unos minutos más en el suelo, resguardada por precaución, hasta que Maira me hizo una señal de que podía levantarme. Lo que hice a duras penas al estar encajada y en mala postura, soltando un bufido.

—¿Qué coño has hecho? —Me puse frente a Paula en cuanto estuve en pie.

—Ay lo siento, es que me he emocionado. —Me miró con cara de que ni ella misma entendía cómo había reaccionado.

—Ha sido muy divertido —habló Miriam.

—Todavía me estoy riendo. —Puse los ojos en blanco.

—Ebba, con la pancarta no nos veían —se justificó Paula.

—Pero has llamado su atención, joder. Quiero salir de aquí ya. —Señalé hacia el pasillo con la cabeza al no poderlo hacer si no salían Maira y Paula antes.

—Sin decir nada lo hicieron y cuando tocó mi turno pisoteé en mi camino la dichosa pancarta que estaba en el suelo, la que acabaron cogiendo Miriam y Paula entre risas para tirarla en cuanto saliéramos.

—Tranquilízate, no ha pasado nada —me dijo Maira desde atrás.

—Estoy descompuesta, leches. —Me giré rápido hacia ella, hablando demasiado alto cuando el auditorio ya se había vaciado bastante.

Y ese fue mi error, un error que me perseguiría durante días ya que en cuanto lo hice y al estar demasiado cerca del escenario, vi en un lateral a Luc, semioculto por una cortina. Entrecerró los ojos fijando su mirada en mí, apartando la cortina con la intención de acercarse.

—Joder, hora de correr —medio grité girando y haciendo lo que había dicho directa hacia la salida.

Sorteando a todas las personas que me encontré a mi paso y desesperándome porque no podía ir todo lo rápida que quería al haber gente taponando la salida, sentí cómo mis amigas me seguían sin mirar hacia atrás, lamentando mi metedura de pata en el último momento y queriendo salir de allí.

é

Y ese fue mi error, un error que me perseguiría durante días ya que en cuanto lo hice y al estar demasiado cerca del escenario, vi en un lateral a Luc, semioculto por una cortina. Entrecerró los ojos fijando su mirada en mí, apartando la cortina con la intención de acercarse.

—Joder, hora de correr —medio grité girando y haciendo lo que había dicho directa hacia la salida.

Sorteando a todas las personas que me encontré a mi paso y desesperándome porque no podía ir todo lo rápida que quería al haber gente taponando la salida, sentí cómo mis amigas me seguían sin mirar hacia atrás, lamentando mi metedura de pata en el último momento y queriendo salir de allí.

Capítulo 10



Luc

Había disfrutado como un niño pequeño subido al escenario y era lo que había necesitado para volver a la calma y poder disfrutar junto a mis amigos. Al final no había decaído en ningún momento y el concierto mejor no habría podido salir siendo el punto de partida para volver a retomar todos los que tuvimos que aplazar por mi accidente.

La escena final con una chica que había plantado delante de nosotros una pancarta dirigida a mí había sido divertida, provocando que nos riéramos al leer lo que ponía en ella.

A pesar de que todo había ido rodado, había sentido un hormigueo durante todo el tiempo que había estado subido al escenario y había intentado por todos los medios quitarme esa sensación. Tengo que admitir que sin conseguirla y al final me había obligado a ignorar cómo me sentía porque nunca me había sucedido.

—¡Qué pasada! Lo habéis hecho genial. —Escuché a Raisa al salir del escenario junto a mis amigos, parándonos cuando llegó a nuestro lado.

—Estamos a tope ya —sonrió Glen dándome un golpe en el hombro.

—Hay montada una fiesta para celebrarlo —nos informó Raisa con una sonrisa.

—Eso me lo voy a saltar, lo siento. —Me encogí de hombros sabiendo perfectamente cómo sería esa fiesta.

—No puedes faltar. —Me miró sorprendida Raisa.

—Mira y verás. —Le hice un guiño.

—Creo que para ser el primer día ha tenido suficiente —comentó Kevin.

—Tú lo has dicho, a la próxima será diferente —insistí porque no pensaba cambiar de opinión.

—¿Vosotros os animáis? Sino tengo que anularlo rápido —se dirigió Raisa a Glen y a Kevin.

—¿Desde cuándo nos perdemos la diversión? —rio Glen.

—Eso pensaba. —Dio varias palmas Raisa.

—No excederos mucho. —Levanté una ceja, divertido.

—¿Noto un poco de envidia? —soltó divertido Glen, refiriéndose a mí.

Con una carcajada le respondió Kevin y yo me despedí de ellos entre risas hasta pasados dos días, ya que al siguiente descansaríamos. Solo y antes de alejarme para pasar por el camerino para ir directo a casa donde me esperaba Aline con Evelyn, me asomé por el lateral del escenario viendo cómo se vaciaba poco a poco el auditorio.

Ni hice caso a la presencia de Zac a mi lado cuando una voz captó mi atención, dejando la mirada fija en las chicas que había a poca distancia.

—¿Estás bien? —Escuché la voz de Zac.

Entrecerré los ojos ignorándolo, abriendo más la cortina con la intención de acercarme más porque esa cara que estaba viendo...

—Es ella —dije casi seguro, confirmándolo en cuanto los ojos de la chica se agrandaron y se giró para salir a la carrera—. Mierda, Zac, es la chica del hospital —medio grité saliendo al centro del escenario viéndola recorrer el pasillo principal hacia la salida, seguida por las que serían sus amigas porque también empezaron a correr sin sentido.

—¿Estás seguro? —Se sorprendió a mi lado Zac.

—Joder que sí, ve. Yo no puedo salir porque no podré dar ni un paso fuera en cuanto me vean. —Me giré hacia él queriendo que corriera hasta ella.

Al ver mi cara y escuchar mi tono de voz no se lo pensó y saltó del escenario, empezando a correr sorteando a las pocas personas que quedaban en ese momento dentro del auditorio.

Impaciente y nervioso me moví por el escenario dejando el tiempo pasar, hasta que soltando un bufido salí de allí

agobiado directo hacia el camerino porque poco más podía hacer sintiendo la impotencia de no poder lanzarme a la carrera yo y darle encuentro a esa chica.

Diez minutos pasaron hasta que Zac abrió la puerta y por su cara supe que no había conseguido llegar hasta ella.

—Me cago en todo —solté cabreado al haber perdido la oportunidad.

—Lo siento, no me ha dado tiempo. La he perdido entre tanta gente —se justificó Zac—. ¿Estás seguro de que era la misma?

—No pasa nada, es lo más normal. —Solté un suspiro dejándome caer en la silla—. Algo me dice que sí, ¿no la has reconocido? —Lo miré de reojo—. Tengo muy clara su cara y expresiones, al menos, las que mostró ante mí.

—Lo siento, solo la vi unos segundos y la verdad, no presté mucha atención cuando entró y al salir, con la sorpresa de que habías despertado, menos aún. Bueno ¿ves cómo era una fan? Al menos ya tienes la respuesta que necesitabas —comentó para animarme.

Lo miré sin responder, porque vale que le gustara mi música, o al menos había venido a disfrutar de lo que hacíamos, pero hasta ahí llegaba mi razonamiento sin ser el mismo que el de Zac.

Sin convencerme sus palabras me levanté recogiendo lo poco que había llevado hasta allí y salí con él detrás de mí, directo hacia el coche que estaba en el aparcamiento privado detrás del auditorio.

—Seguro que en algún momento se da otra oportunidad —comentó Zac arrancando el coche.

—Déjame que lo dude —respondí pensativo mirando a través de la ventanilla del coche.

—¿Cuándo y dónde es el siguiente concierto?

—En una semana y a unos cincuenta minutos de aquí. Después hacemos noche allí mismo y cogemos un vuelo para hacer dos más. Cuando terminemos descansamos y Raisa nos notificará cuándo volveremos a subirnos a un escenario. Con todo lo que me pasó tiene que mover muchas fechas y no los tenemos programados.

Con mi respuesta se hizo el silencio dentro del coche, mientras Zac me llevaba a casa, a la que no tardé en entrar despidiéndome de él.

Soltando las llaves cabreado en el recibidor, así cerré tras de mí, pero mi estado de ánimo cambió en cuanto me apoyé en el marco de la puerta del salón viendo a Aline y a Evelyn sentadas en el sofá atentas al televisor mientras comían palomitas.

Sonriendo las observé concentradas sin darse cuenta de que estaba allí, hasta que Evelyn me vio y con un pequeño grito saltando del sofá llegó hasta mí corriendo, lanzándose a mis brazos que la cogieron al vuelo mientras reía.

—¿Qué haces despierta tan tarde? —Levanté una ceja caminando hacia el sofá, saludando a Aline.

—Es que está muy emocionante. —Señaló hacia el televisor.

a

—La has visto más de diez veces —reí.

—¿Cómo ha ido cariño? —Se levantó Aline.

—Perfecto —aseguré porque así había sido el concierto, el después ya era otra cosa que quedaba para mí.

'

—Pues por tu cara no lo diría. —Me miró con atención.

—Estoy cansado —negué divertido porque no se le pasaba ni una.

—Pues a dormir todo el mundo —dijo apagando el televisor.

—Pero Alin, queda muy poco —se quejó Evelyn con el diminutivo que siempre utilizaba hacia Aline.

—Tan poco que te la sabes de memoria —insistí.

—Solo un poquito —respondió mirándome traviesa haciendo el gesto con los dedos.

—Venga señorita, si quieres que te acueste yo es ahora, sino te quedas con Aline y ya os acostaréis —dije sabiendo cual sería la respuesta.

—No quiero verla, ya me la sé —asintió rápida haciéndonos reír a Aline y a mí.

Subimos los tres las escaleras y nos despedimos en la habitación de Aline. Al principio, cuando Evelyn era pequeña, iba y venía, menos cuando yo tenía que viajar. Hasta que le propuse que se mudara con nosotros, al vivir sola en un piso, lo que aceptó encantada.

—¿Te lo has pasado bien? —le pregunté a Evelyn tumbándola en la cama.

s

—Sí ¿y tú? ¿Cuándo podré ir a un concierto? —Hizo un puchero.

—Muy bien peque. —Le acaricié el pelo sentándome en el borde la cama—. Algún día cuando seas más grande, aunque tú tienes la mejor parte. —Le hice un guiño.

—¿Cuál? —preguntó pensativa.

—La de que te canto solo a ti —sonreí.

—Sí. —Aplaudió emocionada.

—Descansa cariño, mañana podemos hacer lo que te apetezca. —Me levanté dándole un beso en la frente.

—Lo pensaré antes de dormir —aseguró dando un bostezo.

Salí de la habitación apagando la luz, sonriendo al verla antes de hacerlo porque sabía que no pensaría en nada ya que los ojos se le cerraron al instante.

Cansado me dirigí hacia mi habitación y no tardé en estar debajo de la ducha. En ese momento me fue imposible no pensar en lo que había sucedido y la oportunidad que se me había dado, desperdiciándola por la situación que había sido.

Imposible salir en el momento en el que se dio porque las fans se me hubieran echado encima, detalle que no solía importarme, pero en ese instante era lo que menos hubiera necesitado para llevar a cabo mi cometido.

Cabreado conmigo mismo por la obsesión que tenía por obtener respuestas, me duché rápido y me sequé, dejando la toalla a un lado y poniéndome un pantalón corto de pijama.

Tumbado en la cama la imagen de esa chica llegó a mi mente nítida, haciéndome cerrar los ojos con fuerza mientras apagaba la luz.

Tenía que dejar de buscar respuestas, tenía que empezar a olvidarme de todo porque era un camino sin salida y cada vez me jodía más. Solté un suspiro notando a mi cuerpo en tensión, tensión que se concentró en mi miembro al que eché mano bajando el pantalón y dejándolo en libertad. Me acaricié despacio apretando la mandíbula, eso durante los primeros minutos, hasta que necesitando el placer que me pedía cada fibra de mi cuerpo, descargué toda mi mala leche sin descanso en los movimientos que me llevaron al orgasmo con los jadeos que me provocó, con los ojos abiertos en la oscuridad.

—Hay que joderse. —Solté un bufido por el motivo por el que mi miembro se había levantado y no precisamente por una reacción natural, no.

Sorprendido porque era la primera vez que reaccionaba así, me levanté más cabreado de la cama sin encender la luz hacia el baño y me asecé, volviendo a tirarme en ella para dar por finalizado el día.

Sorprendido porque era la primera vez que reaccionaba así, me levanté más cabreado de la cama sin encender la luz hacia el baño y me aseeé, volviendo a tirarme en ella para dar por finalizado el día.

Capítulo 11



Ebba

Sentada detrás de la recepción observaba a todos los clientes ir y venir sin poder centrarme. No sabía lo que me pasaba porque todo estaba bien, pero el final del concierto, días atrás, me dejó tocada a pesar de que conseguimos salir de allí en tiempo récord, sin ninguna situación que lamentar.

Cuando nos montamos en el coche corriendo, al pasar por delante del auditorio, distinguí entre tanta gente al hombre que estaba parado en la puerta de la habitación del hospital cuando fui. Quieto en la calle y mirando alrededor, buscaba algo o más bien a alguien, como podría ser yo, detalle que supe y me confirmó en ese instante, que Luc me había reconocido perfectamente.

En cuanto Maira se alejó de allí pude respirar al perderlo de vista. Conseguí recomponerme ante la cara de interrogación de Miriam que no sabía ni entendía nada. Soltando un suspiro me decidí a contarle por encima y rápido el motivo por el que habíamos salido de esa manera, queriendo cerrar ese capítulo del todo.

Fueron varias las veces las que tuve que quitarle importancia a las disculpas de Paula, que agobiada y lloriqueando no dejaba de repetirme que sentía lo que había hecho y que no entendía cómo había reaccionado de esa manera. Por todo ello le dije que no se preocupara, comentando que el fallo lo había cometido yo en el último momento.

—Buenas tardes. —Escuché una voz y parpadeé varias veces para centrar la vista en el cliente que me habló.

—Buenas tardes —sonreí.

—Necesito una habitación.

—Cómo no, enseguida se la doy —asentí levantándome hacia la caja en la que tenía las llaves—. Aquí tiene, la doscientos tres, en la segunda planta. —Se la ofrecí sentándome para meter en el ordenador sus datos.

—Muchas gracias.

Miré la hora que era cuando el cliente se fue hacia el ascensor, las cinco y media. Una hora faltaba para terminar de trabajar otro día más, con la ilusión de que al día siguiente solo estaría unas horas por la mañana para cerrar lo que me quedara pendiente y tendría vacaciones durante diez días. Con esos ánimos me centré en el trabajo dejando los minutos pasar.

—¿Qué voy a hacer yo sin ti durante tantos días? —Escuché la voz de Mauro a mi lado y miré de reojo sus piernas al haberse apoyado en la mesa.

—¿Lo mismo de siempre? —sonreí mirándolo.

—Mañana te invito fuera de aquí a desayunar en condiciones —aseguró.

—No hace falta —negué divertida.

—Soy el jefe, tómatelo como un desayuno de empresa, como despedida hasta que vuelvas. —Me hizo un guiño.

—Venga, acepto el desayuno —asentí para no darle siempre largas.

—¿Qué has dicho? —Se inclinó hacia mí intentando no reír.

—Ya lo has oído —reí—. No me hagas repetirlo por si cambio la respuesta. —Me recosté en la silla.

—Me voy ya por si acaso. —Soltó una carcajada alejándose rápido.

Me quedé sonriendo y negando con la cabeza. Mauro era un buen hombre y con los años se había convertido en amigo, pero hasta ahí llegaba por mi parte, aunque hiciera muchos intentos para cambiar la situación entre los dos siempre respetándome.

Salía por la puerta del hotel cuando mi móvil sonó y lo saqué del bolso viendo que era Maira.

—¿Sabes que te odio un poquito ahora mismo? —dijo nada más descolgar.

—¿Me tengo que sorprender? —dije divertida.

—Qué rabiosa eres, a mí me quedan veinte días para coger vacaciones y nunca llegan, yo creo que el calendario me tiene manía y no pasan los días. —Lloriqueó.

—Eso no es nada —negué con la cabeza llegando al coche y montándome en él.

—¿Qué haces?

—Salir del trabajo, ¿has visto qué hora es?

—Ay leches, es verdad —rio—. ¿Qué ruta vas a coger?

—No empieces. —Soltó un suspiro mientras arrancaba y se conectaba el manos libres—. Es de día y todo va a ir bien, joder, que he pasado por esa carretera desde que empecé a trabajar en el hotel.

—Sé que estás muy a gusto ahí y tu jefe te paga muy bien y más majo no puede ser, pero ¿no has pensado en buscar algo más cerca de casa?

—Sabes que al principio sí, pero ya lo tengo por la mano. Tranquilízate que voy a ir a paso de tortuga.

—Niña, tampoco tanto, a ver si te pasa algo por ir tan lenta.

—Nada te parece bien —reí empezando a circular.

—Nada si está esa carretera de por medio.

—Venga te dejo, te llamo cuando llegue a casa ¿vale?

—Cuarenta y cinco minutos te doy, como pase uno más te enteras.

’Sin contestarle colgué la llamada negando con la cabeza a poca distancia de coger el desvío hacia la carretera en la que me llevé el sobresalto. Como le había repetido incansablemente a Maira me la sabía de memoria, eran muchas veces las que la cogía y así seguiría siendo porque las condiciones eran más que aceptables, lo único que era un poco solitaria al haber bastantes curvas y recortar por la montaña, nada que tuviera que preocuparme y menos en un día soleado como todavía se apreciaba.

Sin poderlo evitar, en el punto exacto que me sabía de memoria con cuidado y comprobando que no venía nadie por el sentido contrario, me desvié del camino metiéndome en el saliente donde mi coche paró la noche de lluvia.

Muchas veces había pensado en hacer lo mismo y todas ellas había acabado pasando de largo porque ese capítulo lo cerré justo cuando me monté en el coche de Maira a la carrera saliendo del concierto. O eso pensaba porque esa vez lo hice, dejándome guiar por un impulso.

Solté un suspiro cuando apagué el motor, mirando hacia la carretera y alrededor. Decidida me bajé ¿con qué sentido? Ni puñetera idea, solo me dejé llevar por el instinto sin hacerme preguntas, necesitando hacer lo que iba a hacer.

Caminé parándome con la distancia suficiente de la carretera por seguridad, mirando hacia ella en el punto en el que mi coche perdió el control. Aún no entendía el motivo de ello y era algo que no había podido quitarme de la cabeza. Sin encontrar nada y menos después de tanto tiempo, le di la espalda a la carretera y miré alrededor.

—Si Luc venía en sentido contrario al mío como explicaron en las noticias, ¿a dónde habría ido a parar? —dije en alto mientras mis pies empezaron a moverse por inercia.

Más de media hora estuve observando la zona mientras sorteaba los árboles, por la explanada donde tenía mi coche y por donde podía imaginar que la moto hubiera pasado derrapando o deslizándose tumbada.

—¡Qué mierda hago aquí! —Solté un bufido parándome un momento, girando sobre mí en todas las direcciones.

Alejada bastante del coche quise salir de allí frenando el impulso que había tenido. Caminando al cobijo de las sombras de los árboles, cada vez más cerca de salir de ellos, algo captó mi atención, algo que brilló por los rayos del sol que daban en un pequeño claro.

Sin saber qué hacía, me dirigí hacia allí, parándome al lado de ese algo que no formaba parte de la naturaleza. Me agaché y lo miré de cerca, ni puñetera idea de lo que era, lo único que tuve claro es que era una pieza redonda con una goma. Agachada miré alrededor sorprendiéndome al pensar que, si esa pieza formaba parte de la moto de Luc había llegado demasiado lejos.

Sabía por los medios que la moto quedó destrozada en el accidente, tanto que gran parte de ella salió disparada y no me extrañó en ese momento al darme cuenta hasta dónde pudo llegar chocando árbol tras árbol.

a

s —¡Dios mío! ¿Con cuántos chocó su cuerpo? —Tragué saliva centrando otra vez la mirada en la pieza.

Con una sensación rara, me incorporé con ella entre las manos, necesitando dar el siguiente paso, el que sería el último, claro que sí, me obligué a que así sería necesitando pasar página, pero de verdad, no de boquilla.

Una vez en el coche seguí mi camino, hasta que cuarenta minutos más tarde, paré delante de una puerta en concreto, enviándole un mensaje a Maira para que no se preocupara diciéndole que ya estaba cerca de casa.

Salí con la pieza entre las manos y entré queriendo encontrarme con mi vecino Daniel, que era el dueño del taller al que acababa de entrar.

—Hola, vengo a ver a Daniel —le dije a un chico que se acercó.

a

—Claro, enseguida lo aviso. —Me sonrió reconociéndome de las veces que llevaba el coche, caminando hacia el fondo del taller, directo hacia el cuerpo de un hombre que estaba debajo de un coche.

Caminé detrás de él, sin llegar a acercarme del todo. Daniel salió y fijó su mirada en mí en cuanto el otro mecánico habló con él.

^l —Hola preciosa. —Me saludó sonriendo mientras se limpiaba las manos—. Perdona las pintas. —Se señaló— ¿Qué te trae por aquí?

—Hola —sonreí—. Pues, es que no lo sé la verdad —reí nerviosa.

—¿Alguna avería? Eso sería lo más normal o para hacer la revisión, pero si no recuerdo mal se la hice a tu coche hace tres meses ¿no? —dijo fijando la mirada en lo que llevaba en las manos.

—Sí, mi coche está perfecto. Quería que me dijeras qué es esto. —Levanté la pieza.

—Esto es parte de la transmisión de una moto. —Levantó la mirada hacia mí—. ¿Dónde la has encontrado?

—Bueno, es que casi he chocado con ella en la carretera y me ha llamado la atención. —Me encogí de hombros inventándome lo primero que me vino a la mente.

—¿Y te has parado a recogerla? —Levantó una ceja—. Está dañada —aseguró quitándomela de las manos.

—La iba a apartar del camino, pero al final... —Me encogí de hombros— Bueno, supongo que si estaba tirada en el suelo es porque alguien tuvo un accidente.

—Sí, lo más normal es pensar eso si no entiendes lo que estás mirando, pero esta pieza no se dañó por un accidente —me confirmé.

—¿Qué quieres decir? —Agrandé los ojos.

—Ven, vamos a mi despacho —me sonrió girando.

Lo seguí empezando a descomponerme por lo que había dado a entender. Entramos en su despacho y cerré la puerta después de que me lo pidiera mientras se apoyaba en la mesa, quedando frente a mí.

—¿Ves esto? —Me señaló una parte de la pieza— No tendría que estar así, por mucha colisión que sufriera. Los

daños en un accidente se ven claros y te vuelvo a decir que esta pieza fue manipulada por alguien.

—No puede ser —dije nerviosa mirando hacia la pieza.

—Estos tornillos están aflojados a conciencia. Para que me entiendas, tienen un sistema fuerte de seguridad y es muy difícil de que por sí solos se aflojen. Puede darse el caso ¿en uno? ¿dos? Pero aquí están todos aflojados al máximo ¿ves? Y la correa también está dañada.

—¿Tampoco es normal eso? —Levanté la mirada hacia él.

—No lo es, este corte es limpio. —La levantó—. La correa se puede dañar, se puede deteriorar con el tiempo, pero para eso, tendría que pasar mucho tiempo sin hacerle una revisión y ni por asomo estaría así.

—¿Qué puede provocar estos daños? —Tragué saliva.

—Un fallo fatal, el perder el control de la moto. El kit de arrastre y la fuerza que recibe la moto se perderían o romperían, desequilibrándola y haciéndola culear al perder la estabilidad. Es una de las partes principales para el buen funcionamiento y puede ser fatal como ya te he dicho.

—Dios mío.

—¿Estás bien Ebba? —Me miró preocupado.

—Sí, sí... —Tragué saliva—. Es solo que pienso en quién pudo tener el accidente y no fue por él mismo.

—Correcto, fue intencionado y dada la gravedad de esto —levantó la pieza— más fallos irían en cadena que no pudieron soportar la descompensación y los daños.

—Vale —asentí.

—Menuda clase de mecánica te he dado en cinco minutos —dijo divertido sin dejar de mirarme.

—Tampoco te pienses, si tuviera que repetir lo que me has dicho ahora mismo no sabría —reí nerviosa, contagiándolo.

—¿La quieres o la lanzo a la basura?

—Me la llevo —aseguré ante su mirada interrogante.

—¿Estás cambiando la decoración de casa? —Levantó una ceja.

—No —reí nerviosa—, pero tengo un amigo que le dará buen uso. —Intenté salir de la situación.

—Poco uso le va a dar cuando la vea, toda tuya —dijo poniéndola en mis manos.

—Pues que se encargue él de tirarla —sonreí.

—¿Todo bien? —Se incorporó.

o

—Sí, claro. No te entretengo más.

—No te preocupes, estoy a punto de bajar la persiana por hoy. —Caminó hacia la puerta y la abrió dándome paso.

—Muchas gracias, Daniel. —Me paré despidiéndome.

—Te llevas dos besos imaginarios porque como me acerque a ti. —Volvió a señalarse.

—Ya nos los daremos —sonreí diciéndole adiós con la mano, dándole la espalda.

En cuanto entré en el coche dejé la pieza al lado sin poder apartar la vista de ella. No era verdad lo que le había dado a entender a Daniel, lo de que no me acordaba de todo lo que me había dicho. Y tanto que lo hacía, una pequeña mentirijilla o varias le había dado, pero para mí quedaban por el significado de sus palabras.

—Hicieron que tuvieras el accidente... —Se me nublaron los ojos tocando la correa—. No fui yo. —Tragué saliva cerrando los ojos y recostando la cabeza en el asiento.

Y en ese punto sí que no podía dejarlo pasar ni olvidarme del tema, en ese punto no podía hacer como si nada. Tenía que llegar hasta Luc y hablar con él, pero ¿cómo?

—Joder. —Me tapé la cara con las manos llena de nervios—. Hazlo Ebba, a la mierda todo.

—¿Estás cambiando la decoración de casa? —Levantó una ceja.

—No —reí nerviosa—, pero tengo un amigo que le dará buen uso. —Intenté salir de la situación.

—Poco uso le va a dar cuando la vea, toda tuya —dijo poniéndola en mis manos.

—Pues que se encargue él de tirarla —sonreí.

—¿Todo bien? —Se incorporó.

—Sí, claro. No te entretengo más.

—No te preocupes, estoy a punto de bajar la persiana por hoy. —Caminó hacia la puerta y la abrió dándome paso.

—Muchas gracias, Daniel. —Me paré despidiéndome.

—Te llevas dos besos imaginarios porque como me acerque a ti. —Volvió a señalarse.

—Ya nos los daremos —sonreí diciéndole adiós con la mano, dándole la espalda.

En cuanto entré en el coche dejé la pieza al lado sin poder apartar la vista de ella. No era verdad lo que le había dado a entender a Daniel, lo de que no me acordaba de todo lo que me había dicho. Y tanto que lo hacía, una pequeña mentirijilla o varias le había dado, pero para mí quedaban por el significado de sus palabras.

—Hicieron que tuvieras el accidente... —Se me nublaron los ojos tocando la correa—. No fui yo. —Tragué saliva cerrando los ojos y recostando la cabeza en el asiento.

Y en ese punto sí que no podía dejarlo pasar ni olvidarme del tema, en ese punto no podía hacer como si nada. Tenía que llegar hasta Luc y hablar con él, pero ¿cómo?

—Joder. —Me tapé la cara con las manos llena de nervios—. Hazlo Ebba, a la mierda todo.

Capítulo 12



Luc

—Menudo subidón tíos, joder no me había dado cuenta de cuánto necesitaba volver a estar en activo —soltó emocionado Glen en el camerino.

No hacía mucho que habíamos entrado dando otro concierto por terminado, el último por el momento que daríamos cerca de casa con el inminente vuelo al día siguiente bien entrada la tarde que nos llevaría lejos para prepararnos para el próximo. Por el momento fijos teníamos dos más y, si todo salía como nos había informado Raísa, en breve sabríamos las fechas de los cuatro siguientes.

—Yo estoy igual —dijo Kevin antes de darle un trago a una botella de agua.

—¿Vamos directos al hotel? —propuse guardando la guitarra que siempre llevaba conmigo.

—Sí, estoy empapado, necesito una ducha ya —confirmó Glen.

—Y después la fiesta ¿no? —añadió Kevin— ¿Hoy te apuntas Luc?

—Ducha, cena y fiesta, en ese orden tío, que estoy hambriento —rio Glen.

—Hoy no tengo prisa por volver a casa. —Me encogí de hombros.

—Tanto entusiasmo nos abruma. —Soltó una carcajada Kevin, contagiándonos.

—Esas fiestas siempre son iguales —negué con la cabeza abriendo la puerta del camerino y saliendo con mis amigos detrás.

—Hasta ahora no se ha inventado nada nuevo, sino ya lo habríamos probado —comentó Glen mirándome de reojo.

mientras recorríamos el pasillo.

—Eso no lo dudo —reí.

—Música, bebida, tías... ¿dónde está el problema? —Se colgó de nuestros hombros Kevin—. Y para remate en el mismo hotel, mejor no puede ser para tirarnos en plancha en la cama cuando nos cansemos.

—Aunque te lo dijera no lo verías. —Le di un pequeño codazo en el costado.

Riendo llegamos al coche donde nos esperaba Zac y no tardamos en estar montados y de camino al hotel donde Raisa había reservado para pasar la noche. Nunca íbamos a los mismos para pasar desapercibidos, aunque ello no impedía que nos vieran o se filtrara la información en el último momento, vete a saber de qué bocas, viéndonos al final rodeados por fans.

En el aparcamiento del hotel esperamos dentro del coche a que Zac volviera con las llaves de las habitaciones para entrar directos, lo que no tardó en suceder.

En nuestro camino nos paramos con todos los que nos reconocieron, haciéndonos fotos y firmando autógrafos, sobre todo con el personal del hotel que nos facilitó el acceso rápido y se mostraron de lo más amables y compresivos.

—En media hora nos vemos —dije con la puerta abierta.

Después de recibir las respuestas afirmativas de Glen y Kevin entré soltando la bolsa de deporte que llevaba. Eran las once y media de la noche y una de las trabajadoras del hotel nos había confirmado, antes de dejarnos a nuestro aire, que podíamos bajar a cenar cuando estuviéramos preparados, cena que disfrutaríamos en un salón privado donde solo estaríamos nosotros.

La fiesta tendría lugar en otra sala en la que según nos comentó la chica ya había empezado, esperando a que llegáramos.

Cogí el móvil y llamé a Aline para saber cómo iba todo, con su contestación de que no me preocupara por nada. No pude hablar con Evelyn porque ya estaba durmiendo, pero ya lo había hecho antes de empezar el concierto sabiendo que acabaría demasiado tarde para ella.

Conforme con todo, solté un suspiro dejando el móvil encima de la cama y me desvestí yendo directo a la ducha. Me encantaba mi profesión, no hace falta decirlo que era mi pasión, la que descubrí desde bien pequeño sentado en la falda de mi madre mientras ella tocaba el piano.

Ese fue mi primer contacto con la música, con apenas cuatro años, contacto porque ante las risas de mi madre golpeaba todas las teclas sin sentido mientras yo reía escuchando el sonido que salía de esa caja. Como es lógico no nací sabiendo tocar el piano, pero tengo que admitir que me llevó poco tiempo hacerlo, cuando pasaron un par de años. Mis padres se dieron cuenta por aquel entonces de que tenía una conexión especial con el piano o con cualquier instrumento musical que tuviera entre las manos.

Todo lo que englobaba a la música era mi debilidad, todo menos de un tiempo a esta parte lo que venía después de un concierto. La fiesta y la diversión habían formado parte de mi rutina y no podía negar que había disfrutado de cada momento, pero notaba que los últimos años iba un poco forzado a los eventos que organizaba Raisa y si no me ausentaba más era por no dejar colgados a mis amigos.

Aun así, cuando lo hacía sentía que me faltaba algo, ya no iba conmigo tanta superficialidad ni el interés con el que todas las chicas que asistían a esas fiestas se acercaban a nosotros. Iban a lo que iban, a ver quién destacaba más y conseguía llegar a alguno de los tres.

^a Agradecí el momento en el que el agua empezó a caer sobre mi cabeza, cerrando los ojos. También había acabado empapado de sudor, lo que venía siendo normal después de una actuación en la que no habíamos parado durante un poco más de dos horas, con la intensidad y el calor de los focos iluminándonos.

Con un poco más de ánimo salí de la ducha y me sequé, entrando en la habitación desnudo directo hacia la bolsa de donde saqué la ropa que me pondría para bajar a cenar, eso como primer plato principal.

Cogí el móvil comprobando que no habían pasado los treinta minutos que les había dicho a los chicos y salí de la habitación encontrándome el pasillo vacío. Miré la decoración apoyándome en la pared, esperando porque no tardarían en aparecer.

Estaba más que acostumbrado a hospedarme en hoteles y me había encontrado de todo, pero en el que pasaríamos esa noche tenía que admitir que tenía un encanto especial, más rústico, con toques modernos que lo hacían agradable y confortable para la vista.

Esa era mi vida una vez nos metíamos de lleno en los conciertos, y daba gracias a que esa vez íbamos teniendo pausas largas de unos a otros debido al parón que tuvimos que hacer. Lo normal era que una vez que empezábamos la gira nos tirásemos meses sin pisar nuestras casas, lo que me agobiaba al tener que dejar durante tanto tiempo a Evelyn, a pesar de que en mejores manos no podía estar, pero no eran las mías. Sabía que la pequeña ya no lo era tanto y conforme se hacía mayor cada vez le costaba más separarse de mí.

—¿Bajamos? —Escuché la voz de Kevin a mi lado y giré la cabeza hacia él encontrando también con Glen.

Asentí y nos dirigimos hacia el salón que nos había indicado la trabajadora del hotel, entrando en un comedor donde solo una mesa estaba preparada, la nuestra. Nos sentamos y no tardaron en atendernos, disfrutando de la

velada los tres solos, esa vez sin Raisa la que se unía siempre que podía.

La noche fue según imaginé. Después de la cena nos trasladamos a la sala donde estaba la fiesta. En cuanto accedimos a ella el ruido de la música nos envolvió, viendo a muchas personas, sobre todo mujeres, ir de un lado para el otro y bailando en el centro con las copas en alto.

²Nuestra presencia no tardó en hacerse notar, viéndonos rodeados. Saqué mi mejor sonrisa y cuando conseguí liberarme y respirar por poder dar un paso sin agobiarme, me dirigí hacia una pequeña barra para pedir una consumición.

Con ella en la mano caminé hacia un sofá que quedaba en un lateral y me senté viendo como Glen y Kevin, cada uno en una punta, lo daban todo moviendo el cuerpo al son de la música mientras se les echaban encima.

Lo que no tardó en pasarme a mí, apareciendo seis chicas delante, sonrientes y con ganas de entablar conversación. Solté un suspiro inclinándome hacia una mesa pequeña que tenía enfrente para dejar el vaso y les ofrecí que se sentaran por cortesía. Ese era el mundo de la noche y la fama, el que solía finalizar a veces, que no todas, con alguien calentando nuestras camas por unas horas.

Una hora y media aguanté allí dentro, hasta que decidí que había llegado el momento de esconderme en la habitación. Di varias negativas con las que dejé claro que salía de allí solo y me acerqué a mis amigos para despedirme hasta el día siguiente.

A punto de llegar a la puerta me paré para no chocar con una chica que iba caminando despistada, la que no miraba hacia delante y quedó a poco centímetros de mí, sobresaltándose.

—Perdona —me sonrió sonrojada—, no estaba atenta.

—Tranquila, ya lo he visto. —Le devolví la sonrisa y abrí dándole paso.

—Eres Luc —confirmó con los ojos nublados por el alcohol mientras salía.

—Ese mismo soy. —Metí las manos en los bolsillos divertido.

—Oh, perdona, estarás cansado de que todas se acerquen a ti. —Se apuró.

—No pasa nada. —Le quité importancia y por primera vez en toda la noche la presencia de alguien no me molestó, por la forma en la que la vi, por su manera de dirigirse a mí y entablar conversación, sin ninguna pretensión de nada.

—¿Has salido a tomar el aire o ya te ibas?

—Se acabó la noche para mí —confirmé.

—Yo también me voy, estoy bastante achispada y tengo la cabeza como un bombo. —Se la tocó.

—Pues es la señal de que termines la noche, sí —la miré sonriendo—. No estés nerviosa, soy normal —dije divertido al verla sin poderse estar quieta.

—Lo siento —rio nerviosa—, es que no acostumbro a estar cerca de alguien tan famoso y me encanta tu música.

—Estabas en la fiesta, no todo el mundo tiene acceso a ellas.

—Ya, es que me he dejado arrastrar por una amiga que sí suele asistir y a mala hora. Me he agobiado un poco, la verdad.

—Bueno, encantado y que acabe bien la noche —le sonreí.

—Gracias, igualmente para ti. —Me ofreció la mano y se la cogí divertido porque no solía darse, más bien, no se perdían la oportunidad de lanzarse a los besos.

Seguí mi camino directo hacia el ascensor, pero cambié de dirección al sentir miradas a mi espalda, queriendo llegar lo antes posible a la habitación y no encontrarme con nadie más.

Antes de meterme en la cama volví a darme una ducha rápida con la intención de quitarme un poco el agobio que tenía. Tumbado, con los ojos abiertos en la oscuridad la letra de una nueva canción llegó a mí, dejándome pensativo mientras me incorporaba cogiendo el móvil para anotarla, levantándome para coger la guitarra. Acariciando las cuerdas saqué y marqué los primeros acordes casi sin darme cuenta, tarareando la letra hasta que empecé a cantarla en voz baja.

*«Te cruzaste en mi camino,
de la manera más inesperada,
un rayo de luz al salir de la oscuridad,
eso fuiste tú, cuando fui consciente de la realidad...
todo de ti llamó mi atención
y me siento perdido,
sin saber qué pasos dar,
porque no sé dónde estás ni si te puedo alcanzar...
necesito llegar hasta ti*

porque todo de mí tira hacia ti... »

porque todo de mí tira hacia ti... »

Capítulo 13



Ebba

—¿Qué haces aquí tan tarde? —Me sorprendí al ver a Maira sentada en los últimos escalones cerca de mi puerta.

—Te dije que te enterarías si llegabas más tarde de cuarenta y cinco minutos.

—Ya, pero te he avisado de que todo estaba bien. —Puse los ojos en blanco—. Me hubiera enterado de la misma manera si me hubieras llamado.

—Gracias por querer verme —soltó con guasa—. ¿Qué coño llevas ahí? —Se levantó extrañada al fijarse en mis manos.

—Esto... es parte de la transmisión de una moto —susurré pasando por su lado, abriendo la puerta.

—Mi pregunta sigue siendo la misma —insistió cerrando.

—¿Un perrito caliente? —dije retrasando mi explicación.

—Me apunto y después me voy que hay quienes tenemos que madrugar mañana. —Siguió con la mirada cómo dejaba el bolso colgado en una silla y la pieza en el suelo del salón, apartada.

—Dame cinco minutos, me pongo cómoda y me preparo para empezar a hacerlos —dije caminando hacia el pasillo.

—No te vas a escapar, que lo sepas. Voy empezando yo —gritó desde el salón y reí desde la habitación.

No tardé en llegar a su lado, ayudándola a preparar la cena mientras no apartaba la mirada de mí esperando a que empezara a hablar.

—A ver... —Solté un suspiro cuando nos sentamos a la mesa.

—Sí, eso, a ver... estás rara otra vez y ya estoy temiendo lo que salga por esa boquita. —Apoyó los codos en la mesa.

—A mí no me ha pasado nada. —La miré sonriendo.

—Menos mal, joder. Por tu cara pensaba que tu mensaje había sido medio mentira para no ponerme nerviosa. —Soltó un suspiro grande echándose hacia atrás en la silla—. ¿Y entonces qué te preocupa? —Levantó una ceja.

—No quiero oírte hasta que acabe ¿vale? —La señalé con el perrito caliente en alto.

—Mujer, si me amenazas con eso no tengo nada más que decir. —Soltó una carcajada contagiándose.

—Sabes que te he dicho muchas veces que cada vez que paso por la carretera que cojo, he tenido la necesidad de parar —asintió—. No sé el motivo, supongo que algo siempre queda dentro o yo qué sé. —Di un sorbo de agua— Hoy lo he hecho. —Hice una pausa a propósito para ver su expresión, la que no cambió pidiéndome que continuara—. He parado y he comprobado durante bastante tiempo la zona sin saber qué buscaba o con qué intención. Iba a volver agobiada por lo que estaba haciendo, hasta que algo ha llamado mi atención. He encontrado eso que has visto, al brillar por el sol. —Señalé hacia el salón.

—Un momento, has dicho que es algo de una moto y por dónde estabas... ¿es de la moto de Luc? ¿Del día del accidente? —Agrandó los ojos.

—Creo que sí, vamos estoy más que segura que sí porque no he visto nada más y por cómo quedó su moto. —Bajé la mirada hacia el vaso de agua.

—¿Y para qué la has cogido? Así no vas a pasar página de eso, cariño.

—Es que eso no es todo. —Tragué saliva mirándola.

—No es todo —repitió.

Le comenté mi parada en el taller de mi vecino Daniel y toda la información que me dio, ante su cara de asombro. Casi sin pestañear me escuchó hasta el final con la boca formando una o perfecta.

—Joder, ¿sabes lo que estás diciendo? —Se levantó nerviosa.

—Claro que lo sé. —Hice una mueca con los labios.

—Mierda, Ebba. —Empezó a dar vueltas.

—Tranquilízate —le pedí porque me estaba alterando más de lo que ya estaba.

—Vale. —Se sentó de golpe soltando un bufido—. ¿Qué vas a hacer? Porque sé que no vas a dejarlo pasar.

—No, no lo voy a hacer, no puedo —intenté sonreír—. Si lo que Daniel me ha explicado es verdad, que no lo dudo porque él es el entendido, tengo que decírselo a Luc. Si todo lo que significa es así y fue premeditado, quien fuera no consiguió lo que se propuso y puede sucederle otra vez, yo qué sé. Mierda no puedo estar tranquila callándomelo.

—Eh, ya lo sé. —Me agarró una mano por encima de la mesa—. Pero ¿cómo lo vas a hacer? ¿Te harás visible en otro concierto? Porque es complicado llegar hasta él.

—Sabe quién soy y si me ve por cómo fue en el auditorio sé que no dejará pasar la oportunidad si vuelve a dar conmigo. —Tragué saliva.

—A parte del marrón que es lo que me has contado ¿sabes lo que significa? Cariño, que tu culpa por la posibilidad de haberlo echado de la carretera no tiene sentido ya.

—Sí. —Se me nublaron los ojos—. Pero no sé qué es peor. —Me tapé la cara con las manos—: Si que pensara que lo eché de la carretera sin yo ser consciente y sin tener culpa al respetar mi carril en mitad de una mega tormenta que nublaba la visión, o esto que he descubierto... estoy descompuesta.

—No es para menos. Te acompañaré a otro concierto y se acabó. Tú harás tu parte informándolo y te quedarás tranquila, ya no será cosa tuya ¿vale?

—Gracias. —Le apreté la mano, recibiendo el mismo gesto—. Eso si me cree cuando lo haga. —Solté un suspiro.

—¿Por qué no te va a creer?

—¿Por qué parece muy fantasioso? Yo qué sé. Una persona que no conoce se planta delante de él diciéndole que sabotearon su moto para que tuviera el accidente, la misma que se encontró cuando despertó en el hospital haciéndole preguntas, y ¡sorpresa! No era enfermera, aunque llevaba el uniforme y se hizo pasar por una. Y para rematarlo salí corriendo del auditorio después del concierto como si me fuera la vida al encontrarme con sus ojos. Muy convincente tengo que ser cuando me ponga delante de él —reí nerviosa.

—Mirándolo así —dijo pensativa.

—Joder, este era el momento para que me quitaras esos pensamientos de la cabeza y me animaras —negué descomponiéndome más.

—¡Claro que sí! Ha sido un pequeño fallo por la impresión. Vamos a darlo todo y ese tío te va a creer así tengamos que atarlo a dónde sea hasta que lo tenga claro. —Se levantó emocionada haciéndome reír.

—Iré con la pieza esa —aseguré.

—Sí, mejor llevar las pruebas por si acaso.

Acabamos las dos riendo nerviosas, mirando en internet cuándo sería su próximo concierto.

—Joder, hoy tiene el último cerca. El siguiente nos pillará muy lejos y ahora no puedo coger unos días de vacaciones. Voy a tope porque dentro de poco sí que las tendré —se quejó.

—No te preocupes, iré sola —respondí distraída.

^d—Que te lo crees tú, déjame un par de días para que hable con mi jefe ¿vale? Prométeme que no harás nada hasta que volvamos a vernos, que nos conocemos.

—Está bien, te esperaré. —Junté varios dedos y los besé levantando la mano al aire como promesa, haciéndola reír.

En cuanto terminamos de cenar no tardamos en despedirnos, con un abrazo y varios besos. Sin ganas de nada me metí en la cama directamente, poniendo el despertador adelantando la hora que había pensado, para ducharme a la mañana siguiente antes de salir de casa.

Como ya he comentado, solo iría unas horas al trabajo para dejar cerradas un par de cosas que no me había dado tiempo a terminar, poco más estaría allí y Mauro me había remarcado que fuera a la hora que quisiera, sin tener que madrugar, pero, según sus palabras, con el tiempo suficiente para que pudiera llevarme a desayunar.

En cuanto entré al trabajo al día siguiente, lo hice con una sensación totalmente diferente. Qué bien sentaban las inminentes vacaciones, las que pensaba disfrutar y aún tenía que hacer planes para ir algunos días a algún sitio, pero de eso me encargaría esa misma tarde porque tampoco pensaba hacer un gran viaje.

Dos horas y media fueron las que estuve rematando cosas y organizándolo todo desde bien temprano. Al final me había despertado antes de que sonara la alarma porque me acosté pronto y había preferido ir al hotel a primera

hora para acabar cuanto antes y poder decir adiós al trabajo hasta que volviera a incorporarme.

—Te vas el mejor día, para uno que pasa algo interesante... —Escuché a mi lado a Mauro mientras recogía.

—¿Interesante? —Lo miré de reojo divertida.

—¿No te has enterado? —Se sorprendió Mauro

—Estoy muy perdida —reí—, Elena ha llegado esta mañana y no me ha contado nada diferente.

—Es que ella no estaba y no lo vio.

—¿El que no vio? —Me giré hacia él colgándome el bolso.

—Ahora te lo cuento todo desayunando. —Me hizo un guiño.

—Hola. —Escuché una voz detrás de mí al estar dando la espalda al mostrador, mientras veía los labios de Mauro curvarse.

^eQueriendo saber el motivo de su expresión me giré para responder al cliente y solté un jadeo quedándome sin aire agrandando los ojos en cuanto tuve frente a mí a Luc, el que mostró la misma sorpresa que yo sin decir nada más, solo mirándome fijamente.

hora para acabar cuanto antes y poder decir adiós al trabajo hasta que volviera a incorporarme.

—Te vas el mejor día, para uno que pasa algo interesante... —Escuché a mi lado a Mauro mientras recogía.

—¿Interesante? —Lo miré de reojo divertida.

—¿No te has enterado? —Se sorprendió Mauro

—Estoy muy perdida —reí—, Elena ha llegado esta mañana y no me ha contado nada diferente.

—Es que ella no estaba y no lo vio.

—¿El que no vio? —Me giré hacia él colgándome el bolso.

—Ahora te lo cuento todo desayunando. —Me hizo un guiño.

—Hola. —Escuché una voz detrás de mí al estar dando la espalda al mostrador, mientras veía los labios de Mauro curvarse.

Queriendo saber el motivo de su expresión me giré para responder al cliente y solté un jadeo quedándome sin aire, agrandando los ojos en cuanto tuve frente a mí a Luc, el que mostró la misma sorpresa que yo sin decir nada más, solo mirándome fijamente.

Capítulo 14



Luc

—Buenos días. —Escuché el saludo del dueño y gerente del hotel, el que se presentó a nuestra llegada la noche anterior.

Sin responderle no pude apartar la mirada de la chica que tenía enfrente, sin poder reaccionar y pareciéndome imposible el tenerla delante. Su expresión era como la mía o peor, sí, no había duda de que era mucho peor. Ladeé la cabeza, al menos reaccionando con el cuerpo porque la voz estaba intentando encontrarla, vete a saber dónde se me había atascado.

Lo que menos me esperaba al salir de la habitación y bajar las escaleras, es que esa mañana al pasar por la recepción se me diera lo que había estado buscando sin resultado.

Asentí ante las palabras del gerente que había cambiado la expresión, primero mirándome a mí sin entender mi comportamiento, segundo centrándose en la chica que tenía al lado que no sabía qué papel ocupaba en su vida y tercero y último, pasando de uno a otro descolocado al vernos sin hacer ni decir nada.

—Ebba ¿no lo conoces? —preguntó al final Mauro, si no recordaba mal porque yo y los nombres no íbamos muy de la mano.

—¿Eh? —Consiguió reaccionar ella, girándose hacia él—. Sí, claro Mauro, lo siento me he quedado...

—En *shock*. —Salí de ese estado terminando por ella la frase, pronunciando la primera palabra de muchas de las que tenía pendiente por decirle.

—¿Ha tenido buena estancia? —Se interesó Mauro.

—Perfecta, aún me queda para irme —respondí con toda la intención, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón tejano.

—Me alegro —asintió conforme Mauro—. Sé que tienen reservado hasta mañana, pero se marchan esta tarde a última hora.

—Ese es el plan, sí, a no ser que lo cambie por los últimos acontecimientos —dijo sin dejar de mirar a Ebba.

Ebba, repetí su nombre en mi mente y por la manera en la que el gerente lo había pronunciado me había sonado diferente al habitual.

—Bueno, es un placer, pero tengo que irme. —Tragó saliva ella.

—Espérame diez minutos y vamos a desayunar —se dirigió a Ebba el gerente.

Al escuchar la intención que tenían fijé la mirada en él, preguntándome qué relación tendrían y ante mi sorpresa mi cuerpo reaccionó ante la posibilidad de que...

—Lo siento —dijo cortando mis pensamientos Ebba, visiblemente nerviosa—. Mauro no me acordaba de que tengo que hacer algo importante, ¿podemos quedar esta tarde para tomar algo? —Me dio la espalda.

—Vaya, no te preocupes. ¿Quieres que te recoja en tu casa? No vas a hacer tantos kilómetros para volver aquí.

—Luego te envío un mensaje, lo mismo estaré por aquí cerca.

—Está bien —sonrió él—. Ahora sí, que tengas un buen inicio de vacaciones y no te olvides de los que no tenemos ni un día libre. —Le hizo un guiño.

Y en ese instante fue cuando supe qué hacía esa chica detrás del mostrador de la recepción, porque no llevaba uniforme, lo que no quitaba que el pensamiento que yo había tenido fuera verdad o no, eso estaba por ver. Y lo sabría, y tanto, porque no tenía intención de dejar pasar la oportunidad y hacerle todas las preguntas que necesitaba saber.

—No lo tienes porque no quieres —le sonrió ella, pero su tensión era evidente—. Quedamos así ¿vale?

Después de que el gerente asintiera sonriendo, se dieron dos besos y Ebba se alejó de nosotros saliendo de la recepción. Pasó por mi lado rápido al girarme para verla avanzar y ya no atendí a las palabras del tal Mauro hacia mí, dejándolo con la palabra en la boca al empezar a caminar hacia la salida, siguiéndola.

Ya me disculparía cuando volviera, pero por el momento tenía cosas más importantes que hacer, como no perder de vista a esa chica ahora que había conseguido dar con ella de la manera más inesperada. Me puse la gorra y las

gafas de sol para no llamar mucho la atención viendo que tenía libre el camino hacia la calle.

—¿Qué haces? —Se giró hacia mí al pararse en un paso de cebra.

Levanté una ceja como respuesta, curvando los labios al verla cada vez más nerviosa.

—Caminar.

—Pues hazlo por otro lado. —Soltó un bufido girándose, dándome la espalda mirando hacia el semáforo.

—No tengo intención de hacer eso hasta que no consiga lo que quiero —aseguré decidido.

Sin responderme empezó a andar ligera en cuanto el semáforo nos dio paso. No pude evitar hacerle un repaso conforme avanzaba delante de mí. Con una coleta alta que se movía de un lado al otro, con una camiseta de tirantes ajustada a su figura y unos tejanos cortos, terminando por unas cuñas con las que aceleró más el paso, lo mismo que hice yo.

—Pero vamos a ver. —Se giró de golpe y tuve que frenar de la misma manera para no llevármela por delante—. ¿Qué quieres? No lo entiendo. —Tragó saliva y sus gestos me indicaron que sabía perfectamente que lo entendía de sobra.

—¿En serio me lo preguntas? ¿A mí? —Me señalé—. Que me desperté de estar inconsciente en una cama de hospital y lo primero que vi fue a ti. —Di un paso hacia ella, recortando más la distancia que ya era mínima—. Te hiciste pasar por enfermera para llegar a mi lado y todas las palabras que dijiste, las que no he olvidado y tengo muy presentes, destaparon tu mentira, lo que no sé es ¿por qué? ¿Por qué narices lo hiciste y por qué dijiste lo que dijiste?

—Yo... —Tragó saliva y tan cerca estaba de ella que aspiré su olor, el que se metió por mis fosas nasales haciéndome apretar la mandíbula.

—¿Por qué te disculpaste cuando pensabas que no te oía? —Busqué sus ojos.

—Podemos hablar en otro sitio —pidió nerviosa—. Por favor —añadió al no recibir respuesta por mi parte—. Tengo varias cosas que contarte, una responderá a todas tus preguntas, la otra... necesito sentarme me tiemblan las piernas. —Soltó un bufido bajando la mirada hacia el suelo.

—Te sigo a dónde quieras ir —dije bajando el tono de voz, dando un paso hacia atrás.

El motivo por el que reulé fue por lo que vi en sus ojos cuando levantó la cabeza. Arrugué el gesto por eso

mismo, preguntándome qué cojones tendría que contarme que provocara las reacciones que había tenido y mostraba ante mí.

—Es que... —Desvió la mirada.

—¿Qué?

—Pensaba que cuando hablara contigo podría enseñarte algo.

—¿Cuándo hablaras conmigo? ¿Tenías intención de hacerlo? —Levanté una ceja.

—Pues sí. —Levantó la barbilla lo que provocó que mis labios se curvaran.

—¿Qué se supone que tienes que enseñarme? —Me crucé de brazos.

—No puedo decírtelo, así sin más no —negó varias veces intrigándome cada vez más.

—¿Y dónde se supone que está ese algo?

—En mi casa. —Soltó un suspiro—. No pensaba, vamos que no podía imaginar que te encontraría y mucho meno en mi puesto de trabajo.

—No quiero pasar una línea que te moleste, pero si quieres puedo seguirte hasta tu casa para que cojas lo que necesitas si es tan importante para ti como me estás dando a entender. No tengo ni puñetera idea de qué puede ser, pero por tus nervios... eso o puedo esperarte aquí, pero ¿quién me dice que no vas a huir y no volverás?

—No lo haré. —Soltó otro suspiro—. Sé que no me conoces y las veces que hemos coincidido no hablan muy bien de mí, pero...

—Yo no he dado a entender nada —la corté—. Solo necesito saber respuestas porque opinarás igual que yo que nuestros encuentros han sido un poco raros. —Levanté las dos cejas.

—Ya —rio nerviosa y sonreí ante esa reacción.

—Como dices no te conozco, pero no me digas por qué, te creo —aseguré convencido, porque así me lo transmitía ante mi asombro, y estaba impaciente por saber lo que quería decirme y enseñarme.

—Vale, solo por eso voy a dejar que me sigas a mi casa. No creo que siendo tan famoso me hagas algo, sería el final de tu carrera —dijo pensativa.

Solté una carcajada por sus desvaríos, captando su atención riendo nerviosa mientras el color subía a su cara y se sonrojaba.

—No voy a hacerte nada, para que te quedes tranquila —le confirmé cuando me calmé—. A no ser qué...

—¿Qué? —Agrandó los ojos.

—Nada, vamos a dónde necesitas y ya se verá. —Curvé los labios—. Espero que no sea mentira y una estrategia para perderme de vista, que no se te olvide que ahora te tengo localizada.

—No lo es y no me amenaces. —Me señaló haciendo una mueca.

Reí interiormente mientrasladeaba la cabeza mirándome durante un rato después de nuestras últimas palabras, analizando las mías, hasta que soltó otro suspiro y me pidió que la siguiera al coche empezando a caminar. Volvimos a entrar en el hotel y antes de despedirnos, me dijo que me esperaba en la salida del aparcamiento.

Subí las escaleras rápido directo a la habitación de Zac, ya que yo no tenía ningún medio de transporte al viajar esa misma tarde-noche en avión y él sí que había llevado hasta allí el suyo para movernos, con la intención de dejarlo estacionado en el aeropuerto. Llamé varias veces a la puerta, moviéndome nervioso fuera.

—¿Qué pasa? —me preguntó nada más abrir.

—Déjame la llave del coche. —Extendí la mano.

Me miró extrañado, pero no dijo nada girando y entrando en la habitación a por ellas.

—Ya te lo explicaré más tarde con calma —le aseguré cuando me la dio.

—Tranquilo. —Negó con la cabeza—. Ten cuidado.

Asentí y me despedí de él yendo directo hacia el ascensor, pulsando el botón del aparcamiento. No tardé en estar montado en el coche, saliendo por la barrera y encontrándome con Ebba sentada al volante, aparcada en un lateral

Había llegado el momento que había esperado durante tanto tiempo, por fin iba a aclarar las ideas.

Capítulo 15



Ebba

—Ya está, tampoco ha ido tan mal después de todo —dije en alto apagando el motor del coche bastante tiempo después de haber emprendido la marcha.

Aún no había conseguido recomponerme de la impresión que me había llevado, poco faltó para que las piernas se me doblaran al encontrarme de frente con Luc. Mandaba narices que mis planes de querer dar con él se habían dado solos en mi puesto de trabajo.

No había podido pensar en esa posibilidad a pesar de que el concierto que dieron el día anterior fuera cerca de mi hotel, porque para todo el mundo era una incógnita dónde se hospedada el grupo, algo lógico y normal queriendo pasar desapercibidos e imaginaba que para estar tranquilos y en intimidad.

¡En mi hotel! Aún no había disminuido el asombro por la coincidencia. Solté otro suspiro, ya había perdido la cuenta de cuanto me había deshinchado dándolos. Bajé del coche nerviosa a esperar a Luc, al que vi estacionando a unos metros de distancia.

—Ya verás cuando se lo cuente a Maira —dije en alto pensando en ese momento, intentando no reír al saber cuál sería su reacción.

Solo a mí se me ocurría llevar a un desconocido por muy famoso que fuera a mi casa, pero ya estaba hecho y como él me había dado a entender, yo también creía en sus palabras, sabiendo que no sucedería nada. Además, lo que tenía que contarle no era para hacerlo en según qué lugares.

Me sentía inquieta, pero por otro lado necesitaba hablar claro con él de una vez por todas. Me agobiaba que pensara cosas raras de mí y necesitaba justificarme. A ver por dónde saldría todo.

—Mierda. —Me descompose en cuanto empezó a caminar hacia mí. Me parecía mentira todavía.

Cuando llegó a mi lado empecé a caminar hacia la entrada y fui directa hacia las escaleras no queriendo permanecer mucho tiempo encerrada en una caja pequeña con él. Quien dice mucho tiempo, dice menos de cinco minutos porque vivía en el tercero, pero vamos, eso ya suponía mucho por el temblor de piernas que sentía al no poder controlar los nervios por la situación.

Y más mierda, sí, porque tenía al mismísimo Luc detrás de mí subiendo las escaleras para meterse en mi casa. Alucinada estaba y me costaba centrarme, por eso mismo las subí sin perder de vista los escalones, marcando el paso en mi mente para no tropezar y caer de boca delante de él.

En cuanto llegué a mi puerta abrí y la dejé abierta para que entrara, lo que no tardó en hacer cerrando tras de sí.

Parado en medio del salón, su cabeza giró hacia cada rincón que quedaba a su vista, hasta que se encontró conmigo.

—¿Quieres algo de beber? —pregunté sin saber qué más decir por el momento, vamos que no pudiera decir que una no mostraba cortesía, que de eso iba sobrada.

—¿Algo fresco? —Caminó hacia mí.

—Sí, claro. —Tragué saliva cuando se paró frente a mí—. ¿Agua? ¿Algún refresco? ¿Cerveza?

—Son las once y media de la mañana, con agua o un refresco me vale —respondió divertido.

—Está bien. —Me giré y entré en la cocina, con él detrás de mí—. No me voy a escapar, estás en mi casa —negué con la cabeza abriendo la nevera pensando que se quedaría en el salón.

—Por si acaso —respondió y me giré con la botella de agua en una mano y un refresco en la otra para que eligiera, viéndolo sonreír.

Puse en la barra de la cocina el refresco que señaló y guardé el agua, cerrando la nevera mientras me quedaba unos segundos mirándola, encontrado las fuerzas que necesitaba para empezar a hablar.

—Tengo un buen motivo por el que me colé en el hospital —aseguré poniéndome otra vez frente a él, caminando hacia la mesa, sentándome.

—Tú dirás —me animó a que siguiera, sentándose frente a mí.

—Verás es que... no es fácil o sí que lo es, yo qué sé. Es que estoy muy nerviosa y la situación desde el principio ha sido un poco... —Solté un bufido.

—Te voy a escuchar tranquilo, no voy a juzgarte ni a interpretar nada hasta que acabes, por si te sirve para tranquilizarte. Si te soy sincero necesito respuestas, pero no creo que tus intenciones fueran malas ni con algún interés, por cómo te estoy conociendo a corta distancia.

—No lo son, yo...

—Tampoco creo que es que fueras tan fan mía como para colarte de esa manera en el hospital. —Levantó una ceja.

—Me gustas, quiero decir... —Reaccioné poniéndome rígida y colorada, levantando las manos—. Que me gusta tu música y tu grupo, eso, eso quería decir.

Soltó una carcajada, no lo pudo evitar y no me extrañaba. La vergüenza pudo conmigo y en ese instante no supe dónde meterme, hasta que se calmó y esperó a que continuara sin hacer ningún comentario al respecto, viendo lo que me estaba costando.

—Me colé en el hospital, sí. No pienses que suelo hacer esas cosas, ha sido la primera vez y ya te digo que la última, casi me da algo. —Puse los ojos en blanco—. Es que desde el primer momento en el que supe de tu accidente...

—¿Tanto te impactó? ¿Te importó? ¿Por qué? —Apoyó los brazos en la mesa.

—¿Porque pensaba que lo había provocado yo. —Tragué saliva.

Entrecerró los ojos ante mis palabras.

—¿Qué quieres decir? —dijo serio.

—La noche del jueves que tuviste el accidente llovía a mares como ya sabes, apenas se veía a un palmo de distancia —asintió—. Yo siempre paso por esa carretera, como lo he hecho ahora para venir hasta aquí.

—Sí, no había vuelto a pasar por ella desde que...

—Ya, me lo imagino. —Solté un suspiro—. No lo he pensado, tendría que haber cogido por el camino más largo. —Me tapé la cara.

—No pasa nada. —Me apartó las manos.

Mis ojos bajaron a nuestras manos juntas, como hicieron los de él. Levanté la mirada al encuentro de la suya que seguía mirando hacia abajo y le di un pequeño apretón sin saber qué hacía, provocando que buscara mis ojos. Si tengo que deciros la verdad, en ese momento no quería que se apartara. No sabía qué me pasaba, pero conforme iba descubriendo tiraba cada vez más de mí sin reconocirme, y ya era decir porque no había podido borrarlo de mis pensamientos desde lo sucedido.

—Como decía... —Tragué saliva—. Llovía mucho. Ese mismo jueves salí de trabajar y fui con mis amigos a tomar algo.

—¿Bebiste alcohol? —Entrecerró los ojos.

—Eh, no, no... refrescos —aseguré—. Te lo explico para que entiendas todo, porque me despedí de mis amigos cuando ya era de noche, cogiendo la misma carretera que tú.

—¿Por eso dices que crees que provocaste mi accidente? —Se recostó hacia atrás perdiendo el contacto.

—Sí es que... en un punto, en el mismo en el que perdiste el control de la moto, yo iba circulando y sentí algo raro en el coche que me hizo perder el control de él, hasta que me salí de la carretera y conseguí frenar en la gravilla.

—Tengo varias lagunas de esos momentos. —Me miró con atención.

—No supe qué había pasado en ese instante, entre los nervios y el susto que me llevé no conseguí centrarme mucho. Bueno ni ahora tampoco, pero lo que sí sé es que me bajé del coche en mitad de la lluvia para comprobar qué me había sacado de la carretera.

»El parachoques estaba intacto, no vi nada raro ni que llamara mi atención en el coche y me acerqué bajo la lluvia a dónde pensaba que había perdido el control. Estaba intranquila porque había sentido algo, como una sacudida, pero no conseguí ver nada raro después de mirar durante un rato la zona sin moverme.

»Estaba demasiado oscuro y no sé... —Bajé la mirada—. No vi ninguna luz cuando sucedió, pero si tu moto falló puede que dejaras de ser visible, no lo sé. Como tampoco sé si en ese momento tu cuerpo malherido estaba cerca de mí y hubiera podido atenderte.

—¿Qué quieres decir con lo de que mi moto falló? —Entrecerró los ojos—. ¿En serio me estás dando a entender otra vez que fuiste la responsable de mi accidente? —preguntó serio.

—No —respondí rápido—. Ahora lo sé.

—¿Explicámelos porque no entiendo lo último que estás diciendo? —Se inclino hacia delante.

—Espera, ahora te digo esa parte. Por eso fui al hospital y te dije que lo sentía sin saber que me estabas escuchando al principio. Cuando vi en las noticias lo que te había pasado, el lugar y el momento aproximado en el que sucedió, me temí que hubiera tenido algo que ver yo.

»Estaba descompuesta y muy preocupada, quería dar la cara, pero mi amiga me convenció de que tenía que asegurarme antes. Por eso me colé en el hospital. —Me tapé la cara con una mano—. Pero cuando llegué hasta ti seguías inconsciente y no pude saber nada, y cuando te vi con los ojos abiertos casi me da algo y no supe o pude reaccionar de otra manera.

»No me respondiste a todas las preguntas que te hice y decidí salir de allí rápido porque para ti sería demasiado en ese momento y no tardarían en descubrirme. Me fui dando gracias porque habías abierto los ojos.

—Después fuiste al concierto...

—Sí, pero porque me dejé arrastrar por los planes de mis amigas que no lo hicieron con ninguna intención, solo la de verte subido al escenario otra vez. Éramos las de la pancarta. —Levanté una mano intentando sonreír.

—¿En serio? —Cambió la expresión por unos segundos.

—Sí —negué con la cabeza—. Yo queriendo pasar desapercibida porque me daba algo si me reconocías y zasca, pancarta abierta, aunque lo que provocó que me reconocieras fue por mi culpa en el último momento.

Me quedé mirándolo para interpretar cómo se estaba tomando todo lo que le estaba diciendo, pero en ese instante respiré hondo al verlo con los labios curvados.

—Menuda puesta en escena con todo. —Le dio un sorbo al refresco.

—Ya ves, así somos —reí con la calma de estar hablándolo con él.

—Vale, entiendo lo del hospital, eso me aclara cómo te comportaste y el motivo. Lo que no me queda claro es porque has dicho que ahora sabes que no fuiste tú la que provocaste mi accidente y porque has mencionado que mi moto pudo fallar.

—Sí, claro, eso. —Me salió una sonrisa tirante—. Me ha costado mucho desde que pasó apartar mis pensamientos de la cabeza, en la que siempre te tenía presente, yo... fueron muchas las veces que tuve el impulso de pararme en esa carretera con la luz del día, no sé explicarlo, era como si algo me llamara a que lo hiciera. Me resistí a ello, hasta que ayer me dejé llevar y lo hice, y creo que he descubierto algo que...

—¿A qué te refieres? —Frunció el gesto.

—Ayer salí del trabajo y sobre las siete paré en la misma zona, me sé el sitio de memoria. —Solté un suspiro—.

No sabía lo que hacía ni con qué sentido, pero dejé de pensar y de analizarlo todo, necesitando hacerlo. Recorrí la bastante zona, mirando todo lo que tenía alrededor. Desconcertada al final opté por irme, pero justo en ese momento algo captó mi atención...

—¿El qué?

Me levanté y seguí mis movimientos. Fui hacia el salón y saqué de debajo de la mesa la pieza que encontré, volviendo junto a él con ella entre las manos.

—Esto. —La puse encima de la mesa de la cocina, sentándome otra vez.

—Es... —Levantó la cabeza de golpe.

—La transmisión de una moto, sí, de tu moto —aseguré.

Lo observé mientras giraba la pieza con la goma colgando, tomándose su tiempo, hasta que me decidí a hablar otra vez para contarle lo último que tenía que decirle para quedarme tranquila y en paz.

—No sabía lo que era, no estoy puesta en mecánica y menos a lo que se refiere a motos —empecé a decir captando otra vez su atención—. Como puedes deducir todo lo que he hecho ha sido seguir mis impulsos y ayer por la tarde, con la pieza en el coche, porque la cogí necesitando aclararme, paré en el taller de un vecino y amigo

—¿Qué te dijo? —Apretó la mandíbula.

—Entré diciéndole que no sabía lo que era, y era verdad, que lo había encontrado en medio de una carretera sin darle muchas explicaciones... me respondió que era la transmisión de una moto y que había sido manipulada. —Tragué saliva y continué al verlo contenerse—. Me dijo que los tornillos estaban aflojados a conciencia y que la correa tenía un corte limpio, hecho por alguien porque era imposible que se rompiera de esa manera por muy deteriorada que estuviera, nunca quedaría como está... me remarcó que el fallo para la moto, dado el estado de estas piezas, sería fatal cuando la correa se desgarrara del todo por las consecuencias que tendría, produciendo más daños en cadena, los que desestabilizarían la moto y harían que el conductor perdiese el control.

s

i —No puede ser... —dijo cuando pudo reaccionar.

—Por eso tenía que hablar contigo, no podía quedarme sin hacer nada, tenías que saberlo. Pensaba ir al próximo concierto que ibas a dar, pero tú te has adelantado esta mañana encontrándome a mí. —Me encogí de hombros.

—¿Sabes lo que estás diciéndome?

—Sí —le respondí triste—, pero por tu primera reacción al ver la pieza creo que algo has pensado.

—Conozco bien la mecánica, sí. —Se levantó de golpe.

—¿Tienes alguna idea de...?

—No —respondió tajante y enfadado, cortándome.

—Lo siento.

—Perdona, no he respondido así por ti. No tienes nada que sentir, lo nuestro fue un cúmulo de coincidencias y gracias a ellas estamos aquí y yo puedo saber qué sucedió y a qué tengo que atenerme —dijo mirándome diferente, transmitiéndome una calma que él no sentía—. Y estoy seguro de que tu coche sí que impactó con algo, aunque no lo vieras.

—¿Qué quieres decir? —Me levante nerviosa.

—No te preocupes, te lo digo para que te quedes tranquila y pases página de una vez. Alguna de las piezas que se desprendieron de mi moto que quedó destrozada iría a parar a tu coche, haciéndote perder el control y asustándote

· —Pero mi coche no tenía ningún daño —negué pensando en esa posibilidad.

—¿Has mirado debajo? Seguro que pasó a ras de suelo. Me apuesto lo que sea a que si miramos en los bajos del coche encontramos arañazos y dónde impactó. No podías saberlo como tampoco viste nada. No tengo acceso a muchos recuerdos porque como ya te he dicho tengo lagunas y una de ellas es cuando supuestamente perdí el control —señaló hacia la pieza—. Si todo se partió en medio de una curva, como fue el caso, la moto fallaría e incluso los faros dejarían de funcionar, por eso no me viste.

—Oh. —Me apoyé en la mesa sintiendo cómo me temblaban las piernas.

—Ebba. —Se acercó a mí y tragué saliva al pararse muy cerca, mientras me agarraba de una mano—. No sabes cómo te agradezco todo, de verdad.

—Lo que te he dicho no es muy bueno —sonreí triste.

—Pero muy necesario de saber —asentí ante su seriedad—. Gracias otra vez y quédate tranquila.

Me quedé desconcertada cuando levantó la otra mano apartándome un mechón de pelo que se me había escapado de la coleta, sin poder apartar los ojos de los suyos que seguían su movimiento, hasta que los unió a los míos.

—¿Puedo darte un beso? —susurró y más desconcertada me quedé en ese momento, pestañeando varias veces.

Después de unos segundos, giré un poquito la cabeza pensando a que se refería a un beso de agradecimiento y de cortesía, ¡qué iba a pensar yo! Pero nada que ver con su reacción que me agarró de la barbilla mirándome de frente, con una sonrisa en los labios conforme acortaba la distancia entre los dos.

Tragué saliva por el significado de sus palabras y su gesto, al verlo a pocos milímetros de mis labios, mirándome y esperando a ver si estaba conforme.

¿Quién en su sano juicio no lo estaría? Leches que si había apartado la cara había sido por respeto, nada más. Eso mismo le hice saber al dar yo el siguiente paso, rozando y uniendo nuestros labios en un beso que fue como una caricia, caricia que se intensificó cuando se pegó más a mí y se hizo dueño de mi boca todo el tiempo que duró el beso, el que cobró intensidad y por el que nos dejamos llevar.

—Gracias. —Apoyó su frente sobre la mía—. No sé si me creerás, pero lo he querido hacer desde que te vi al despertar en el hospital —susurró volviendo al encuentro de mis labios, los que lo acogieron con las mismas gana y sin creermelo que estuviera pasando, mientras me levantaba a peso y me sentaba en la mesa de la cocina, poniéndose entre mis piernas.

Ese mueble pasaría a ser mi preferido, no cabía duda ¿verdad?

—Tienes que averiguar quién... —dije en un susurró cuando nos separamos.

—Lo haré o al menos lo intentaré —asintió serio.

—Ten cuidado... —Tragué saliva mientras mis ojos se humedecían.

—Eres especial, Ebba. Ahora sé lo que tiraba de mí para no cesar en tu búsqueda —susurró igual que yo, acariciándome los labios.

—¿Me has buscado? —Trague saliva al verlo asentir—. Soy de lo más normal que te puedes encontrar —reí nerviosa al transmitirme tanta intensidad.

—No para mí. —Me hizo un guiño separándose—. Me voy, tengo mucho que pensar y que hacer. Esta noche salimos de viaje y...

—Lo sé —asentí—, si puedo ayudarte en algo.

—No, no quiero que te veas envuelta en nada de esto —respondió serio—, pero, ten por seguro de que cuando vuelva de los dos conciertos vendré a buscarte. —Curvó los labios—. Ahora sé dónde vives.

—Demasiadas cosas sabes —negué divertida.

—No todas las que necesito que me muestres.

Y con esas palabras se despidió de mí sentada todavía en la mesa de la cocina, dándome un último beso que me supo a poco antes de que se girara cogiendo la pieza y saliera de mi piso con ella, pidiéndome que no hacía falta que lo acompañara.

Ni cuenta me di por lo atontada que me había quedado de que la puerta no sonó cerrándose, sobresaltándome cuando volvió a entrar acercándose otra vez a mí.

—Se me olvidaba, necesito tu número de teléfono. —Me hizo un guiño.

^S —Oh, claro —asentí y se lo di cuando sacó el móvil, haciéndome una llamada perdida.

—Ahora sí. —Me agarró del cuello juntando otra vez nuestros labios en un beso que alargamos con necesidad, sin querer separarnos.

Allí me quedé, sentada sin poder moverme cuando volvió a desaparecer, esa vez sí escuchando la puerta cerrarse.

Solté un gran suspiro incrédula por cómo se había dado todo entre nosotros, sin creermelo que hubiera tenido ese acercamiento con Luc. Joder, que era famoso, muy famoso.

Bajé los ojos hacia mis manos temblorosas, frotándomelas y siendo más consciente que nunca que estaba sola en casa. El silencio me supo amargo porque me hubiera gustado alargar el momento, pero con todas las responsabilidades que tenía él y después de la bomba que le había soltado...

Con la tranquilidad de haber aclarado todo y a la vez con la intranquilidad de la realidad que tenía encima él, así me quedé pensativa durante un tiempo en la cocina sin poder moverme, rozándome los labios con los dedos rememorando todas las veces que nuestros labios se habían juntado.

—No, no quiero que te veas envuelta en nada de esto —respondió serio—, pero, ten por seguro de que cuando vuelva de los dos conciertos vendré a buscarte. —Curvó los labios—. Ahora sé dónde vives.

—Demasiadas cosas sabes —negué divertida.

—No todas las que necesito que me muestres.

Y con esas palabras se despidió de mí sentada todavía en la mesa de la cocina, dándome un último beso que me supo a poco antes de que se girara cogiendo la pieza y saliera de mi piso con ella, pidiéndome que no hacía falta que lo acompañara.

Ni cuenta me di por lo atontada que me había quedado de que la puerta no sonó cerrándose, sobresaltándome cuando volvió a entrar acercándose otra vez a mí.

—Se me olvidaba, necesito tu número de teléfono. —Me hizo un guiño.

—Oh, claro —asentí y se lo di cuando sacó el móvil, haciéndome una llamada perdida.

—Ahora sí. —Me agarró del cuello juntando otra vez nuestros labios en un beso que alargamos con necesidad, sin querer separarnos.

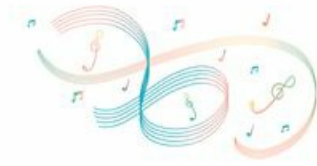
Allí me quedé, sentada sin poder moverme cuando volvió a desaparecer, esa vez sí escuchando la puerta cerrarse.

Solté un gran suspiro incrédula por cómo se había dado todo entre nosotros, sin creermelo que hubiera tenido ese acercamiento con Luc. Joder, que era famoso, muy famoso.

Bajé los ojos hacia mis manos temblorosas, frotándomelas y siendo más consciente que nunca que estaba sola en casa. El silencio me supo amargo porque me hubiera gustado alargar el momento, pero con todas las responsabilidades que tenía él y después de la bomba que le había soltado...

Con la tranquilidad de haber aclarado todo y a la vez con la intranquilidad de la realidad que tenía encima él, así me quedé pensativa durante un tiempo en la cocina sin poder moverme, rozándome los labios con los dedos rememorando todas las veces que nuestros labios se habían juntado.

Capítulo 16



Luc

Salí del piso de Ebba cabreado al máximo, dándole vueltas a la cabeza interiorizando todo lo que me había contado, sobre la última parte por la que todavía no daba crédito al parecerme imposible.

Con la pieza en la mano caminé hasta el coche y la solté de mala leche dentro, cerrando la puerta y acercándome al coche de Ebba. Di gracias a que tenía la suspensión alta y me tumbé en el suelo, metiendo como pude medio cuerpo.

«Lo que había pensado» me dije mientras llevaba los dedos a unas muescas que se repetían en varias zonas, al menos las que pude ver desde esa posición.

Cuando me subí al coche para irme de allí mi nivel de cabreo ya estaba al máximo, pero antes de arrancar cogí el móvil memorizando el número de Ebba, enviándole un mensaje.

***Yo:** Hola preciosa, soy Luc por si no te has grabado el número todavía. Acabo de mirar debajo de tu coche, es ta y como te he dicho. El bajo está arañado y con algún bollo, así que ya puedes estar tranquila. Ya sabes lo qué te pasó y te asustó. En cuanto pueda hablamos, tengo mucho que hacer ahora. Me ha encantado dar contigo y conocerte, esto solo es el principio...*

Arranqué sin esperar a que me contestara e hice el camino de vuelta al hotel descompuesto por lo que suponía todo. ¿Quién cojones había querido atentar contra mí? ¿Con qué sentido? ¿Con qué motivo? No me cabía en la cabeza.

En cuanto entré al hotel saludé a la chica que había en la recepción, pasando de largo. En mi camino me encontré con el gerente y me disculpé por cómo me había ido por la mañana. En ese instante caí en que ni siquiera lo había mencionado durante el tiempo que había estado con Ebba, pero por cómo se había dado nuestro acercamiento ni falta que había hecho, sabiendo que no tenía nada con él.

Subí decidido hacia las habitaciones y en ninguna encontré a mis amigos. Me metí en la mía dejando la pieza a un lado y escribí un mensaje al grupo que teníamos.

Yo: *¿Dónde estáis?*

Glen: *Pensábamos que no vendrías hasta más tarde, hemos bajado a comer.*

Yo: *Necesito hablar con vosotros en privado, subid cuando acabéis.*

Kevin: *¿Qué ha pasado?*

Zac: *¿Está todo bien? ¿Has comido?*

Yo: *No, comed tranquilos, ya hablamos después.*

Glen: *¿Por qué no bajas? Ya nos contarás luego en privado lo que sea en la habitación.*

Yo: *No, os espero aquí.*

Tiré cabreado el móvil encima de la cama y dejé la pieza apartada, empezando a dar vueltas por la habitación sintiéndome enjaulado sin poder frenar mis pensamientos, intentando encontrar una lógica a todo lo que había confirmado el vecino de Ebba, lo que yo supe en cuanto tuve la jodida pieza entre las manos.

Ni me recriminé no haberme dado cuenta porque cuando cogí la moto era de noche y había tenido un día de mierda, torciéndose a más no poder, ¿cómo iba a pensar que pudiera suceder eso? Imposible, no cabía en mi cabeza.

Varios golpes en la puerta sonaron poco tiempo después y caminé hacia ella. En cuanto la abrí Glen, Kevin y Zac estaban con caras de interrogación al otro lado.

—Tendríais que haber venido más tarde, no era mi intención cortaros el momento de la comida —negué con la cabeza.

—Se nos han quitado las ganas por cómo te hemos notado. —Entró primero Glen, mirándome de reojo, seguido por los demás.

Cerré la puerta recostándome en ella, preparándome para soltar la bomba a mis amigos que fueron directamente hacia un sofá que había en un lateral, observándome y esperando a que hablara mientras se sentaban.

—¿Qué te ha pasado? —Zac fue el primero en preguntar arrugando el gesto al verme en tensión.

Apretando la mandíbula caminé hacia ellos sin decir nada, sentándome en la mesa que quedaba frente al sofá y a ellos.

—No sé cómo decirlo para que no suene como lo que es. —Solté un suspiro apoyando los brazos en las piernas, mirando hacia abajo intentando centrarme y apartar los nervios que había ido acumulando al sentirme un objetivo para alguien.

—Dilo ya, me está entrando de todo —dijo Kevin.

—He dado con la chica del hospital, con la que se hizo pasar por enfermera. Ebba se llama —dije poniendo recta la espalda.

—Joder ¿y eso cómo ha sido? Porque que yo sepa hasta ayer no tenías ni idea de ella. —Se sorprendió Glen y no fue el único por las caras que me devolvieron.

—Resulta que trabaja aquí ¿qué ironía no? —reí un momento porque todo me parecía irreal—. Por poco no me cruzo con ella, hoy era su último día, ha cogido vacaciones.

—Vaya coincidencia. —Silbó Glen.

—Ya te digo —negué con la cabeza.

—¿Y cómo ha ido? ¿Qué ha pasado? —preguntó Zac.

—Voy a contároslo todo ¿vale? Esperad a que acabe, porque hay una parte que me va a costar.

Con expresiones de incertidumbre asintieron y arranqué a explicarles desde que había dado con Ebba, dejándolos cada vez más descolocados, hasta que llegué a la parte final donde solté la bomba del motivo de mi accidente.

Se levantaron del sofá descompuestos y nerviosos por la información que les di y esperé lo más calmado que pude mientras recorrían la habitación de punta a punta, hablando entre ellos, haciéndome preguntas que no sabía responder y muchas cosas más, hasta que se fueron calmando al ver que no decía nada ni me movía.

—Luc...

—Estoy bien, vale —corté a Glen.

—Los cojones estás bien. —Soltó un bufido Kevin—. No lo estamos nosotros, vas a estarlo tú.

—No entiendo nada. —Se pasó las manos por el pelo Glen.

—¿Estás seguro de todo lo que te ha dicho Ebba? ¿Te fías de ella? —Quiso saber serio Zac.

—No tengo ninguna duda de ello, ni motivo para hacer lo contrario. Si hubieras estado allí conmigo, también opinarías como yo. —Me levanté y caminé hacia donde había dejado la pieza nada más entrar en la habitación, la que no habían visto.

La puse en la mesa donde había estado sentado y todos la miraron, acercándose a ella.

—Joder, no hay duda viendo esto. —Levantó la cabeza de golpe Glen porque era un apasionado de las motos y de la mecánica.

Asentí metiéndome las manos en los bolsillos y caminé hacia el pequeño balcón de la habitación, mirando a través de la cristalera.

—¿Qué vas a hacer? —Se puso a mi lado Zac, cabreado y preocupado.

—Intentar averiguar algo y hacer como si nada, por el momento. —Lo miré de reojo.

—Pero ¿por qué? Mierda no tiene nada sentido.

—No, no lo tiene —aseguré dejando la vista vagar hacia afuera, intentando ordenar los pensamientos—. Lo único que tiene sentido es que han intentado matarme. —Me giré hacia todos, que se descompusieron con mi afirmación—. Y creedme que voy a llegar hasta el final de todo esto.

—No hace falta que te digamos que estamos contigo. —Dio un paso hacia mí Zac, con determinación.

La misma determinación que tuvieron mis amigos al acercarse a mí y abrazarme, la misma que tendría yo por ellos si se vieran en una situación parecida.

—Los cojones estás bien. —Soltó un bufido Kevin—. No lo estamos nosotros, vas a estarlo tú.

—No entiendo nada. —Se pasó las manos por el pelo Glen.

—¿Estás seguro de todo lo que te ha dicho Ebba? ¿Te fías de ella? —Quiso saber serio Zac.

—No tengo ninguna duda de ello, ni motivo para hacer lo contrario. Si hubieras estado allí conmigo, también opinarías como yo. —Me levanté y caminé hacia donde había dejado la pieza nada más entrar en la habitación, la que no habían visto.

La puse en la mesa donde había estado sentado y todos la miraron, acercándose a ella.

—Joder, no hay duda viendo esto. —Levantó la cabeza de golpe Glen porque era un apasionado de las motos y de la mecánica.

Asentí metiéndome las manos en los bolsillos y caminé hacia el pequeño balcón de la habitación, mirando a través de la cristalera.

—¿Qué vas a hacer? —Se puso a mi lado Zac, cabreado y preocupado.

—Intentar averiguar algo y hacer como si nada, por el momento. —Lo miré de reojo.

—Pero ¿por qué? Mierda no tiene nada sentido.

—No, no lo tiene —aseguré dejando la vista vagar hacia afuera, intentando ordenar los pensamientos—. Lo único que tiene sentido es que han intentado matarme. —Me giré hacia todos, que se descompusieron con mi afirmación—. Y creedme que voy a llegar hasta el final de todo esto.

—No hace falta que te digamos que estamos contigo. —Dio un paso hacia mí Zac, con determinación.

La misma determinación que tuvieron mis amigos al acercarse a mí y abrazarme, la misma que tendría yo por ellos si se vieran en una situación parecida.

Capítulo 17



Ebba

—No os lo vais a creer —dije nada más abrir la puerta de casa, recibiendo a mis amigas.

—Coño no me asustes más que ya he tenido bastante durante una temporada. —Entró Maira agarrándome de un brazo, haciéndome caminar hacia atrás.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Paula.

—Mejor que os sentéis. —Señalé hacia el sofá.

—Madre mía lo que te gusta mantener la intriga, leches. —Se dejó caer en él Maira, bufando.

—Solo os estoy acomodando para que no os dejéis los dientes en el suelo que me costó un pastón poner el parque —dije intentando no reír.

—Mira qué graciosa la niña, encima con recochineo. —Levantó una ceja Maira, provocándome una carcajada, contagiándolas.

Sin poder esperar más para contarles las últimas novedades, empecé a explicarles todo lo interesante que me había sucedido ese día. Les había enviado un mensaje dejándolas intrigadas, invitándolas a comer ya que a las dos les venía bien por sus trabajos y yo ya no tenía que preocuparme por nada porque estaba de vacaciones.

Paula se enteró en ese momento de la pieza que había encontrado y de mi conversación con Daniel. Sin salir del asombro se quedaron las dos, por cómo se había dado todo desde mi encuentro con Luc en el hotel, hasta el último beso que nos dimos antes de que se fuera de mi casa.

—Joder, madre mía ¡que te has besado con Luc! El cantante famoso del grupo MusicLife. ¡¡Qué fuerte!! ¡¡Queee

fuerteee!! —gritó Paula.

—¿No dices nada? —Miré extrañada a Maira.

—Me he quedado muerta, no sé si estoy respirando ¿lo estoy haciendo? Joder a ver si me va a dar un chungo. —
Se dio aire con una mano.

—No digas tonterías —reí al verlas.

—Qué miedo Ebba, por lo de la moto —dijo preocupada Paula.

—Lo sé —asentí poniéndome seria.

—¿Cómo se lo ha tomado Luc? —Quiso saber Maira.

—Bastante bien, o al menos, delante de mí así ha sido para no preocuparme. No sé, no es plato de buen gusto enterarse de algo tan fuerte que atenta contra uno —negué con la cabeza.

—Joder, pobre. —Soltó un bufido Maira—. Es increíble como habéis coincidido.

—Sí, aún estoy asimilándolo, todo en general —sonreí.

—Bueno, pues ya no hace falta ir en su busca a ningún concierto —suspiró Maira.

—No, aparte tengo su número. —Levanté el móvil.

—¿¡Qué te ha dado su número!?! —gritó Paula.

—Vamos a tranquilizarnos porque me va a estallar la cabeza —rio Maira desconcertada.

1

—Lo ha hecho —confirmé encogiéndome de hombros.

—Eso no es lo importante, lo primordial es que se han besado y no una vez. Qué fuerte, aún estoy procesándolo.

—Agrandó los ojos Maira.

2

—A pesar de todo, me he sentido muy a gusto con él. —Me sonrojé.

—No me extraña, que es Luc —dijo su lógica Paula.

—No me refiero a eso, me hubiera dado igual que fuera una persona anónima —sonreí.

—Parece mentira que digas eso, como si no conocieras a Ebba. —Le dio una pequeña colleja Maira a Paula.

—Pues claro que lo hago. Leches no me des.

—Pues céntrate y deja de decir tonterías. Sabes que Ebba no actúa así, ni le da importancia a esas cosas.

—Jolín, es que estoy nerviosa, como si me hubiera pasado a mí. —Puso morros Paula.

—En tus sueños —rio Maira—. Ya te gustaría a ti que te hubiera besado Luc.

—Ya te digo, está tremendo —soltó un suspiro soñador.

—Menudo comienzo de vacaciones has tenido, cariño —me sonrió cómplice Maira.

Después de que se centraran y se relajaran conversamos sobre todo lo que había sucedido con calma mientras preparábamos la comida. En mitad de ella le envié un mensaje a mi jefe Mauro, quedando para la tarde sobre las seis, mensaje que respondió rápido diciéndome que estaría puntual llamando a mi puerta.

—¿A él también lo vas a invitar a subir? —preguntó con guasa Maira, mientras bebía un sorbo de agua.

—No, vamos a ir a tomar algo a algún lado —reí—. Aunque si lo invitara no pasaría nada, es un amigo. —Me encogí de hombros.

—Un amigo que está loco por ti —continuó Paula.

—No exageréis anda —negué divertida.

—Lo que yo te diga, en los mundos de yupi vive —rio Maira

—Sé muy bien lo que hay, a ver si os pensáis que no me entero. —Les tiré la servilleta—. Como también sé que Mauro sabe a lo que atenerse.

—¿Salimos pasado mañana por la noche? Así celebramos el sábado tus vacaciones —propuso Paula.

—Cualquier motivo es bueno para salir un sábado por la noche, me apunto. —Aplaudió Maira.

—Por mí bien —sonreí.

—¿Has pensado en hacer algo durante estos días? —Quiso saber Paula.

—Aún no, ni me ha dado tiempo. Ha sido un día muy intenso, al menos lo que llevo hasta ahora —solté un suspiro.

—Mírala, toda enamorada soltando suspiros —sonrió de medio lado Maira.

—Quieres dejarlo ya —reí dándole una patada por debajo de la mesa.

—Joder, qué mal te sienta —se quejó riéndose mientras se inclinaba acariciando la zona dónde le había dado.

—Solo te he rozado. —Puse los ojos en blanco.

—Pues no me la des de verdad, porque entonces... —Se incorporó riendo.

Así pasamos dos horas más, hasta que se fueron de casa con el tiempo suficiente para darme una ducha y vestirme antes de que Mauro apareciera.

Al final el desayuno pasó a ser merienda, entre risas y comentando un poco todo. Como ya sabía pasamos un rato divertido y sobre las ocho nos despedimos en la puerta de mi bloque hasta que volviera a incorporarme al trabajo.

El viernes llegó y amanecí en cierta manera relajada, sin tener que salir a la carrera de casa. Pasé el día descansando, mirando en internet posibles destinos para varios días, guardando la información que volvería a mirar al día siguiente, sábado, para decidirme y reservar en alguno de los hoteles rurales que me habían gustado.

La noche del sábado llegó y me reuní con mis amigas para salir. Disfrutamos de un principio de salida divertido, riendo y contando anécdotas y cómo nos había ido la semana en el trabajo a todas, aunque yo poco aporté en ese tema mientras disfrutábamos de la cena, entre copa y copa, las que desaparecían al poco de estar llenas.

Estábamos a punto de salir del restaurante para continuar la noche cuando Maira se levantó para ir al lavabo. Hasta ahí todo iba de maravilla, pero cuando volvió, cuando lo hizo supe por su cara que algo había pasado, poniéndome nerviosa.

—Cariño —llegó diciendo Maira, blanca mientras se sentaba en la mesa y se agarraba a ella.

—¿Qué te pasa? —Me preocupé como Paula, a la que se le fue gran parte del efecto del alcohol al verla de esa

manera.

—Me acabo de enterar de algo. —Tragó saliva sin dejar de mirarme.

—Me estás poniendo nerviosa ¿de qué te has enterado? —Entrecerré los ojos.

—Coño, ¿en el lavabo? —Se sorprendió Paula.

—Sí, como si fuera raro, ahí te enteras de más cotilleos que en ningún sitio. —Miró Maira a Paula.

—¿Maira?

—Luc ha tenido un accidente. —Tragó saliva nerviosa.

—¿¡Qué!? —Me levanté de golpe sin querer creer lo que acababa de escuchar—. No puede ser, me ha llamado esta tarde y casi una hora antes del concierto —dije como ida.

—Ha sido durante el concierto. Por lo que han dicho al poco de empezar. —Negó con la cabeza Maira, triste.

—¿Estás segura? —preguntó impresionada Paula.

Dejé de escucharlas y volví a sentarme cogiendo el móvil con las manos temblando. Entré en internet descompuesta y con la esperanza de que quien lo había dicho se hubiera equivocado, pero... los ojos se me nublaron al ver el primer titular de uno de los periodistas que estaban presentes en el concierto.

«Estamos consternados por el accidente que ha sufrido Luc, el cantante del grupo MusicLife en pleno concierto. Me siento abrumado al haber sido testigo del desafortunado incidente. No sabemos cómo está el cantante, solo que sus compañeros y seguridad lo han sacado rápido del escenario y los servicios médicos lo han atendido al momento. Los hechos se han dado en la segunda canción que ha interpretado el cantante, al cambiar al micrófono principal, ya que la primera canción ha sido desde el piano como suele regalar a sus fans. Nadie se explica lo sucedido, cómo el micrófono tenía corriente, la que ha descargado con fuerza en el cuerpo de Luc. Todos estamos abrumados, los fans no han querido abandonar el lugar hasta que los han invitado a salir cuando les han notificado la gravedad del estado del cantante y que lo trasladaban al hospital. Lamentamos lo sucedido: no salimos del asombro de la mala suerte que está teniendo el cantante de un tiempo a esta parte, viéndose otra vez en un hospital. Esperamos actualizar la información y que su representante, que se ha desplazado hasta el hospital, nos comunique cómo evoluciona Luc».

El móvil se me resbaló de las manos con los ojos cubiertos de lágrimas, el que desapareció de la mesa rápido al cogerlo mis amigas para leer la misma noticia por mi reacción.

—No puede ser... no, no... —dije.

—Ebba. —Se levantó Maira agachándose a mi lado.

—Cariño. —Me agarró una mano Paula preocupada.

Y no pude reaccionar, me quedé con la vista ida escuchando sus voces de fondo, temiendo el resultado de lo que le había sucedido y nerviosa por lo que representaba y sabíamos.

—¿No tienes a nadie a quién preguntarle? —Me acarició la espalda Maira.

Negué con la cabeza mientras parpadeaba intentando centrarme.

—Llama a su móvil —sugirió Paula y la miré, saliendo del *shock*.

Asentí y bajé la mirada hacia él, cogiéndolo y marcando su número para ver si alguien me respondía, y lo hicieron...

—¿Ebba? ¿Eres tú? —preguntó una voz desconocida.

—Sí —susurré—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Luc?

Necesitaba saber que estaba bien, necesitaba saber cualquier dato que fuera favorable... con un nudo en la garganta y con un dolor en el pecho que me impedía respirar bien, esperé paciente a que me respondiera quien estaba al otro lado, temiéndome lo peor al no recibir nada.

—Perdona, estaba saliendo a la calle. —Volví a escuchar la voz—. Luc tiene tu número grabado, soy Glen, amigo y compañero del grupo de él.

—Sé quién eres.

y

—Sí claro, perdona, son los nervios. No sabemos nada, ha entrado inconsciente y estamos esperando.

—Gracias. —Bajé la mirada—. Glen, me podrás informar cuando lo sepáis.

—Tranquila, lo haré. Todos sus amigos sabemos de ti, puedes llamar cuantas veces necesites, cualquiera de nosotros te responderemos.

—Gracias —repetí sin poder hablar mucho porque sentía que me costaba respirar.

Dejé caer la mano cuando Glen colgó, mirando hacia el teléfono sin creerme todavía lo que había sucedido.

—Ebba. —Escuché a Maira.

—No saben nada —negué con la cabeza apartándome las lágrimas de la cara con rabia—. Quiero irme a casa.

—Claro que sí, ahora te llevamos. —Me abrazó Maira.

—Voy a pagar. —Escuché a Paula alejándose de nosotras.

La noche terminó de la peor manera posible, con Maira y Paula entrando en mi casa mientras yo me movía por inercia y me dejaba hacer por ellas. Me ayudaron a quitarme la ropa y a ponerme el pijama, de nada sirvieron mis quejas, las que ignoraron. Me tumbé en la cama agarrándome a la almohada y escondí la cabeza en ella.

Más lágrimas salieron de mis ojos mientras mis amigas se tumbaban a mi lado para consolarme y no dejarme sola

Abrazada por ellas dejé salir el miedo que sentía, el miedo porque quien fuera hubiera conseguido su objetivo. Temblando de impotencia grité interiormente, intentando trasladarme mentalmente hacia donde estuviera Luc.

No era justo, nada lo era... no fui consciente de cuando me dejé llevar por el sueño, cansada y agotada de llorar junto a mis amigas que no se movieron de mi lado, solo el tiempo justo para quitarse la ropa y ponerse cómodas tumbándose otra vez junto a mí apagando las luces.

Así lo veía todo, cubierto de oscuridad, aunque las luces se encendieran, sin poder quitarme los peores pensamientos de la cabeza.

—Luc... —Fue la única palabra que conseguí decir en alto desde que entré en casa, antes de cerrar los ojos por completo.

Mi último pensamiento consciente, él, sintiendo como mis amigas me apretaban contra ellas al escucharme y yo necesitaba estar de la misma manera junto a Luc.

Capítulo 18



Un nuevo día amaneció con el que abrí los ojos centrándolos en la claridad que se colaba a través de la persiana que no estaba del todo bajada. Al final había dormido sin interrupciones, sin tantas fuerzas me quedé la noche anterior, después de lo sucedido, que mi cuerpo había entrado en un estado de reposo absoluto para recuperarse.

Con muchos pensamientos mezclándose en mi cabeza, así me quedé durante un tiempo sin moverme, hasta que me di cuenta de que estaba sola. Me incorporé despacio mirando hacia la puerta cerrada de la habitación, prestando atención por si oía algún ruido de Maira o Paula.

Silencio es lo único que recibí y solté un suspiro agradeciendo por unos instantes la soledad mientras me incorporaba de la cama y apoyaba los pies en el suelo. Sin ganas de nada me levanté y fui hacia el baño, me aseo y volví sobre mis pasos hacia la cama para coger el móvil que había dejado cargando la noche anterior.

Nada más iluminarse la pantalla vi que eran las diez y media de la mañana y fui directa al icono de llamadas, pulsando el nombre de Luc. Impaciente caminando por la habitación escuché los tonos sonar hasta que la llamada se cortó.

—Mierda —dije con angustia y rabia, lanzando el móvil encima de la cama.

Caminé hacia la ventana y abrí la persiana del todo, dejando que la claridad inundara la habitación. Con la mirada en un punto fijo hacia el frente, un ruido fuera de la habitación me hizo girar hacia la puerta, dando por hecho de que mis amigas estaban fuera dejándome descansar.

Salí de la habitación directa hacia el salón, apoyándome en el marco de la puerta viéndolas cuchichear entre ellas.

—Pensaba que estaba sola —dije en alto, captando la atención de las dos que se levantaron a la misma vez del sofá.

—No nos íbamos a ir mientras dormías. —Se acercó hacia mí Maira—. Además, es domingo y queda mucho día antes de irnos ¿Cómo estás?

—No hubiera pasado nada —sonreí agradecida—. Bien. —Me encogí de hombros.

—Bien para volver a meterte en la cama otra vez y no salir durante una semana ¿no? —Llegó junto a nosotras Paula.

—Más o menos, me siento muy cansada. —Intenté sonreír.

—Eso son los nervios ¿No sabes nada nuevo? —me preguntó Maira.

—Acabo de llamar y nadie me ha respondido. —Solté un suspiro caminando hacia la cocina, seguida por ellas.

—Inténtalo otra vez —sugirió Paula.

—No quiero hacerme pesada —negué—. Verán la llamada perdida, esperaré a que me la devuelvan.

—Como te parezca mejor, cariño. —Me apartó Maira del armario del que iba a sacar tazas.

Sacó tres y fue hacia la cafetera para preparar tres cafés, los que nos tomamos sentadas en el sofá.

y

—¿Creéis que ha sido una coincidencia desafortunada o...? —Cortó el silencio Paula.

—Con lo que sé no, no ha sido una coincidencia. Ojalá me equivoque. —Bajé la mirada hacia la taza.

—Joder. —Soltó un bufido nervioso Paula.

Miré a Maira después de varios minutos en silencio, viéndola pensativa con la mirada puesta en la pared de enfrente.

—Estoy asimilándolo aún —respondió al sentirse observada, sin necesidad de que le preguntara nada.

El sonido de una llamada me hizo levantarme de golpe y caminar rápido hacia la habitación, cogiendo el móvil de la cama.

—Diga —respondí a un número sin identificar.

—¿Ebba López?

—Soy yo.

—Le llamo de la compañía energética...

—No me interesa —respondí rápido.

—Es para informarle sobre unos descuentos que podemos aplicarle en su factura...

—He dicho que no me interesa, gracias. —Colgué sin ganas de seguir en línea.

Me dejé caer en la cama desanimada por las pocas ilusiones que me había hecho al esperar una llamada diferente. Y no lo pude evitar contradiciendo a mis palabras de que esperaba a que se pusieran en contacto conmigo, volviendo a marcar el número de Luc sin resultado otra vez.

—Joder. —Apreté el móvil entre las manos.

—¿Nada? —Escuché la voz de Maira, apoyada en la puerta de la habitación y negué—. Seguro que no tardan en informarte. —Caminó sentándose a mi lado.

—En realidad soy una desconocida para ellos. —Desvié la mirada—. No sé si lo harán.

—No digas tonterías, Glen te dijo que lo haría cualquiera de ellos, ¿no?

—Eso dijo. —Solté un suspiro—. Es desesperante no saber nada y estar esperando sin poder estar cerca.

—¿Y por qué no vas hasta allí? Si quieres llamo ahora a mi jefe, en una urgencia no me pondrá pegas para faltar unos días al trabajo. Qué leches, nunca falto, pobre de él que me responda dándome una negativa.

—No lo haría y lo sabes —sonreí mirándola.

—Por eso ¿qué dices de mi idea?

—Que me quedo aquí —sonreí triste—. Allí no hago nada, ¿qué ha sucedido entre Luc y yo? ¿Varios besos, mensajes y llamadas? Y aunque hubiera ido a más el día que nos besamos, no sería nada para él como para presentarme y mezclarme con los suyos.

—No quiero que digas eso porque me vas a enfadar. Lo que dices no lo sabes.

—Es la verdad Maira. —Evité mirarla—. Ni yo misma sé que significó nuestro encuentro ni lo que sucedió. No actuó así porque dé por hecho nada, sino porque...

—Porque sientes mucho por él, ya lo sé. —Acabó por mí haciendo que la mirara—. Soy consciente desde hace tiempo, ni tú misma te diste cuenta del momento en el que ese hombre se hizo muy presente en tu vida. Sé que hubieras actuado de la misma manera, con la misma insistencia con quien fuera, queriendo saber la verdad, pero él consiguió llegar a una parte de ti sin que tú te dieras cuenta ¿me equivoco?

Negué con la cabeza mientras los ojos se me humedecían, motivo por el que me abrazó y me dejé consolar sin entender cómo había llegado a ese punto en el que estaba. Todo había tomado un rumbo que me había pillado por sorpresa, joder, que en realidad solo había tenido un encuentro con él en condiciones, si podía llamarlo de esa manera.

Y ahí estaba, sintiendo demasiado sin saber cómo mi corazón se había abierto de esa forma, sufriendo por no saber nada, absolutamente nada sobre un hombre que tenía una vida diferente a la mía y en la que estaba segura de que no era prioridad.

Mierda de sentimientos, pensé mientras Maira me apretaba contra ella, mientras le transmitía todos los sentimientos que yo tenía acumulados y había conseguido saber antes que yo misma.

El sonido de mi móvil nos sobresaltó a las dos, momento en el que Paula entró a la carrera por la puerta expectante para saber quién era.

—Diga —respondí esa vez viendo el nombre de Luc en la pantalla.

—¿Ebba? —preguntó otra voz diferente a la de Glen.

—Sí, soy yo. —Me levanté de la cama nerviosa.

—Soy Zac, amigo y seguridad de Luc.

—Hola, ¿cómo está?

—Está estabilizado. Hemos entrado un momento para verlo y según las palabras de los médicos todo va bien.

Sus palabras fueron un bálsamo que consiguieron tranquilizarme mientras inspiraba una bocanada de aire al no haber respirado esperando su contestación. Caminé hacia la ventana feliz porque estuviera consciente, sabiendo que volvería a salir de la situación.

—Gracias por devolverme la llamada.

—No hay de qué. No lo he hecho antes porque tenía yo su teléfono y estaba dentro con él.

—Me alegro mucho, de verdad.

1

—Me ha pedido que te trasmita algo...

—¿El qué?

—Bueno te digo sus palabras textuales: «como volváis a hablar con ella sin estar yo presente os las veréis conmigo», gracioso que se ha despertado el tío —rio Zac haciéndome sonreír, sonrojándome—. Eso y que la próxima vez será su voz la que escuches, faena me ha costado esconder el móvil porque tu llamada ha vibrado y a sacarlo para comprobar quién era ha visto tu nombre en la pantalla.

—Vaya —reí nerviosa sin saber qué decir.

—Algún mensaje para él cuando lo vuelva a ver... —Quiso saber con tono divertido.

—Dile que está tardando en salir de ese hospital y volver por su propio pie delante de mí y que espero escuchar pronto su voz.

—Así lo haré —confirmó.

—Zac...

—¿Sí?

—Lo que le ha pasado...

—Ya hablaremos en persona ¿de acuerdo? —me cortó serio.

—Vale, mejor —asentí sin que me viera, cambiando el tono de voz como había hecho él—. Gracias otra vez por la llamada, estaba preocupada.

—Lo imagino, siento el retraso, pero han sido unas horas desconcertantes y de locura, de muchos nervios.

—No hace falta que te disculpes, lo entiendo y es normal.

—Ya hablaremos cuando nos veamos, seguramente la próxima vez quien utilice este móvil sea su dueño, no quiero ver peligrar mi vida en el intento —dijo divertido.

—Estaré encantada de conocerte.

Pocas palabras más nos dijimos, colgando con la tranquilidad de saber que estaba bien, que volvería a estar al cien por cien en poco tiempo.

No hizo falta que les aclarara a Maira y a Paula la conversación que había mantenido, con lo que habían escuchado por mi parte y con la sonrisa tonta que tenía cuando me giré hacia ellas, me las encontré contentas y sonriendo emocionadas.

—Ya hablaremos cuando nos veamos, seguramente la próxima vez quien utilice este móvil sea su dueño, no quiero ver peligrar mi vida en el intento —dijo divertido.

—Estaré encantada de conocerte.

Pocas palabras más nos dijimos, colgando con la tranquilidad de saber que estaba bien, que volvería a estar al cien por cien en poco tiempo.

No hizo falta que les aclarara a Maira y a Paula la conversación que había mantenido, con lo que habían escuchado por mi parte y con la sonrisa tonta que tenía cuando me giré hacia ellas, me las encontré contentas y sonriendo emocionadas.

Capítulo 19



Luc

—Bienvenido de nuevo. —Escuché por alguna parte intentando enfocar la vista.

—Parece que le he cogido el gusto a estar en una cama de hospital —respondí en cuanto me aclaré y localicé a la doctora que me había hablado.

—Cógele el gusto a otro lugar, por mi parte estoy encantada de conocerte en persona, pero hubiera preferido que se hubiera dado de puertas para fuera. —Me hizo un guiño apoyándose en la cama—. Acabamos de estabilizarte, tu corazón se ha parado varias veces y nos has hecho sudar mucho para traerte de vuelta. Por suerte los compañeros que te han atendido nada más suceder, han actuado rápido y tenemos que dar gracias a que el hospital estaba a pocos minutos de la instalación del concierto. No te muevas todavía. —Frenó el movimiento que iba a hacer—. Tómalo con calma, hoy quiero que te muevas lo imprescindible ¿de acuerdo?

—Está bien. —Solté un suspiro.

—Tendrás la sensación de estar agotado y de que no puedes con tu cuerpo, es normal. Ahora te harán unas pruebas de rutina para quedarme tranquila, necesito saber que todo funciona bien y cuando acaben te subirán a planta, pasaré en cuanto tenga todos los resultados.

—Gracias, doctora.

—Si me dejas decirte algo...

—Claro —respondí cerrando los ojos unos segundos.

—Debes tener un ángel que tira de ti. —Sus palabras me hicieron abrir los ojos de golpe, centrándome en los suyos—. La sacudida que has recibido durante bastante tiempo, hasta que han cortado el suministro de luz ha sido... es un milagro que esté hablando ahora contigo.

—Puede que lo tenga...

Después de sonreírme se despidió de mí saliendo de la sala en la que estábamos. Me quedé observando a varias enfermeras mientras recogían el material que habían utilizado y me ponían medicación a través de la vía. Sí que estaba agotado, sí, sentía cómo mi cuerpo no acompañaba a las ordenes que le daba.

Volví a cerrar los ojos sintiendo como movían la camilla en la que estaba, ese fue mi último recuerdo sin poder mantener más tiempo los ojos abiertos.

«Está estable, no te preocupes, va a salir de esta» fueron las palabras que escuché mientras volvía a ser consciente de mi alrededor. Abrí los ojos encontrándome con Zac al lado de la ventana, dándome la espalda mientras colgaba el teléfono. Hice un repaso por la habitación a la que me habían llevado, soltando un suspiro al verme otra vez en una.

—Eh, tío —dijo en cuanto se giró hacia mí al escucharme, caminando hacia la cama—. ¿Cómo estás?

—Cansado de esto y hablando contigo. —Di un golpe en la cama intentando sonreír—. ¿Quién era?

—Y no sabes cómo me alegro. Aline, ya la he tranquilizado.

l
—¿Evelyn se ha enterado?

—Por suerte no, al ser fin de semana no ha salido de casa y al recibir Aline mi llamada para informarla de lo que te había pasado, ha evitado encender la televisión y la radio. Ha tenido a la pequeña entretenida sin tecnología de ningún tipo.

—Mejor. —Cerré los ojos.

—Pensaba que... —Sentí un apretón en la mano.

—Ya. —Lo miré a los ojos.

—No sé qué mierda está pasando, pero esto no puede seguir así. —Apretó la mandíbula—. No hemos podido prever nada, no entiendo cómo ha pasado. He hablado a conciencia con los que se encargaban del mantenimiento de todo el tema electrónico en el concierto y no salían del asombro de lo que había sucedido.

—Llama a tu cuñado —le pedí haciendo una mueca al intentar ponerme más cómodo.

Su respuesta quedó interrumpida por la entrada de la doctora, la que me miró reprendiéndome al ver cómo me estaba moviendo.

—Espero que no seas mal paciente y hagas caso. —Se cruzó de brazos levantando una ceja cuando llegó a mi lado, después de soltar una carpeta.

—No me he movido, solo ahora, se me estaba durmiendo una pierna —me escusé.

—¿Te duele? —Apartó la sábana y empezó a frotármela y a hacer presión en ella—. ¿Sientes todos mis movimientos?

—No y sí —respondí.

—Salgo un momento, voy a hacer esa llamada que me has pedido —habló Zac y asentí.

—¿Y los chicos? —le pregunté antes de que saliera por la puerta.

—Han bajado un momento a por un café, no tardarán en estar aquí. Ahora los aviso.

—Todo parece estar bien —habló la doctora cuando nos quedamos solos y dejó de comprobarme la pierna y el pie.

—Solo he empezado a sentir un hormigueo —aseguré.

—Está bien, cualquier sensación que tengas se lo comunicas a cualquiera de las enfermeras.

—Así lo haré —confirmé mientras me acomodaba con ayuda de ella.

—Las pruebas han salido bien —me informó cogiendo la carpeta y abriéndola, tomándose un tiempo para leer lo que tuviera en ella—. No hay nada por lo que tengamos que preocuparnos. —Me miró sonriendo—. De igual manera, hoy y mañana permanecerás aquí para terminar de asegurarnos de que todo está bien ¿de acuerdo?

—No tengo otra opción. —Me encogí de hombros.

—No la tienes, no —rio— y menos bajo mi supervisión. No te preocupes, en nada estarás fuera de aquí dando guerra.

—Gracias, doctora.

—Es mi trabajo. —Me hizo un guiño—. Te dejo descansar, ahora pediré que te suministren algún calmante para que lo hagas mejor. En tres horas vuelvo a pasar a no ser que suceda algo, que lo dudo.

Por fin solo, me dije en cuanto la puerta se cerró. Lo mismo necesitaba hacer con mis ojos, pero antes intenté localizar mi teléfono sin encontrarlo en ninguno de los muebles de alrededor. Todas las personas que tenían que saber sobre mi estado ya estaban informadas por mis amigos, pero me hubiera gustado hacer una llamada en concreto, la llamada que necesitaba hacerle a Ebba para escuchar su voz.

Metido en mis pensamientos una enfermera entró sonriendo directa a ponerme medicación, la que dejó preparada en el gotero y se fue sin hacer ruido al verme en ese instante con los ojos cerrados. Ya había sacado todas las fuerzas que tenía en ese momento y entre el agotamiento que sentía y la medicación que no tardó en hacer efecto, dejé de ser consciente de nada sumiéndome en la oscuridad, con una imagen en la cabeza que me acompañó en sueños.

El murmullo de varias voces me hizo entreabrir los ojos desorientado.

—Luc. —Escuché la voz de Glen acercarse a mí.

—Estoy bien —aseguré al ver su cara y la de Kevin.

—Joder, tío, casi me da algo cuando te ha sucedido. —Hizo una mueca preocupada Kevin.

—Imagino cómo lo habréis visto desde fuera, yo ni me he enterado, solo recuerdo la primera sacudida —negué.

—Hemos hablado con Zac, ya nos ha dicho que le has pedido que avise a su cuñado. Lleva un buen rato hablando con él fuera —comentó Glen.

—Sí —dije alargando un brazo para coger un botellín de agua y llevándomelo a los labios—. No es algo que podamos llevar nosotros —aseguré—. ¿Y Raisa?

—Está con llamadas y trámites. Ha estado aquí mientras descansabas, pero se ha tenido que ir al hotel muy a su pesar por el lío que se ha montado. Hace poco he hablado con ella y ha prometido venir lo más rápida que pueda, estaba histérica.

—No sabe nada ¿no? —Los miré a los dos.

—No, hemos preferido explicárselo cuando estemos todos juntos —confirmó Kevin.

—Está bien, es lo mejor —asentí cerrando los ojos.

—Descansa, tío. Has dormido bastante, pero no lo suficiente, tienes que salir de aquí lo antes posible. No quiero verte más en una cama como esta. —Me apretó una mano Glen.

—Estoy bien, ahora mismo no siento nada. Es la medicación que me tiene atontado y adormecido —sonreí.

A pesar de mi confirmación se quedaron en silencio dejándome descansar, sentándose cada uno en una butaca y una silla que había al lado de la cama. Así estábamos cuando la puerta se abrió dando paso a Zac, por mi parte haciendo esfuerzos por no cerrar los ojos otra vez debido a la medicación.

—Hecho —confirmó. Palabra que me espabiló unos minutos enfocándome en él—. En cuanto salgas de aquí nos vamos para casa y nos encontraremos con mi cuñado. Ya lo he puesto al tanto de todo y me ha dicho los pasos que tenemos que dar hasta que lleguemos.

Al cuñado de Zac, Alan, lo conocíamos todos muy bien y siempre que sus obligaciones se lo permitían se unía a nuestro grupo. Era policía, de ahí mi petición a Zac para que se pusiera en contacto con él, porque en la situación que me encontraba tenía que empezar con urgencia a tomar cartas en el asunto y nadie mejor que él para llevar mi caso, si es que había caso porque ya no sabía una jodida mierda de nada.

Me sentía tan contrariado y sin encontrarle sentido a nada que me costaba centrarme para poder pensar con coherencia y buscar la lógica, pero ¿cómo hacerlo? Si no tenía ni puñetera idea de lo que me estaba pasando... era el primer sorprendido y por mucho que intentara pensar o imaginar a qué era debido todo lo que me estaba sucediendo no conseguía saber en qué dirección ir.

—Perfecto. ¿Dónde está mi teléfono? —Caí en la cuenta de preguntar.

—Aquí —habló Zac metiendo la mano en el bolsillo del pantalón.

—Id a comer tranquilos, no voy a moverme —les pedí viendo la hora en la pantalla.

Con el asentimiento de todos me dejaron solo por un tiempo. Joder, pensé, no sabía qué era lo que me habían puesto en la vía, pero no conseguía mantener los ojos abiertos durante mucho tiempo, se me cerraban solos. Un gran esfuerzo tuve que hacer para no dejarme vencer por el sueño antes de entrar en la aplicación de mensajes y localizar la conversación que tenía con Ebba.

Yo: *Perdona que no te llame preciosa, pero estoy medio drogado con la medicación que me han puesto y me cuesta mantenerme despierto, y hablar ya no te digo. Espero que solo sea hoy porque estoy deseando escuchar otra vez tu voz... sé que lo sabes, pero te lo confirmo yo mismo, estoy bien y las pruebas han salido perfectas. Si todo va igual, que espero que sí, dentro de dos días me darán el alta y volveré a casa. Se acabaron los conciertos*

por ahora, ya sabes por dónde voy. Espero no haberte preocupado mucho, lo siento. Ya he tomado medidas, referente a lo que me está pasando. Estoy deseando tenerte frente a mí y olvidarme de toda esta mierda.

Satisfecho dejé el móvil al lado y me dejé vencer por la medicación.

* * *

A la velocidad de la luz me vestí en cuanto la doctora se despidió de mí pasados dos días, en su última visita dándome el alta. Aire, necesitaba respirar aire fresco, eso lo primero, el resto no tardaría en darse. Salí despidiéndome de todo el personal que fui encontrándome conforme iba hacia la salida, dejándome guiar hacia una puerta de emergencia secundaria por la parte trasera del hospital para tener privacidad y no agobiarme, ya que en la zona principal siempre se habían mantenido grupos de fans y periodistas a la espera de verme.

e

Se lo agradecí al enfermero que me había acompañado y me despedí de él cuando vi a Zac parado frente a una puerta oscura, el que me informó al llegar junto a él de que Glen, Kevin y Raisa (la que había ido a verme varias veces al hospital y a la que todavía no habíamos puesto al día del trasfondo de lo que me había sucedido, esperando encontrar el mejor momento para hacerlo), nos esperaban en el hotel listos para irnos de allí.

—Perfecto. —Me puse la gorra y las gafas de sol—. Larguémonos de aquí —dije serio al traspasar la puerta que abrió Zac.

Aspiré profundo cerrando los ojos unos segundos sin dejar de andar, hasta que los abrí con decisión, dejando que el cabreo que había estado dormido como lo había hecho yo durante esos días saliera de mí, dispuesto a acabar con la situación que tenía encima, o al menos, a empezar a buscar jodidas respuestas.

—Es la hora, vamos a acabar con esta mierda —fueron mis últimas palabras caminando al lado de Zac que asintió igual de serio que yo.

por ahora, ya sabes por dónde voy. Espero no haberte preocupado mucho, lo siento. Ya he tomado medidas, referente a lo que me está pasando. Estoy deseando tenerte frente a mí y olvidarme de toda esta mierda.

Satisfecho dejé el móvil al lado y me dejé vencer por la medicación.

* * *

A la velocidad de la luz me vestí en cuanto la doctora se despidió de mí pasados dos días, en su última visita dándome el alta. Aire, necesitaba respirar aire fresco, eso lo primero, el resto no tardaría en darse. Salí despidiéndome de todo el personal que fui encontrándome conforme iba hacia la salida, dejándome guiar hacia una puerta de emergencia secundaria por la parte trasera del hospital para tener privacidad y no agobiarme, ya que en la zona principal siempre se habían mantenido grupos de fans y periodistas a la espera de verme.

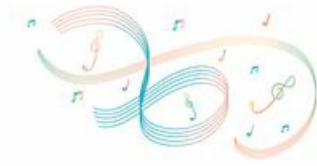
Se lo agradecí al enfermero que me había acompañado y me despedí de él cuando vi a Zac parado frente a una puerta oscura, el que me informó al llegar junto a él de que Glen, Kevin y Raisa (la que había ido a verme varias veces al hospital y a la que todavía no habíamos puesto al día del trasfondo de lo que me había sucedido, esperando encontrar el mejor momento para hacerlo), nos esperaban en el hotel listos para irnos de allí.

—Perfecto. —Me puse la gorra y las gafas de sol—. Larguémonos de aquí —dije serio al traspasar la puerta que abrió Zac.

Aspiré profundo cerrando los ojos unos segundos sin dejar de andar, hasta que los abrí con decisión, dejando que el cabreo que había estado dormido como lo había hecho yo durante esos días saliera de mí, dispuesto a acabar con la situación que tenía encima, o al menos, a empezar a buscar jodidas respuestas.

—Es la hora, vamos a acabar con esta mierda —fueron mis últimas palabras caminando al lado de Zac que asintió igual de serio que yo.

Capítulo 20



Ebba

—Hola —dije en tono alto y sonriendo al abrir la puerta rápido, gesto que se borró de mi cara en cuanto vi delante de mí a Miriam con los ojos nublados de lágrimas y unas gafas de sol grandes, demasiado grandes.

¿Cómo supe que estaba llorando si tenía las gafas puestas? Porque las lágrimas corrían libres por su cara y su pecho se movía desacompañado.

Mi cara de felicidad del principio tenía un motivo especial, la inminente llegada de Luc, tal y como me había dicho nada más aterrizar en la ciudad. Felicidad que se borró y nada tuvo que ver porque no fuera él el que estaba al otro lado, no, sino lo que sabía que escondía Miriam, lo que me cabreó y por lo que maldecí interiormente sin querer ponerla más nerviosa de lo que estaba delante de mí.

Sin decir nada más, alargué el brazo y la cogí de una mano, tirando de ella hacia el interior. Antes de cerrar la puerta miré hacia arriba de las escaleras deseando encontrarme cara a cara con el responsable de su estado, pero no tuve la suerte de que esa situación se diera al no escuchar ni ver nada.

Cerré la puerta y me giré hacia ella, dándole unos segundos.

—Quítate las gafas —le pedí nerviosa y seria al ver que no hacía ni decía nada, sin saber cómo reaccionar.

—Ebba...

—Quítatelas Miriam —repetí acercándome a ella.

Con movimientos lentos lo hizo y por la expresión que puse lloró más.

—Me cago en todo Miriam, joder —dije empezando a caminar de un lado al otro—. Esto es el fin, lo sabes

¿verdad? —La señalé— No pienso dejarlo pasar, así tenga que obligarte a irte de esa casa.

—Nunca me había levantado la mano. —Bajó la cabeza nerviosa.

—Ven. —Reaccioné llevándola hasta el sofá, sentándonos en él—. ¿Cómo estás? A parte de lo que es visible.

—Cansada de todo.

—¿Decidida a dar el paso final? —La miré con atención y solté un suspiro grande cuando asintió—. Menos mal, joder. —La abracé—. Todo va a ir bien, quédate aquí todo el tiempo que necesites ¿me oyes?

—No quiero molestar. —Me apretó contra ella.

—Eso lo dices tú, para mí no eres ninguna molestia Miriam. Estoy contigo, no estás sola.

Nos quedamos un buen rato en silencio abrazadas, recostándonos en el sofá y cogiendo una posición más cómoda. No quise hablar más hasta que ella lo hiciera, para no agobiarla y darle el tiempo que necesitara.

—Ya no hay marcha atrás, Ebba. Lo voy a hacer —susurró—. Esta mañana ha salido de casa y casi arranca la puerta al hacerlo. Por desgracia me tiene acostumbrada a las malas formas, gritos y golpes, pero nunca hacia mí. Esta vez ha traspasado una línea que no quiero seguir viviendo, me da igual que sea mi padre. Un padre de verdad no hace ni actúa así con su hija.

—No sabes lo que me alegro de escuchar esas palabras. —Apreté el abrazo.

—Lo sé, me lo has pedido muchas veces. —Soltó un suspiro.

—Está bien, lo importante es que ha llegado el momento y lo has visto por ti misma, yo no podía hacer nada si tú no te decidías a dar el paso, hubieras vuelto al tiempo a tu casa con ese impresentable dentro, por decirlo finamente.

—Puedes decirlo como quieras. —Soltó una risilla a pesar de la situación.

—Créeme, no quiero herir tu sensibilidad —reí negando con la cabeza—. los calificativos que estás imaginando se quedan cortos, muy cortos, ya te lo digo.

—No sé por dónde empezar. —Se incorporó quedando sentada recta.

—Paso a paso, lo primero ¿solo tienes los golpes en la cara? Si necesitas ir al médico...

—No, estoy bien. —Tragó saliva.

—Bueno —la miré desconfiada—, pues iremos a la policía y dejaremos que nos guíen ellos. Yo puedo dar por hecho lo de poner una alarma en tu casa y la denuncia, pero no sé qué más hacer. No te preocupes, lo sabremos. Ahora ve al baño a asearte si quieres y en cuanto estés lista vamos a la policía ¿vale?

—Gracias, Ebba. Espero no meterte en ningún lío.

—No lo digas. —Puse un dedo delante de su cara, moviéndolo, acompañando a mis palabras, gesto que le hizo sonreír—. Ningún lío, contigo se ha atrevido, que lo intente conmigo. —Cambié el gesto—. Sabes que no lo hará y si se atreve...

—Sé que sabes defenderte. —Me sonrió con cariño.

—Pues ahí lo llevas, venga recomposite, no hay prisa —la animé a que lo hiciera.

Se levantó del sofá y se perdió por el pasillo directa hacia el baño. La seguí con la mirada sin levantarme del sofá, dejando salir en ese instante la rabia que me había producido su situación, la que me había reservado para no atormentarla ni agobiarla más.

Me levanté para coger el móvil que había dejado encima de la mesa grande del salón y escribí al grupo que tenía con mis amigas y Erick.

Yo: *Esta noche no puedo quedar. Acaba de llegar Miriam y vamos a hacer unas cosas importantes sobre su situación, ya os lo explicará ella cuando se vea con fuerzas. Hablamos más tarde.*

Las respuestas no tardaron en llegar.

Maira: *¿Está bien?*

Paula: *Espero que sí, no te preocupes y quédate con ella.*

Erick: *Estoy muy perdido, el trabajo me tiene abducido, ya me pondréis al día de todo. Espero que no sea nada, si necesitas cualquier cosa me escapo del trabajo.*

Yo: *Sois los mejores. —Acompañé a mis palabras con varios besos y corazones— Ahora mismo no está bien, pero lo estará. Luego hablamos.*

Salí de la conversación dispuesta a escribir a Luc para decirle que no pasara por mi casa porque tenía que salir, pero no me dio tiempo a teclear dos palabras cuando el timbre de la puerta sonó.

Me levanté corriendo desconfiada por si era quien no quería ver, mirando por la mirilla antes de abrir para prepararme, pero no tuve que hacerlo al ver al otro lado otro hombre que no esperaba y me quitó la felicidad que mantenía del principio por ver a Luc.

—Hola —dije al abrir a Zac, reconociéndolo perfectamente.

—Hola Ebba —me sonrió—. Vengo a por ti.

—¿A por mí? —Ladeé la cabeza.

—Sí, Luc está en su casa y no ha podido venir.

—¿Se encuentra bien? Hemos hablado cuando habéis aterrizado y...

—Sí, no te preocupes —me cortó al ver el cambio en mí—. ¿Nos vamos? Puedo esperar el tiempo que necesites, sé que lo estabas esperando.

—Es que... —dije indecisa, pero sabiendo la respuesta que le daría.

Respuesta que no llegué a pronunciar al aparecer Miriam en el salón, sin las gafas y con los ojos abiertos al máximo al ver a Zac mirándola mientras él entrecerraba los ojos por la visión que ella devolvía.

—Me ha surgido algo importante y ahora iba a escribirle a Luc —dije sin perderme detalle de la inspección que le estaba haciendo Zac a Miriam.

—¿Algo importante como ella? —Hizo un gesto con la cabeza hacia Miriam.

Solté un suspiro y le pedí que entrara un momento, cerrando la puerta.

Sin pronunciarse Miriam caminó hacia la mesa donde había dejado las gafas de sol y se las puso, sentándose con cuidado en una silla, detalle que no me pasó desapercibido, ni a mí ni a Zac que arrugó más el gesto sin perderla de vista.

—Sí —respondí porque ya no podía ocultar ni pasar por encima al haberlo visto por él mismo.

—Nos vamos los tres —respondió decidido Zac.

—Nosotras tenemos que ir...

—Imagino a dónde. —Giró hacia mí, serio—. Y en casa de Luc encontrarás la solución.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver...?

—Mi cuñado es policía y está allí con él —me aclaró para que lo entendiera.

Y lo hice, por supuesto. Miré a Miriam que estaba nerviosa al no querer que nadie la viera en ese estado, solo las personas indispensables, pero ¿qué mejor que alguien de confianza y conocido para ayudarla? Al menos por parte de Zac y de Luc, por la nuestra seguiría siendo un desconocido, pero igualmente lo sería cualquier policía al que fuéramos.

—Miriam. —Me acerqué a ella, poniéndome de cuclillas delante— ¿Te parece bien? Yo creo que es mejor si es alguien de confianza, pero lo que decidas estará bien.

—No sé, yo... —Me miró indecisa durante unos segundos, desviando la mirada hacia Zac que no se perdía detalle de nada.

Acabé incorporándome despacio, interesada en cómo se miraban los dos. Así estuvieron durante bastante tiempo, en silencio, hasta que Miriam volvió a hablar.

—Está bien, si es policía...

; —Lo es —aseguró Zac—. Te ayudará y no será el único.

Mis labios se curvaron al escuchar la convicción y la decisión en sus palabras y giré dándoles la espalda para ir hacia la habitación. Una canción de victoria pasó por mi mente rápida por cómo se había dado todo, por eso y por las palabras que se habían pronunciado en mi salón, pocas, pero muy reveladoras ¿quién lo iba a decir?

Ganas me entraron de empezar a saltar y a bailar al ritmo que marqué en mi cabeza por la canción, pero me retuve, lo único que hice fue ampliar la sonrisa e ir directa a por el bolso, colgándomelo para salir al encuentro de Luc y dar un paso más referente a la situación de Miriam.

Capítulo 21



Luc

—¿Has visto hasta dónde he llegado, Lu? —me preguntó emocionada Evelyn nada más sacar la cabeza del agua.

—Eres una campeona, pequeña. Ya mismo cruzas de punta a punta la piscina —sonreí.

Hacía una hora y media que había entrado por la puerta de casa y lo primero que había hecho había sido ir al encuentro de Evelyn, con muchas ganas de verla y de hablar con ella. Le había contado lo que me había sucedido, pero no la gravedad que había supuesto, sin entrar en muchos detalles.

Había recibido la noticia asustada, pero no me había costado tranquilizarla con bromas y remarcándole que estaba perfecto, lo que le mostré y acabó por quitarle la expresión de tristeza. Me hubiera gustado mantenerlo en secreto, pero dado a que la noticia circulaba por todos lados y en cualquier momento la sabría por boca de alguien o por algún medio de la tecnología, había querido que lo supiera por mí para que no le diera importancia.

Estaba deseando que Zac volviera de recoger a Ebba. Mis labios se curvaron solos en cuanto su recuerdo acaparó mi mente mientras no dejaba de observar a Evelyn saltando y nadando en la piscina. En un principio había tenido la intención de presentarme en su casa, pero Zac me había informado de que su cuñado, Alan, estaba de camino hacia la mía y había preferido darle encuentro lo antes posible.

No es que hubiéramos hablado mucho al vernos, porque al pedirle a Zac que fuera a buscar a Ebba, el cual quería que estuviera presente cuando se diera la conversación, y con la llamada de trabajo que recibió Alan, comentándome que tenía que ausentarse un rato, al final nos habíamos saludado a lo justo y dejado todo lo demás para cuando volvieran los dos hablarlo con calma.

Los nervios por tener otra vez delante de mí a Ebba se habían agarrado a mi estómago y no sabía cómo había sucedido, pero así había sido. Las emociones que sentía hacia ella habían llegado de improviso, sin darme cuenta y aunque suene precipitada mi «fijación» hacia ella desde el principio, desde que la vi nada más despertar en el hospital después del accidente de moto, siempre tuvo un trasfondo que quise dejar apartado y no pensar en él al

primar el querer respuestas también.

Pero la luz que vi en ella, la que recibí nada más ser consciente en aquella cama, no sabía explicarlo, pero todo de esa mujer me atraía como un imán y así lo había dejado plasmado en la canción que escribí sin ser consciente de lo que me sucedía en el momento en el que llegó a mí la letra, canción que iba dedicada a ella y estaba deseando darle la sorpresa. Hasta ese punto estaba pillado por mucho que me hubiera costado darme cuenta de ello, lo que me quedó claro cuando la tuve realmente frente a mí otra vez, sin impedimentos.

Aparté mis pensamientos cuando vi a Evelyn salir de la piscina corriendo, directa hacia mí. Con una carcajada se lanzó encima, tumbándome y empapándome mientras yo exageraba la reacción y me quejaba por ello.

—¡Me has mojado entero! —repetí varias veces provocando que no parara de reír.

—Hace mucho calor, te vendrá bien —asintió conforme mientras se apartaba o más bien huía de mis manos que empezaron a hacerle cosquillas—. ¿Por qué no te metes conmigo?

—Tengo algo importante que hacer en breve, peque, y estoy esperando a que Zac llegue con una chica que necesito ver, no tardará —dejé caer para ver su reacción.

—Ya, cosas de mayores. —Puso los ojos en blanco provocándome una carcajada—. ¿Una chica? —Se giró hacia mí reaccionando.

—Sí, eso mismo he dicho —respondí divertido.

—Aquí no vienen chicas nunca. —Ladeó la cabeza intrigada.

—Ajá, siempre hay una primera vez.

—Pero ¿una chica amiga o una chica novia? —Se tapó la boca con las manos ocultando la risilla que le salió.

—Toda relación empieza con una amistad. —Le hice un guiño.

—¿Te has enamorado tito? —Pegó un grito.

—Si fuera así ¿te parecería bien? —Apoyé los codos en las piernas flexionadas, atento a su reacción.

Para mí era importante que aceptara la situación desde el principio, lo que menos quería es que algo la molestara o lo pasara mal, y aún más que hubiera buena relación con la otra parte. Evelyn formaba parte de mi vida, era mi pilar principal, aunque sabía que, si oponía alguna resistencia a compartirme, acabaría dándose cuenta de que no

era la actitud correcta.

» No dudaba de que Ebba le caería bien y congeniaría perfectamente con ella. Como bien había dicho sorprendida, dentro de casa no había entrado ninguna chica, precisamente porque mis intenciones y sentimientos no iban más allá de pasar un rato divertido, pero en este caso lo tenía muy claro y quería hacer partícipe a Ebba de todo mi alrededor, aunque ella aún no lo supiera.

Curvé los labios viéndola pensativa, tomándose su tiempo para responder.

—¿Sonríes cuando estás con ella? —Quiso saber y aguanté el reírme por el interrogatorio que me iba a hacer.

—Sí —confirmé seguro.

—¿No te hace llorar?

—No.

—¿Sientes esos bichillos que dicen en la barriga? —Ladeó la cabeza.

—¿Mariposas? —Levanté una ceja.

—Eso, eso... —Dio una palmada.

—No sé si son mariposas, pero sí siento un cosquilleo y nerviosismo cada vez que estoy junto a ella. Y cuando no estoy con ella, acapara muchos momentos en mi mente y solo con escribirle y con sus mensajes me sale una sonrisa tonta en la cara ¿eso querías saber?

—Oh. —Se sorprendió haciendo una o perfecta con los labios.

—Pues eso, oh —la imité.

La cogí y acabamos los dos revolcados en el césped, hasta que nos quedamos mirando hacia el cielo, uno al lado del otro.

—Si eres feliz, yo también tito —acabó diciendo y giré la cabeza hacia ella, sonriendo con cariño.

» —Te quiero, peque.

—Yo también —sonrió girándose hacia mí—. ¡Qué decepción! —Hizo un puchero.

—¿Por qué? —Levanté una ceja.

—Porque las mariposas son bonitas, yo quería que esa sensación fueran mariposas de verdad —explicó pensativa, haciéndome reír.

—Bueno, se utiliza como comparación para dar a entender el estado de enamoramiento, por eso se relaciona con ellas.

—¿Por qué? —Se incorporó intrigada.

—Como una simulación del aleteo de sus alas y el cosquilleo que tienen que producir, de ahí el hormigueo en el estómago. Por la elegancia que transmiten y lo impresionantes que son. Es una comparación a lo que es el amor verdadero, de gran belleza, resistente ante la adversidad, perseverante y longevo. Es el poder de transformar algo pequeño que nace hasta convertirlo en lo más inmenso y hermoso que puedas sentir y vivir.

—Vaya —soltó un suspiro—, pero las mariposas no viven mucho. —Hizo una mueca.

—No lo hacen, pero es el significado que tienen y lo que representan —sonreí—. Creo que ya ha llegado Zac —dije girando la cabeza hacia la corredera que daba al jardín.

—Yo no lo veo.

—¿No escuchas las voces? —sonreí— Ahí lo tienes —dije en cuanto apareció en el jardín acompañado de Ebba y de otra chica pegada a ella.

Me extrañó la presencia de la otra chica, pero dando por hecho de que sería alguna amiga me incorporé y agarré de la mano a Evelyn caminando hacia ellos por el césped. Bajé la mirada hacia la pequeña que miraba hacia el frente, intrigada y mirándolas por ser dos en vez de una como le había dicho, haciéndome sonreír.

—Hola —los saludé al pararnos frente a ellos.

Después de asentir a Zac fijé la mirada en Ebba, empapándome de su presencia y de su imagen. El rubor que cubrió su cara me hizo curvar los labios y es que en persona y a corta distancia solo habíamos tenido un encuentro porque la primera toma de contacto que tuvimos fue un tanto... digamos que rara por la situación, por otro lado, estaban los mensajes y llamadas que nos habíamos hecho.

—Hola —respondió ella levantando una mano, acompañando a sus palabras.

—¿Quién de las dos es? —habló concentrada Evelyn, captando la atención de todos.

—Ella es mi sobrina, Evelyn —la presenté— ¿Quién es quién? —le pregunté divertido sabiendo lo que quería saber.

—La chica de las mariposas, la del hormigueo ese en la panza. —Dio tirón de mi mano y bajé la mirada encontrándome con la suya, esperando a saberlo.

Zac fue el primero en soltar una carcajada seguido por mí, ante la cara de no entender nuestra reacción de la pequeña. Ebba se sonrojó más ante la situación y la otra chica que miré de reojo hizo un intento de sonrisa que cambió rápido con una mueca que llamó mi atención.

—Ebba —confirmé levantando el brazo y señalándola, para que Evelyn lo tuviera claro.

Con una sonrisa y asintiendo, contenta por saberlo al fin, Evelyn dio un paso hacia delante y se puso delante de ella mientras yo metía las manos en los bolsillos del pantalón, divertido ante la incomodidad que transmitía Ebba, y no porque la sintiera, sino por lo que representaba.

—Eres tú —dijo Evelyn.

—Yo soy Ebba, sí —le sonrió nerviosa.

—Encantada —dijo pizpireta—. Yo soy Evelyn y tengo ocho años. Tenemos que llevarnos muy bien. Las dos tenemos una parte del corazón de mi tito y cuando se comparte algo hay que ser amigas para hacerlo —explicó segura y decidida, provocándome una sonrisa de cariño que me la hubiera comido a besos en ese mismo instante.

—Oh, vaya, si es así... —Levantó la cabeza Ebba hacia mí, avergonzada, pero con una sonrisa preciosa—. De ahora en adelante seremos buenas amigas.

—Guay. —Aplaudió contenta Evelyn—. ¿Cuándo empezamos?

—¿A qué? —Bajó la mirada hacia ella Ebba.

—A conocernos, tengo que explicarte muchas cosas, son ocho años y me llevará mucho tiempo —asintió.

—Vaya, ocho años, pues...

—Más tarde o en otro momento peque —la interrumpí porque el siguiente paso que daría sería cogerla de la mano.

y arrastrarla hasta su habitación para empezar a conocerse, como bien había dejado claro.

—Jo, vale —se quejó—. Cosas de mayores. —Hizo un puchero.

—Correcto, los mayores tienen que hablar. —Le hice un guiño que supo interpretar.

Llegó a mí rápido y se lanzó a mis brazos que la cogieron mientras nos dábamos un beso. No tardé en dejarla en el suelo y desapareció en el interior despidiéndose de todos.

—Es un encanto. —Escuché a Ebba que seguía mirando por dónde se había ido.

—Lo es —confirmé con orgullo, captando su atención al girarse hacia a mí.

—No he visto a Alan —interrumpió nuestro cruce de miradas Zac.

—Ha tenido que irse al poco de que te fueras, por una llamada de trabajo, ya no debe tardar en llegar —asentí.

Miré hacia la amiga de Ebba que seguía medio escondida al lado de ella.

—Es Miriam, mi amiga. Perdona que no te haya avisado, yo...

—No pasa nada —la corté—, encantado.

—Igualmente —respondió la amiga avergonzada.

—Ha sido idea mía —intervino Zac—, ya lo entenderás.

Lo miré por unos segundos asintiendo serio por el tono que había utilizado al decir las últimas palabras, volviendo a mirar a la chica que se mantenía oculta por unas gafas grandes de sol.

—Ven conmigo. —Reaccioné dando un paso más cerca de Ebba, cogiéndola de una mano.

—Yo... —respondió dudosa.

Y no fue por quedarse a solas conmigo, el gesto que hizo al mirar de reojo a su amiga por no querer dejarla sola aclaró mi duda, hasta que Zac intervino.

, —Id tranquilos, acompaño a Miriam adentro. Voy a ofrecerle algo de beber y que se ponga cómoda hasta que

llegue Alan, seguro que damos con Aline y no nos dejará hacer nada.

Lo volví a mirar con atención, algo en su tono de voz y su pose me dio a entender... volví a preguntarme varias cosas, las que me callé, solo asintiendo mientras tiraba de la mano de Ebba.

Caminamos por el césped con calma, sin soltarle de la mano mientras ella miraba de vez en cuando hacia atrás.

l

—Está en buenas manos —aseguré para que estuviera tranquila.

—Lo sé. —Soltó un suspiro mirando hacia el frente—. Miriam se ha presentado en mi casa con un problema y cuando iba a escribirte para decirte que no fueras a mi casa, que tenía que salir de improvviso, justo en ese momento Zac a llamado a la puerta. —Se encogió de hombros.

—Por lo poco que estoy sabiendo y por lo que he visto... ¿es algo preocupante? —Dejé caer despreocupado.

—Espero que a partir de ahora no lo sea —respondió en un susurro.

—Ya veo, por eso Zac la ha traído —aseguré.

—Sí, es que íbamos a ir a la policía y Zac a intervenido convenciéndonos de que su cuñado estaba en tu casa y la podría ayudar.

—Me alegro de volver a verte. —Cambié radicalmente de tema, ya me enteraría llegado el momento.

Necesitaba que cambiara la expresión de preocupación de la cara porque no hacía falta que entrara en muchos más detalles sobre su amiga Miriam, con lo que había dicho, con lo que había pillado y con la reacción de Zac ya sabía por dónde iba todo y la sangre se me estaba calentando según sabía más datos, y en ese instante, al menos por unos minutos quería acercarme un poco más y centrarme en ella.

,

—Yo también. —Giró hacia mí cuando me paré al lado de un balancín—. Siento lo que te ha pasado, Luc. Me asusté mucho, pensé que...

—Ven. —Tiré de su mano para sentarnos en el balancín—. No pienses en eso, ahora estoy bien. — Me giré hacia ella, pasando un brazo por encima del respaldo.

—¿Cómo no voy a pensarlo? Por Dios, no puedes estar tranquilo. —Hizo una mueca preocupada.

Llevé una mano hacia su frente, acariciándola para borrar esa expresión, consiguiendo que se sonrojara con ese simple gesto y roce.

—Ahora solo quiero que pienses en nosotros dos aquí sentados, solos... —Me incliné hacia ella, poniendo la mano que le había acariciado detrás del cuello, haciendo el mismo gesto—. No sabes las ganas que tenía de tenerte así otra vez...

No esperé más tiempo para unir mis labios a los de ella en una caricia suave, hasta convertirla en intensa cuando mis labios se apropiaron en condiciones de los suyos y mi lengua buscó la suya, la que no tardó en acompañar todos mis movimientos mientras la apretaba contra mí, empapándome de su aroma y de su cercanía.

Una risilla detrás de nosotros a los pocos minutos nos hizo separarnos y girar hacia atrás, viendo a Evelyn con la boca tapada con las manos, con mirada traviesa salir corriendo y alejándose de nosotros.

Cuando nos volvimos a mirar Ebba y yo, soltamos una carcajada y la atraje otra vez hacia mí, sin querer desperdiciar el tiempo que pudiera estar con ella a solas. Excitado, así estaba solo con los besos que no tenían fin, hasta que un crujido inesperado cortó el momento y nos vimos en el suelo de golpe.

—Oh, joder —se quejó desmadejada Ebba, tirada en el suelo—. ¿Qué ha pasado? —Giró hacia mí que estaba intentando recomponerme de la caída.

—El balancín se ha roto —respondí sorprendido porque hubiera pasado.

Soltamos una carcajada al vernos en esa posición, carcajada que nos costó cortar al entrarnos la risa floja mientras me incorporaba y tiraba de ella para que hiciera lo mismo.

—Madre mía, a ti te ha mirado un tuerto, lo que te pasa no es normal. —Negó con la cabeza riendo,
^s contagiándose más—. Con todos mis respetos hacia ellos, solo es una expresión, pero vaya tela. —Soltó un
^l bufido, calmándose.

—Ahora solo quiero que pienses en nosotros dos aquí sentados, solos... —Me incliné hacia ella, poniendo la mano que le había acariciado detrás del cuello, haciendo el mismo gesto—. No sabes las ganas que tenía de tenerte así otra vez...

No esperé más tiempo para unir mis labios a los de ella en una caricia suave, hasta convertirla en intensa cuando mis labios se apropiaron en condiciones de los suyos y mi lengua buscó la suya, la que no tardó en acompañar todos mis movimientos mientras la apretaba contra mí, empapándome de su aroma y de su cercanía.

Una risilla detrás de nosotros a los pocos minutos nos hizo separarnos y girar hacia atrás, viendo a Evelyn con la boca tapada con las manos, con mirada traviesa salir corriendo y alejándose de nosotros.

Cuando nos volvimos a mirar Ebba y yo, soltamos una carcajada y la atraje otra vez hacia mí, sin querer desperdiciar el tiempo que pudiera estar con ella a solas. Excitado, así estaba solo con los besos que no tenían fin, hasta que un crujido inesperado cortó el momento y nos vimos en el suelo de golpe.

—Oh, joder —se quejó desmadejada Ebba, tirada en el suelo—. ¿Qué ha pasado? —Giró hacia mí que estaba intentando recomponerme de la caída.

—El balancín se ha roto —respondí sorprendido porque hubiera pasado.

Soltamos una carcajada al vernos en esa posición, carcajada que nos costó cortar al entrarnos la risa floja mientras me incorporaba y tiraba de ella para que hiciera lo mismo.

—Madre mía, a ti te ha mirado un tuerto, lo que te pasa no es normal. —Negó con la cabeza riendo, contagiándome más—. Con todos mis respetos hacia ellos, solo es una expresión, pero vaya tela. —Soltó un bufido, calmándose.

Capítulo 22



Ebba

Sacudiéndome de la caída estaba mientras intentaba dejar de reír por lo que nos había pasado, tomándome mi tiempo para centrarme porque con la cercanía de Luc me costaba tener los pies en el suelo. Y sus besos, no esperaba que se dieran tan rápido entre nosotros otra vez, bueno en realidad qué sabía yo lo que esperaba, lo que quería sí, por supuesto, pero hasta ahí llegaba mi razonamiento ¿no me entendéis verdad? Ya, yo tampoco, como una montaña rusa tenía la cabeza y las emociones que me hacían desvariar, un sube y baja constante que intenté apartar.

Nada más verlo con mis propios ojos y comprobar que estaba bien mi corazón dio un vuelco, y con la sonrisa que me había recibido... mierda estaba perdida junto a ese hombre.

Lo sentía tan cercano, todo fluía por sí solo cuando estábamos juntos y esa sensación me producía euforia y a la vez recelo, sentimientos contrapuestos que me impedían soltarme del todo y ante él libremente.

Un pequeño suspiro se escapó de mi pecho cuando lo sentí acercarse, evitando mirarlo por unos segundos más para terminar de recomponerme. Levanté la mirada al encuentro de la suya cuando estuvo frente a mí, a pocos centímetros mientras sus brazos me rodeaban la cintura y acortaba la poca distancia que teníamos.

Imposible darle al botón de apagado a mi cabeza que no dejaba de preguntarse qué narices significaban los acercamientos que teníamos, mi corazón, ese iba por libre todo contento y cantando a pleno pulmón, incitándome a que avanzara y dejara de pensar al no saber a qué atenerme con lo que pasaba entre los dos.

—Sé lo que estás pensando —susurró acariciando su nariz contra la mía.

—¿Ah sí?

—Ajá, estás desconcertada.

—Bueno, un poco la verdad. Es que estoy nerviosa y no sé...

—No pienses, solo déjate llevar.

—Joder, que eres Luc. —Solté un suspiro.

—Sí, eso lo tenemos claro los dos —respondió divertido.

—Oh, me refiero a que eres un cantante famoso, famosooo... ¿entiendes? Estoy en tu casa, así contigo... joder que no sé todavía cómo ha pasado esto ni lo que significa, tampoco lo quiero saber por ahora. —Levanté las manos rápido.

—El golpe te ha afectado —rio—. ¿Estás segura de que no lo quieres saber? —Levantó una ceja.

—Muy gracioso. —Entrecerré los ojos—. No, sí, yo qué sé... —Solté un bufido.

—Lo único que debes de tener claro—me apreté contra él agarrándome del cuello, rozándome los labios—, es que si estás aquí es porque eres importante para mí, Ebba. No es un juego, no es un capricho, quiero que lo tengas bien claro.

»¿Soy famoso? Es algo que es inevitable, pero a mí lo único que me importa es mi música, componer, cantar y transmitir junto a mis amigos nuestra pasión. A lo demás no le doy importancia, pero sí que lo valoro como se merece porque gracias a ello hemos conseguido llegar donde estamos. No hay más, Ebba. Mi vida fuera de un escenario sigue siendo la música y mi familia, en la que quiero que tú estés incluida. ¿te vale la explicación?

—Luc...

Sus labios se curvaron al sentir la reacción de mi cuerpo por sus palabras, juntándolos con los míos otra vez mientras apretaba nuestro contacto. Solté un jadeo que quedó amortiguado por él al sentir su excitación pegada a mí mientras nuestras bocas se buscaban sin descanso, sin pensar en quién podría estar por algún lado de esa casa viéndonos.

Ese era el efecto que provocaba en mí a tan corta distancia, que dejara de pensar y de analizar nada, tal y como me había pedido. Lo difícil era hacerlo cuando nos separábamos y la realidad se imponía, porque en esos momentos teniéndolo pegado a mi lado se fundía todo dentro de mí.

—Vamos para dentro, ya ha llegado Alan, el cuñado de Zac. —Se separó mirando hacia la casa, al escuchar un silbido.

—Si quieres entrar solo... lo digo para que habléis en la intimidad. Miriam y yo podemos hacerlo cuando acabéis

—aclaré al verlo mirarme levantando una ceja.

—Quiero que estés presente y a mi lado —aseguró.

—Vale. —Solté un suspiro mientras recibía mi confirmación sonriendo, tirando de mi mano hacia la casa.

Nada más entrar en el salón nos encontramos con sus amigos y componentes del grupo sentados en un gran sofá, junto a Zac y otro hombre de pie a su lado, con Miriam apareciendo en ese momento con un café entre las manos.

—El balancín se ha roto. —Cortó el silencio Luc después de saludarnos todos por primera vez en persona y presentarse Alan.

—No jodas, pero si tiene poco tiempo. —Se sorprendió Glen.

—Pues ya ves, hemos probado el suelo que da gusto. —Se encogió de hombros Luc.

e—¿No sería una estrategia para revolcaros? —preguntó divertido Kevin.

1

—No entraba en mis planes que comiéramos hierba —rio Luc, negando con la cabeza.

—Me encargaré de ello —comentó Zac sonriendo.

—Lo siento, lo siento. —Interrumpió entrando a la carrera una mujer, sofocada—. Había mucho tráfico.

—Tranquila, llegas a tiempo —respondió Luc—. Ella es Raisa, nuestra representante y amiga.

—Encantada, soy Ebba —respondí sonrojándome al ver su mirada puesta en la mano de Luc y mía unidas.

—Vaya, parece que me he perdido mucho. —Reaccionó mirando a Luc—. Igualmente. —Se centró en mí, acercándose y dándome dos besos.

2

—Esta parte ya la sabes —dijo divertido Luc, levantando nuestras manos unidas—. El resto será mejor que te sientes.

—Madre mía, estáis de un misterioso todos. —Giró Raisa mirándolos—. No sé qué haces tú aquí. —Se giró hacia Alan.

—Gracias por la parte que me toca. —Levantó el aludido una ceja—. Tan simpática como siempre, ni que no me

vieras aquí a menudo.

—Oye perdona, que simpática lo soy y mucho, ya has entendido a lo que me refiero, leches, quería decir en esta reunión urgente. —Soltó un bufido Raisa.

—Nada mujer, no te preocupes, mejor que hagas caso a Luc y te sientes porque me da que los chicos no te han informado de nada —le contestó él divertido.

—Me estoy mosqueando. —Se cruzó de brazos mirándonos a todos.

—Si no te sientas al menos quítate los tacones, para que la caída no sea tan dura cuando empecemos a hablar —rio Glen.

—En tu cabeza los voy a poner, no te fastidia. —Le sacó la lengua ella, haciéndose hueco en el sofá junto a él y a Kevin.

—¿Evelyn está arriba? —Quiso saber Luc.

—Sí, le he pedido a Aline que la entretenga hasta que la avise de que hemos terminado —respondió Zac.

—Oh, perdona. —Se levantó Raisa—. No te han presentado y con tanta testosterona y la sorpresa de la parejita no te he visto. —Se dirigió hacia Miriam.

—No pasa nada —sonrió mi amiga que se mantenía un poco alejada de nosotros—. Soy Miriam, amiga de Ebba. Yo creo que voy a esperar en el jardín, será lo mejor hasta que toque mi turno. —Me miró buscando una salida.

—Te acompaño. —Di un paso hacia delante para que no se sintiera incómoda.

—No. —Tiró de mi mano Luc—. Os quedáis las dos, no me importa que estés, Miriam; ponte cómoda.

—Gracias —respondió sonrojada, sentándose en una butaca.

Zac no se pronunció, pero sus ojos la siguieron en cada movimiento hasta que se sentó, quedando conforme con la situación. Miré de reojo a Luc que había observado lo mismo que yo. Nuestros ojos se encontraron y los de Luc mostraron entre diversión e interrogación.

—Primero de todo, la única que no sabe lo que pasa de nuestro grupo es Raisa. —Empezó a hablar Luc, mirándola—. No ha sido intencionado, solo que al principio no lo sabía y cuando fui consciente de lo que había preferí guardar silencio para no preocuparte, pero con el último acontecimiento que ha sucedido tienes que saber lo que

pasa porque ya no habrá más conciertos por ahora.

—¿Cómo? No entiendo nada ¿qué está pasando? —Lo miró desconcertada ella levantándose y con un pequeño tirón de Kevin en su mano volvió a sentarse.

Luc me hizo un guiño y me soltó, centrándose en Alan que asintió mientras él iba hacia el centro del salón y se apoyaba en el piano que lo decoraba, cruzándose de brazos.

—Mi accidente de moto no fue casual ni por el temporal. Lo provocó alguien. —Soltó ante el jadeo de impresión de Raisa.

—¿Qué estás diciendo? —susurró ella.

A partir de ese momento el silencio solo lo interrumpió la voz de Luc contando todo lo que sabía, incluyéndome a mí desde que aparecí en el hospital y todo lo que vino después, hasta terminar en el incidente que sufrí en pleno concierto.

—No puede ser, no lo entiendo ¿con qué fin Luc? —Reaccionó Raisa asustada.

En las expresiones de todos había desconcierto, rabia y tensión. Miré a Miriam a la que le había cogido de sorpresa, así lo mostraban sus ojos abiertos de par en par asimilando todo lo que había dicho Luc.

—No eres la única que está así y que se hace esa pregunta —respondió Luc.

—Raisa, necesitaré tener acceso a todos los mails, información y obsequios que han llegado de un tiempo a esta parte destinados a Luc —habló Alan—. Y, por supuesto, como él ha dicho, se acabaron los conciertos por ahora —aseguró dando un paso hacia el centro del salón.

—Sí, claro, te lo facilitaré todo, aún no he hecho limpieza de los mensajes, aunque algunos regalos fueron directamente a la basura, pero tengo en la memoria de qué se trataban, al menos los de hace poco. —Tragó saliva ella, con los ojos humedecidos.

—Raisa, estoy bien —aseguró con contundencia Luc al verla.

a

—Una mierda estás bien. —Se levantó nerviosa—. Nada está bien, joder. —Lo señaló—. Han intentado matarte dos veces, dos, Luc. —Caminó nerviosa con todos los ojos puestos en ella—. Las mismas veces que ha peligrado tu vida en un hospital. No me digas que estás bien porque me lanzo a ti y entonces sí que no lo estarás, ¿me oyes?

a

—Se puso delante de él.

Con el semblante serio Luc la atrajo hacia él y la abrazó, gesto con el que Raisa se fundió nerviosa, descargando la tensión por lo que acababa de saber. Él levantó la cabeza haciéndome un guiño e intenté sonreírle, pero la situación haciendo más real lo que tenía encima había terminado por descomponerme y acabé apoyándome en el brazo del sofá al perder las fuerzas.

—Imagino que no ha habido ninguna amenaza implícita, sino ya la sabíais —habló Alan.

Todos negaron y pusieron los ojos en Raisa que era la que llevaba lo referente al grupo que no era música.

—Que yo haya visto no —confirmó ella.

—Lo revisaré a conciencia.

—Pero... —Se me escapó en alto el pensamiento que pasaba por mi cabeza, captando la atención de todos.

—¿Qué? —Quiso saber Luc.

—Bueno, no sé, es que... la noche que tuviste el primer accidente, ¿cuánto hacía que no cogías la moto? —Dejó caer.

—Llevaba una temporada utilizándola todos los días ¿por qué? —respondió Luc.

—Lo que quiere decir que la utilizas a menudo como transporte habitual —aseguré.

—Sí y el día del accidente me moví bastante con ella.

—Ya, por eso. —Los miré a todos.

—Sigue Ebba —me animó Alan.

—No sé, lo mismo estoy suponiendo mucho. Yo no entiendo, pero... ¿de dónde saliste la noche del accidente? Quien lo hizo sabía perfectamente dónde estabas.

—Del estudio de grabación que tenemos en la ciudad. —Arrugó el gesto Luc.

—Estás queriendo decir que quien lo hizo lo conoce bien y sabía dónde estaría. —Dio voz a mi pensamiento Alar

Asentí tragando saliva y todos se miraron entre sí, tomándose un tiempo para analizar lo que significaba.

a

—Nadie externo sabe dónde está el estudio, aparte de que ensayamos allí en contadas ocasiones. La mayoría de las veces lo hacemos en el que tiene Luc aquí —confirmó Kevin.

—Eso acorta la búsqueda —habló Zac.

—Pero puede que la moto la sabotearan en otro momento y de utilizarla los tornillos se fueran aflojando y la correa acabara partiéndose —dijo pensativo Luc.

—Puede, pero es algo a tener muy en cuenta —aseguró Alan.

—Tío, sé que quieres pensar en esa posibilidad porque la otra no entra en tu cabeza, pero el razonamiento de Ebbi tiene toda la lógica. Sabes al igual que yo que los tornillos, de la manera que los vimos, no hubieran aguantado mucho en movimiento. Eso anula esa posibilidad, te hubieras ido al suelo antes si lo hubieran hecho en otro momento, imposible que aguantaran todo un día para arriba y para abajo, y menos fuera de la ciudad donde la fuerzas más —habló Glen—. Sabes que sé de lo que hablo.

—Ya lo sé, joder. —Se pasó las manos por el pelo Luc, dándonos la espalda.

—Entonces, ¿es alguien que conocemos? —preguntó con voz aguda Raisa.

—Eso parece —le respondió Zac.

—Necesito una lista de todas las personas cercanas a ti o que puedan tener acceso a esa información, Luc —le pidió Alan.

—No puede ser, joder. —Se negó a aceptarlo él.

—Comprobaré todo lo que esté a mi alcance sin dar por sentado nada, desde los fans a tu vida privada. En el concierto sabían perfectamente qué boicotear y estás vivo de milagro —continuó Alan.

Con esas palabras Luc giró y me buscó con la mirada, bajando los brazos de golpe.

—Por un ángel... —susurró con la vista puesta en mí.

Le devolví la mirada sin entender lo que decía, era como si me mirara a mí, pero sus ojos estuvieran idos en algún punto que solo sabía él.

—¿Qué tenemos que hacer ahora? —preguntó Raisa, sentándose otra vez en el sofá.

—Nada —respondió Alan.

—¿Cómo que nada? —Giró hacia él.

—Lo que significa, absolutamente nada. A ser posible que Luc no se exponga ante nadie. —Giró hacia él que asintió.

—Invéntate cualquier excusa para anular los pocos conciertos que habías activado —le pidió Kevin a Raisa—, el resto sin confirmar no habrá problema para demorarlos.

a —Eso no será problema, puedo poner la excusa de que después de lo ocurrido Luc no está en condiciones de subirse a un escenario —asintió ella.

—Nos podemos dedicar a las nuevas canciones que has compuesto, así adelantamos el nuevo álbum —sugirió Glen viendo la cara de Luc.

—Lo haremos —confirmó él pensativo— y aprovecharé para componer.

—Está bien, pues por ahora poco más podemos hacer aquí —asintió Alan—. Raisa, pásame rápido toda la información que necesito y me pondré con ello enseguida.

Al ver la intención de Alan de marcharse en breve, miré a Zac para recordarle la situación de Miriam, el que asintió cuando se dio cuenta al sentirse observado, dejándome claro que lo tenía en mente.

—Tengo algo que comentarte antes de que te vayas, necesitamos de tu ayuda un poco más —le pidió Zac.

—¿De qué se trata? —Se giró hacia él.

Miriam se removió nerviosa, gesto del que Luc se dio cuenta e intervino.

—Chicos, es un tema privado de Ebba y de su amiga, si nos disculpáis un momento —se dirigió a sus amigos.

Por las miradas que le devolvieron Glen y Kevin me quedó claro que las gafas que no se había quitado Miriam les había dejado claro por dónde iba el tema.

—Sí, claro —respondió rápido Glen levantándose del sofá, seguido por Kevin y Raisa.

Ante la sorpresa de varios, Raisa caminó hacia Miriam y la cogió de una mano haciendo que se incorporara.

—Sé lo que supone este adorno ahora mismo —dijo en tono bajo colocándole bien las gafas, lo que no impidió que la escucháramos perfectamente todos—. Yo también viví una circunstancia parecida y si no hubiera sido por Luc y los chicos... por eso, aunque no las llevaras lo sabría distinguir en ti. Me alegro de lo que vas a hacer, Alan es el mejor. —Terminó sus palabras dándole un beso en la mejilla y se alejó despidiéndose de todos, diciéndole a Alan que cuando terminara la llamara.

Glen y Kevin con una mirada de cariño hacia Raisa la siguieron dejándonos solos a los cuatro.

Ante la sorpresa de varios, Raisa caminó hacia Miriam y la cogió de una mano haciendo que se incorporara.

—Sé lo que supone este adorno ahora mismo —dijo en tono bajo colocándole bien las gafas, lo que no impidió que la escucháramos perfectamente todos—. Yo también viví una circunstancia parecida y si no hubiera sido por Luc y los chicos... por eso, aunque no las llevaras lo sabría distinguir en ti. Me alegro de lo que vas a hacer, Alan es el mejor. —Terminó sus palabras dándole un beso en la mejilla y se alejó despidiéndose de todos, diciéndole a Alan que cuando terminara la llamara.

Glen y Kevin con una mirada de cariño hacia Raisa la siguieron dejándonos solos a los cuatro.

Capítulo 23



Luc

Caminé hacia la corredera y salí al jardín, apoyándome en un lateral dejando la vista fija hacia el frente. Lo había preferido así para darle más privacidad a Miriam, con la mirada de agradecimiento de Ebba cuando vio mi intención de desaparecer, lo que no imitó Zac y ni pensamiento tenía de moverse del salón.

Curvé los labios negando con la cabeza por su comportamiento protector hacia la amiga de Ebba. ¿Cuánto hacía que la conocía? Ni que eso fuera un dato importante, que me lo dijeran a mí con todo lo referente a Ebba.

No tuve problema en escuchar todo lo que se dijo dentro, aunque no estuviera presente ni visible, sin equivocarme en mi suposición del principio.

Como bien había comentado Raisa antes de irse, por desgracia conocíamos de cerca ciertos comportamientos y el de Miriam era demasiado claro como para no saber de sobra lo que tenía encima. Ya hacía muchos años de lo que tuvo que pasar Raisa, pero la sensación no termina de irse y se amplía cuando te das de frente con otro caso similar, porque, aunque cada situación sea diferente, la base siempre es la misma: miedo, dolor, rabia e impotencia de los de alrededor, repercusiones...

Por suerte Raisa consiguió salir airosa de la situación gracias al apoyo de todos, incluido Alan, que se esmeró para quitarle de encima al agresor, como bien sabía que sucedería con Miriam.

Durante el tiempo que permanecí fuera conseguí tranquilizarme un poco, la conversación que habíamos mantenido me había alterado, acrecentando mis dudas y temores por la conclusión a la que habíamos llegado. ¿Sería verdad? ¿Alguien conocido quería hacerme daño? Joder, ¿por qué? Era lo que retumbaba en mi cabeza y sobre todo ¿quién?

No tenía enemigos que yo supiera, llevaba una vida dentro de la fama de lo más normal y pasaba de muchos temas y de la prensa más allá de mi profesión. Descolocado estaba con todo, sabiendo de sobra que lo que había dicho Glen era verdad. La forma en la que estaban las piezas de la moto, al menos las que pudimos ver gracias a Ebba,

no hubieran aguantado en circulación mucho tiempo al hacerla rodar, tuvo que ser a última hora del día mientras ensayábamos.

Negué con la cabeza calentándomela, pensando en quién conocía dónde estaba el estudio y, sobre todo, quién conocía mi moto sin margen de error. No me habían fotografiado subido a ella, mi vida personal intentaba taparla siempre y había hecho lo impensable para pasar desapercibido hacia la prensa en mi rutina cuando se daba el caso

Pero en el estudio aún menos, ni siquiera la prensa sabía dónde estaba el local. Dándole vueltas a todo, el móvil sonó en mi bolsillo del pantalón y lo saqué viendo que era Eleonor.

—Hola —respondí distraído.

—Luc, tengo que hablar contigo. —La escuché apurada.

—¿Qué sucede? —Me impulsé de la pared alejándome, parándome en mitad del césped.

—Necesito tu ayuda de inmediato, por favor.

—¿Qué te pasa? —insistí.

—¿Podemos vernos? No quiero hablar ahora, estoy en el coche, pensaba ir a tu casa ¿estás ahí?

—Sí, te espero.

Me quedé mirando el móvil cuando la llamada se cortó, negando con la cabeza. Solté un suspiro guardándomelo a otra vez, mirando hacia los árboles que quedaban frente a mí.

Creo que no os he hablado de Eleonor. Fue amiga íntima de mi hermana, aunque los últimos meses de vida de ellas se distanciaran, detalle que no me dio tiempo a averiguar, sin saber cuál fue el motivo de lo que les sucedió, aunque algo intuía por aquel entonces de que el motivo fui yo. Su amistad se remontaba desde la juventud de ambas, aunque tuvieron sus tira y afloja, al final siempre acababan solucionando sus diferencias por la amistad que las unía.

Nunca me metí en ello, lo máximo que hice fue aconsejar a mi hermana siempre que se daban esas situaciones, pero ella la adoraba, incluso la tuvo en cuenta dejando cerrado todo el tema de Evelyn por si a mí me sucedía algo en algún momento y la pequeña aún no pudiera valerse por sí misma. No es que mi hermana predijera su accidente, el que fue por sorpresa hundiéndonos a todos, pero siempre tuvo claro el tener cerrado lo más importante que había en su vida, su hija.

De ahí que yo no pudiera mirar hacia otro lado y darle la espalda a Eleonor, por mi hermana y por la unión que tuvieron. Hasta ahí llegaba mi relación con esa mujer y el cariño de los años vividos de amistad, aunque a ella en alguna época le hubiera gustado que fuera diferente, la que bastante a menudo venía a casa para estar con Evelyn. Desde la muerte de mi hermana su carácter había cambiado y me costaba reconocerla, pero se ganó mi aprobación cuando una vez el padre biológico de la pequeña intentó llegar hasta ella, interponiéndose en su camino.

Pero eso sucedió solo una vez hacía ya bastantes años. No es que le negáramos a la pequeña la posibilidad de conocer a su padre. Pese a su corta edad, ella siempre tuvo claro que no lo quería en su vida por todo lo que le hizo sufrir a mi hermana, al aparecer esporádicamente solo para malmeter en su vida, sin ninguna intención de hacerse cargo de Evelyn. No sabía si algún día ese pensamiento y actitud cambiaría, pero daba gracias a la determinación de Evelyn al negarse a acercarse a él, al menos por el momento, a pesar de lo pequeña que era.

No me preocupaba, lo que sí lo hacía era el tono de voz que había utilizado Eleonor al llamarme, temiéndome e intuyendo dónde había caído otra vez.

—Luc —escuché la voz de Zac a mi espalda y giré hacia él.

—¿Ya se ha ido Alan?

—Sí —asintió.

—¿Todo bien? —pregunté ladeando la cabeza.

—Creo que sí. —Desvió la mirada—. Ahora llevaré a Miriam a su casa, bueno, a casa de Ebba. —Carraspeó al ver mi expresión.

—Ajá —fue todo lo que dije.

¹ —Suéltalo. —Puso los ojos en blanco.

—¿Qué quieres que diga? —dije divertido sonriendo.

—Lo que estás pensando. —Soltó un bufido.

—No me hace falta decirlo en voz alta para reafirmarlo y menos por cómo te estoy viendo. —Levanté una ceja.

—Mejor. —Buscó mi mirada—. ¿Llevo a Ebba también? —sonrió de medio lado.

—Ya sabes la respuesta —amplié la sonrisa—, siempre que ella quiera quedarse, claro.

—No creo que tengas problema en ello —rio.

¹ —No sé, mejor preguntarle a Ebba.

—¿Preguntarme el qué? —Nos giramos hacia ella viéndola llegar a nosotros.

—Zac va a llevar a Miriam a tu casa —respondí.

—Gracias. —Lo miró sonriendo.

—Y me preguntaba... si tú querías irte con ellos o aceptarías cenar conmigo aquí —continué.

—No quiero dejarla sola. —Hizo una mueca.

—Lo entiendo —asentí conforme porque era lo más normal, respuesta que entraba en las posibles que me diera.

—Todavía está nerviosa y estar en el mismo edificio... Alan nos ha dicho que mañana temprano se pasará para informarnos de cómo está todo, lo siento.

—No tienes que disculparte, la situación habla por sí sola. Ya te he dicho que lo entiendo, por eso mismo me vas a invitar tú a cenar en tu casa —aseguré curvando los labios—. ¿Te apuntas Zac?

—Sí —respondió rápido haciéndome reír—. ¿Qué? —Se cruzó de brazos.

—Nada hombre, tú no pierdas la oportunidad —respondí sin dejar de reír.

—Mira el que habla. —Levantó una ceja—. Es mejor que no estén solas esta noche.

—En eso estamos de acuerdo —asentí serio.

—Bueno como tengo poco que decir, ya lo habéis dicho todo vosotros, bienvenidos a una cena improvisada en mi casa —habló Ebba.

Giramos hacia ella y acabamos los tres riendo por la situación. Llegué a su lado y le pasé un brazo por encima de los hombros, atrayéndola hacia mí. Así nos dirigimos hacia el salón donde nos esperaba Miriam, seguidos por Zac.

—Si quieres decirles a Glen y a Kevin que vengan... puedo avisar a mis dos amigas y a Erick para que se apunten. Así seremos más y será más distraído para Miriam —me comentó Ebba.

—Todo lo que no quería. —Me incliné susurrándole al oído—, tenía la intención de tenerte solo para mí.

—Yo... —Me miró tragando saliva sonrojada.

—No pasa nada —reí—, me parece perfecto. Estoy contigo sea como sea, cuanto más tiempo espere más ganas acumulo —volví a susurrarle acariciándole la oreja, provocando que diera un respingo por el conjunto de todo—. Por cierto ¿quién es Erick? —Levanté una ceja.

—Un buen amigo —me aclaró y asentí sonriendo.

Seguí caminando, ampliando la sonrisa y haciéndole un guiño cuando me miró a corta distancia. Nada más volver al salón Ebba le empezó a contar los planes a Miriam y yo me dirigí hacia el pasillo de la planta baja, directo hacia la habitación que tenía habilitada como estudio de grabación y era donde ensayábamos.

—¿Os apuntáis a una cena en casa de Ebba? —dije nada más abrir la puerta, apoyándome en el marco de ella.

Glen y Kevin dejaron de tocar sus instrumentos y me miraron al instante.

^a —Por mí bien, pero pensaba que aprovecharías para acapararla —respondió con guasa Glen.

—Ya llegará, hoy no es el día. —Me encogí de hombros.

—Entiendo —asintió serio Glen.

—Pues entonces perfecto, nos apuntamos. —Dio una palmada Kevin levantándose.

—Tomaros vuestro tiempo, Eleonor viene de camino y tengo que hablar con ella un momento. Si queréis prepararos...

—Pues aprovecho para darme una ducha rápida —comentó Glen.

—Me apunto a ello —le siguió Kevin.

—Ni que nos la fuéramos a dar juntos —rio Glen.

l.—Sí, ha sonado un poco... —respondí divertido.

—Me encanta que a pesar de todo no perdamos el humor. —Se colgó de nuestros hombros Kevin.

—Que no falte —aseguró Glen y aprovechó para darnos un beso en las mejillas a Kevin y a mí y salir corriendo por el pasillo muerto de risa, perseguido por Kevin.

Llegué a la entrada del salón calmándome, viendo a Ebba y a Miriam junto a Zac preparados.

—Kevin y Glen vienen. Han ido a arreglarse mientras me reúno con Eleonor —los informé—. No tardaremos en irnos.

—Está bien, no hay prisa —me sonrió Ebba—. Voy a escribirle a mis amigos. No sé si Raisa...

a—Bien pensado. —Le hice un guiño—. Ahora la aviso por si se anima.

No tardé en enviarle un mensaje contándole por encima los planes que teníamos, a los que se apuntó sin dudar quedando en que Kevin y Glen pasarían a por ella. Conforme con todo, el timbre de la puerta tardó diez minutos en sonar y hacia ella me dirigí.

—Hola —abrí.

—Hola, Luc —sonrió tensa Eleonor.

—Adelante. —Le di paso y fuimos hacia el salón, donde nos paramos un momento antes de llevarla hacia la habitación en la que tenía un escritorio que utilizaba poco, más bien estaba de decoración.

—Ebba, Miriam, ella es Eleonor, una amiga de la familia. —La presenté viendo el cruce de miradas que hubo en un instante.

—Me suenas de algo —dijo intrigada Eleonor, mirándome de reojo, extrañada por el mismo motivo por el que se había sorprendido Evelyn al decirle que esperaba la visita de una chica.

—No creo que te suene de nada —dije convencido—, vamos. —Empecé a caminar hacia el pasillo.

—Diría que te he visto en alguna ocasión —insistió haciéndome poner los ojos en blanco mientras le daba la espalda.

Iba a girarme para que dejara el tema cuando vi de reojo a Ebba removerse nerviosa, y caí en la cuenta en ese

instante de qué le sonaba a Eleonor. Intenté no reír por la situación que fue y no hice ningún comentario al respecto, solo abrí la boca para pedirle a Eleonor que me siguiera, y así lo hizo cuando dejó de prestar atención a Ebba.

—¿Quiénes son? —Quiso saber nada más cerrar la puerta.

—¿Para qué has venido? —Me apoyé en la mesa cruzando los brazos.

No es que tuviera muchas ganas de explicarle mi vida, aunque estuviéramos en son de paz desde hacía tiempo.

—Ya veo. —Ladeó la cabeza.

—No sé lo que ves. —Levanté una ceja porque Ebba y yo no habíamos dado indicio de nada desde la aparición de ella, eso quedaba para mi círculo más cercano y así seguiría por el momento.

—El gran Luc ha caído e imagino por cuál de las dos chicas que están afuera. Por la reacción de ella y esas cosas —dijo distraída, caminando hacia el centro de la habitación.

—Ve al grano Eleonor, tengo cosas que hacer. Por cierto, gracias por preguntarme cómo estoy después de volver de la muerte —dije con ironía.

—Hablé con Zac cuando te pasó. —Agrandó los ojos.

—Ya, me lo dijo, pero no sé, lo normal cuando ves en persona a alguien que ha pasado por lo que yo, es que haga algún comentario, pero da igual —negué con la cabeza.

—Lo siento, Luc, no era mi intención. Ya veo que estás perfectamente bien —dijo haciéndome un repaso de punta a punta demorándose al hacerlo, provocando que levantara las dos cejas, gesto que supo interpretar cuando me miró a la cara y desvió su atención de mí.

—Tú dirás, ¿Qué te pasa? —Fui al grano.

—Me he metido en un lío. —Soltó un suspiro sentándose en una silla frente a mí.

—Define lío —dije serio.

—Necesito dinero —susurró bajando la mirada.

—Pensaba que habías dejado de jugar. —Apreté la mandíbula.

—Y lo había hecho, yo... —Tragó saliva volviendo a mirarme—. No sé por qué volví a probar suerte y ya sabes, una cosa lleva a la otra y...

—Y tienes un marrón encima que no sabes cómo salir de él —aseguré porque no era la primera vez.

Había conseguido apartarla con mucho esfuerzo de ese mundo, porque en el fondo eran muchos años y le tenía cariño, pero me tocaba los cojones que hubiera vuelto a caer en lo que me prometió que no se repetiría cuando se vio amenazaba y tuve que solucionarle la situación en varias veces.

—No sé qué hacer, Luc.

3 —Me prometiste que se había acabado.

—Lo sé y así ha sido durante mucho tiempo, solo que necesitaba dinero y probé otra vez suerte, no sé cómo he vuelto a lo mismo otra vez. —Se le nublaron los ojos.

—Tendrías que habérmelo pedido a mí directamente antes de tentarte con lo mismo. —Negué con la cabeza reprimiéndola, incorporándome y yendo hacia el otro lado de la mesa para sentarme.

—¿Me vas a ayudar? —Tragó saliva.

Frené el movimiento de abrir el cajón, mirándola.

s

—Sabes que sí —aseguré apretando la mandíbula—. Igual de claro voy a ser ahora. —Apoyé los codos en la mesa. —. Es la última vez Eleonor ¿lo entiendes? Si te ves en apuros vienes a mí desde el principio, no de esta manera. a Espero que cierres del todo esa etapa de tu vida porque no voy a escucharte la próxima vez ¿he sido claro?

—Sí —asintió nerviosa—. Te prometo que he buscado otras alternativas antes de venir a ti, pero no tengo ninguna propiedad y no puedo poner en apuros a mi madre. Pedir un préstamo es impensable porque tengo deudas y no sabía qué más hacer.

—¿Cuánto?

—Quince mil. —Tragó saliva.

Levanté una ceja y negué desaprobando todo lo que estaba escuchando, aun así, acabé abriendo el cajón y sacando el talonario de cheques, preparando uno con la información que me había dado.

—Aquí tienes. —Lo arrastré por la mesa, levantándome—. Recuérdalo, la última vez.

—Gracias, Luc. —Tragó saliva incorporándose.

—Espero que te haya servido de escarmiento y te pares a pensar la próxima vez. —Me dirigí hacia la puerta, abriéndola.

Esperé a que se lo guardara y a que caminara hacia mí. Por mi parte no tenía nada más qué hacer ni decir, demasiado daba mi brazo a torcer por lo que representaba Eleonor.

—¿Puedo ver a Evelyn? —preguntó al salir al pasillo.

—Ahora no. A esta hora estará con la ducha, puedes pasar en otro momento. Llama a Aline y concreta con ella —respondí serio caminando hacia el salón.

—Está bien, es tarde ya. —Soltó un suspiro.

—No quiero acabar mal contigo, Eleonor. —Me giré hacia ella cortándole el paso.

—No te preocupes, lo entiendo —asintió—, demasiado haces por mí sin tener ninguna obligación —confirmó triste.

—Seguirás teniendo mi amistad si actúas bien, si no, dala por terminada —asegué.

^aSonó como quería, frío y cortante, para que se diera cuenta de la gravedad de sus actos y de que no dudaría en cerrar todas las puertas si había una próxima vez, lo que lamentaría por el recuerdo de mi hermana, pero que no dudaría en llevar a cabo llegado el momento.

^aSalimos al salón que en ese momento estaba vacío, escuchando las voces de Zac y Ebba procedentes del jardín, hacia dónde miré.

—¿Estás con ella verdad? —me preguntó Eleonor al salir a la calle.

—No es... —dije con el pomo en la mano.

—Ya, no es de mi incumbencia, lo sé. —Bajó la mirada hacia el suelo.

,

—No quería decir eso. —Cambié el tono de voz al verla así, porque no me gustaba la sensación que me dejaba—. Me refería a que no es algo de lo que me guste hablar, de mi vida privada me refiero.

—Lo sé, no tienes que darme explicaciones —me sonrió triste.

—Cuídate Eleonor y puedes ver a Evelyn siempre que quieras —asentí.

Con esas palabras se despidió dándome otra vez las gracias y desapareció montándose en su coche. Me quedé unos segundos en la puerta viendo cómo se alejaba, hasta que solté un suspiro y me dirigí hacia el jardín en el mismo instante en el que Glen aparecía preparado, lo que no tardaría en hacer Kevin.

Los dos tenían sus pisos, pero hacían más vida en mi casa teniendo hasta una habitación para ellos que en las suyas. Estábamos casi siempre pegados y era algo que siempre había sido así desde que de jóvenes nos independizamos y nos fuimos a vivir los cuatro juntos, incluyendo a Zac.

Ya os imagináis la unión que teníamos los cuatro, a la que acabó por sumarse Alan con el tiempo.

—Lo sé, no tienes que darme explicaciones —me sonrió triste.

—Cuídate Eleonor y puedes ver a Evelyn siempre que quieras —asentí.

Con esas palabras se despidió dándome otra vez las gracias y desapareció montándose en su coche. Me quedé unos segundos en la puerta viendo cómo se alejaba, hasta que solté un suspiro y me dirigí hacia el jardín en el mismo instante en el que Glen aparecía preparado, lo que no tardaría en hacer Kevin.

Los dos tenían sus pisos, pero hacían más vida en mi casa teniendo hasta una habitación para ellos que en las suyas. Estábamos casi siempre pegados y era algo que siempre había sido así desde que de jóvenes nos independizamos y nos fuimos a vivir los cuatro juntos, incluyendo a Zac.

Ya os imagináis la unión que teníamos los cuatro, a la que acabó por sumarse Alan con el tiempo.

Capítulo 24



Ebba

Intentando no reír estaba dentro del coche que conducía Zac, con Luc sentado en el asiento del copiloto y con Miriam a mi lado detrás. Glen y Kevin habían salido en otro para ir a buscar a Raisa a su casa, tal y como les pidió Luc cuando estuvieron arreglados.

A penas podía contener la risa por las locuras que mis amigas estaban escribiendo en el grupo mientras Erick conducía dirección a mi casa. Al final se habían apuntado todos, lo que no dudé porque sabía que no me dejarían sola. Incluido Erick, al que estaba deseando ver y abrazar porque hacía muchos días que no veía.

Les había pedido a las chicas que lo pusieran al tanto de todo lo que me había pasado, porque las pocas veces que había hablado con él por teléfono no había entrado en muchos detalles y todo se había dado tan rápido... alucinando tenía que estar mientras conducía llegándole toda la información de golpe por boca de Maira y Paula. Veía perfectamente la escena y sabía que llegaría con la cabeza como un bombo delante de mí.

Menudas vacaciones las mías, lo de buscar algún lugar para irme al final entre unas cosas y otras ni lo había vuelto a pensar. Quizás ahora que ya había pasado el último susto me decidiría a hacer una escapada, pero con la situación inesperada que estaba viviendo con Luc estaba por ver, quizás le proponía que me acompañara a algún lugar tranquilo.

¿Sería mucho atrevimiento? Miré por la ventanilla distraída metida en mis pensamientos y es que me encantaría que esa situación se diera, aparte también le vendría bien para desconectar de todo y alejarse por un tiempo, aunque fuera poco. Quién sabe, quizás me lanzaba a decírselo o lo mismo acababa por no hacerlo yéndome yo.

Zac aparcó a poca distancia del portal de mi casa y bajamos los cuatro.

—¿Quieres que le eche un vistazo a tu piso? —Me dirigí a Miriam.

Estábamos en el ascensor mirando hacia la puerta, con los chicos detrás de nosotras. Sus nervios eran más que

evidentes por el miedo de cruzarse con su padre.

—No —respondió rápido.

—Como quieras, pero no me importa hacerlo, para ver si todo está bien —aseguré.

—Bueno, tendría que ir a por cosas. No tengo ni pijama.

—Por eso no hay problema, te pones uno mío —sonreí—. Si no quieres ahora, podemos hacerlo mañana cuando llegue Alan, por si estás más tranquila con su presencia.

—Vale. —Me devolvió la sonrisa.

5 —Pues hecho —asentí—. No tengo ni idea de qué preparar de cenar —dije pensativa.

—No vas a hacer nada —habló Luc—. Traerán la cena Glen, Kevin y Raisa; les he escrito mientras veníamos.

—Al final el que invitas eres tú. —Negué con la cabeza.

—Tú pones la casa. —Me hizo un guiño.

Salimos del ascensor y varios jadeos salieron de Miriam y de mí al ver mi puerta toda rayada.

—Me cago en todo, desgraciado —solté con rabia.

—Tranquilas, todo suma —aseguró Zac serio, haciéndole una foto con el móvil—. Ahora aviso a Alan.

—¿Está cerrada? —Quiso saber Luc adelantándose para comprobarlo.

Lo estaba, así lo comprobamos cuando intentó girar el pomo y la puerta no se movió. Soltando un suspiro abrí comprobando que los daños no pasaban del exterior, soltando el bolso en el recibidor con rabia.

—Olvidate de lo que has visto. —Cogí de la mano a Miriam que estaba descompuesta por lo que implicaba el desperfecto.

—Ebba, lo siento. —Tragó saliva.

—Ni lo digas, el que lo va a sentir es quien lo ha hecho, créeme —aseguré convencida.

—Miriam no tienes de qué avergonzarte ni esconderte, cuando te veas con fuerzas puedes quitarte las gafas —le habló en tono bajo y suave Luc—. Sabemos lo que hay y ante nosotros no tienes que ocultarte, todo está bien, si a ti te parece bien.

—Puede que dentro de un rato. —Se frotó las manos, nerviosa.

—Cuando tú creas que es el momento —intervino Zac.

Nos sentamos en el sofá y no tardé en levantarme para ir a por algo de bebida mientras esperábamos a que llegara el resto.

—Esta cocina me trae buenos recuerdos. —Me sobresalté al sentir a Luc pegado a mi espalda.

—No fueron todos buenos. —Negué con la cabeza abriendo la puerta de la nevera.

—Déjame quedarme solo con lo que me interesa. —Se inclinó susurrándome.

—¿Qué es? —pregunté, aunque lo sabía.

—Tú, yo, nuestros labios besándose por primera vez. —Me apretó contra él rodeándome con un brazo.

—Me gusta ese recuerdo. —Tragué saliva al sentir su mano deslizarse de mi barriga hacia abajo, hacia una zona... —Luc...

—Shhh ¿qué tienes de beber? —me cortó, posando su mano en mi pubis por encima del pantalón, lo que provocó que de mi garganta saliera un suspiro pegándome a él hacia atrás.

—Mierda. —Reaccioné.

—¿Qué?

—No tengo para todos. —Hice un mohín.

—Normal, somos muchos de golpe. Ahora lo soluciono.

Sin apartarse de mí utilizó la otra mano que tenía libre, sacando el móvil y llamando a Glen, al que le pidió que trajera bebida de sobra, con la confirmación que pude escuchar de él de que eso estaba hecho.

—Ya está. —Se pegó más a mí.

—Pues... saco estas latas hasta que lleguen los refuerzos —susurré sintiendo mucho calor al notar su mano presionándome y acariciándome por encima de la ropa.

—No me has enseñado tu piso —susurró lamiéndome el lóbulo de la oreja y apresándolo entre los labios, girándome la cabeza besándome.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

—Que quiero ver tu piso. —Se separó de mí riendo, al ver mi expresión al no entenderlo.

—Ah, eso —negué intentando centrarme.

Con una sonrisa de medio lado asintió y con ayuda de él llevamos la bebida y los vasos al salón donde estaban Zac y Miriam, ante mi sorpresa conversando. Mis labios se curvaron por ese mismo motivo, porque Zac estuviera dando pasos acercándose hacia ella.

Comentándoles que iba a enseñarle el piso a Luc, ante la sonrisa traviesa de Zac, que intenté ignorar, los volvimos a dejar solos y nos perdimos por el pasillo los dos.

Y así le hice una ruta rápida por el piso enseñándole las pocas habitaciones y las divisiones que tenía en comparación a su casa, y eso que mi piso pequeño no era. Vamos, más o menos las normales en una vivienda: un baño y tres habitaciones, incluyendo otro baño dentro de la mía.

Atento a mis palabras miró cada estancia sin hablar, siguiendo la visita improvisada por cada una de ellas. Aproveché en la última parada cuando estuve en mi habitación para quitarme el calzado y ponerme cómoda ante su atenta mirada, y me dirigí hacia la puerta para volver al salón.

Hasta ahí llegué, solo me dirigí porque Luc enseguida evitó que diera un paso más tirando de mi mano, atrayéndome hacia él buscando mi boca mientras me rodeaba con los brazos.

—Pensaba que nunca llegarías aquí —dijo mordisqueándome los labios, haciéndome caminar hacia atrás hasta apoyar la espalda en la pared.

—¿A dónde?

—A tu habitación. —Levantó una ceja.

—Como si eso fuera un impedimento para ti. —Imité su gesto levantando una ceja porque no le había costado mucho acortar distancia en la cocina.

—No lo es —sonrió de medio lado—, pero tenía que ser aquí al estar más alejada. No quiero que te sientas incómoda porque te puedan escuchar cuando empieces a gritar.

—Pero ¿qué dices? —Agrandé los ojos provocándole una carcajada.

—Solo quería ponerte nerviosa. —Se apretó contra mí, haciéndome muy consciente de su excitación mientras ponía sus manos en mi glúteo—. No voy a sobrepasar ninguna línea por la situación que es, por ahora. Aunque poco me importaría cerrar la puerta ahora mismo y salir cuando estuvieran todos ya cenados.

No me dejó responder al volver a besarme, beso en el que puso la misma intensidad con la que sus ojos me miraban y sus manos me acariciaban por cada zona que pasaban. Me desmadejé entre sus brazos, con su calor, su olor y todo lo que me hacía sentir, notando cómo mis piernas se aflojaban cuando pasó una mano por delante, directa al botón del pantalón.

Aceleró el movimiento de sus labios sin descanso, movimientos que imité sintiendo cómo mi cuerpo reaccionaba a su contacto, con sensaciones que me calentaron y excitaron más cuando consiguió abrir el botón, bajando la cremallera internándose por dentro, acariciando el borde de mi ropa interior.

—Ni te imaginas las ganas que tengo de estar solos. —Apretó la mandíbula cuando tuvo el camino libre apartando la braga, llegando a mi zona íntima que palpitaba por su contacto.

El timbre de la puerta sonó y poco le importó sin cesar en su búsqueda, hasta que sus dedos apresaron mi clítoris provocándome un jadeo de placer que quedó amortiguado entre nuestros labios al besarnos otra vez.

—Estoy deseando tener esto para mí, con mucho, mucho tiempo para disfrutarlo —susurró acariciándome con los dedos mientras arrastraba la humedad que me había provocado.

Me mordí el labio inferior con ganas de echar a todos de casa en ese mismo momento. Temblando, así me dejó cuando se separó de mí y se llevó los dedos a la boca, chupándolos con una expresión traviesa. Tragué saliva pegada a la pared y con un guiño arregló mi pantalón, volviéndolo a cerrar como si no hubiera pasado nada.

—Hora de la cena. —Me cogió de la mano, tirando de mí—. Lo mejor será el postre.

—Espera —dije nerviosa porque se pudiera notar algo en mi expresión.

—No —respondió divertido.

—Oh, por favor —me quejé mientras tiraba de mí hacia fuera.

Ruborizada al saber que era evidente en mi cara lo que había pasado, me pasé la mano que tenía libre por la cara y el pelo, mirando de reojo hacia su pantalón, en el que su erección era evidente.

Solté un suspiro cuando se paró delante del baño del pasillo y me dio una palmada en el trasero para que entrara, haciéndome otro guiño.

—Luc... —Lo llamé cuando me daba la espalda—. Tú... —Señalé con la cabeza hacia abajo.

—No me importa. —Se encogió de hombros—. Por las voces son mis amigos, y no tengo ni una mínima duda de que sabrán cuando salga qué hacía dentro —rio.

—La madre que... ¿y ahora cómo salgo yo con esa información? —siseé nerviosa.

—Igual que yo, mírame —siguió riendo mientras abría del todo la puerta que separaba el salón, desapareciendo de mi vista.

—Mierda —dije escondiéndome en el baño, cerrando la puerta y apoyándome en ella.

o

Después de unos segundos me puse delante del espejo y pude comprobar lo que ya sabía. Estaba sonrojada y con la mirada vidriosa. Me coloqué la ropa bien que estaba en su sitio, pero con necesidad de retocarla vete a saber por qué. Al final opté por remojarme la cara y me senté en la taza del cuarto de baño secándome, soltando un suspiro.

—Venga Ebba, ¡qué más da! Cuanto más te retrases será peor. —Me animé levantándome.

Para mi tranquilidad cuando me reuní en el salón con todos nadie hizo ningún comentario ni miró hacia mí con palabras sin pronunciar. Tan normal fue que me relajé al instante volviendo a saludar a todos menos a mis amigos que aún no habían llegado, lo que no tardaría en suceder como comprobé en un mensaje de Maira que decía que llevaban un rato intentando aparcar.

—No —respondió divertido.

—Oh, por favor —me quejé mientras tiraba de mí hacia fuera.

Ruborizada al saber que era evidente en mi cara lo que había pasado, me pasé la mano que tenía libre por la cara y el pelo, mirando de reojo hacia su pantalón, en el que su erección era evidente.

Solté un suspiro cuando se paró delante del baño del pasillo y me dio una palmada en el trasero para que entrara, haciéndome otro guiño.

—Luc... —Lo llamé cuando me daba la espalda—. Tú... —Señalé con la cabeza hacia abajo.

—No me importa. —Se encogió de hombros—. Por las voces son mis amigos, y no tengo ni una mínima duda de que sabrán cuando salga qué hacía dentro —rio.

—La madre que... ¿y ahora cómo salgo yo con esa información? —siséé nerviosa.

—Igual que yo, mírame —siguió riendo mientras abría del todo la puerta que separaba el salón, desapareciendo de mi vista.

—Mierda —dije escondiéndome en el baño, cerrando la puerta y apoyándome en ella.

Después de unos segundos me puse delante del espejo y pude comprobar lo que ya sabía. Estaba sonrojada y con la mirada vidriosa. Me coloqué la ropa bien que estaba en su sitio, pero con necesidad de retocarla vete a saber por qué. Al final opté por remojarme la cara y me senté en la taza del cuarto de baño secándome, soltando un suspiro.

—Venga Ebba, ¡qué más da! Cuanto más te retrases será peor. —Me animé levantándome.

Para mi tranquilidad cuando me reuní en el salón con todos nadie hizo ningún comentario ni miró hacia mí con palabras sin pronunciar. Tan normal fue que me relajé al instante volviendo a saludar a todos menos a mis amigos que aún no habían llegado, lo que no tardaría en suceder como comprobé en un mensaje de Maira que decía que llevaban un rato intentando aparcar.

Capítulo 25



Luc

Nada más entrar en el salón todas las miradas recayeron en mí. Poco me importó, me sentía feliz a pesar de lo que tenía encima, y de esa manera caminé hacia donde estaban todos sentados y me sumé a ellos, echando alguna mirada que silenció los comentarios de varios de mis amigos que optaron por la mejor opción, no hacer ningún comentario.

A mí no me importaba porque tenía la suficiente confianza como para saber que detrás de las bromas y del cachondeo se alegraban por mí, pero lo que no quería era que Ebba se sintiera incómoda una vez llegara junto a nosotros. Ese fue el único motivo por el que los callé antes de que se lanzaran a hablar.

Mis labios se curvaron en el mismo momento en el que ella apareció, comprobando que cada uno fue a lo suyo como les había pedido en silencio, sin necesidad de pronunciarme.

La cena olía de vicio, quince minutos estuvimos esperando a que los amigos de Ebba aparecieran. Entraron por la puerta grande, y no es que la puerta tuviera unas medidas diferentes a las habituales, no, sino que entraron cantando y llenando de alegría el salón nada más hacerse presentes, captando la atención al instante de varios pares de ojos que se quedaron atontados al verlas.

Bueno esa entrada más bien la hicieron Maira y Paula, tal y como nos las presentó Ebba porque Erick entró con los ojos en blanco y negando con la cabeza intentando no reír detrás de ellas.

Después de los saludos y de entablar un poco de conversación, Erick se acercó con una sonrisa hacia Ebba quien lo recibió con los brazos abiertos. El abrazo que se dieron dejó más que clara la unión que tenían, al que no tardaron en unirse sus amigos quejándose de que ellas necesitaban más cariño que él.

Entre risas preparamos la mesa y nos sentamos para disfrutar de toda la variedad que quedó expuesta encima. Tenía todo una pinta estupenda y los comentarios positivos no tardaron en llegar, detalle que sabía de sobra porque le había pedido expresamente a Glen que fueran a mi restaurante favorito.

El vino no faltó en las copas; las risas y las bromas ocuparon gran parte de la velada queriendo olvidar y alejar todo lo malo esa noche. A lo que contribuyó Paula cuando estábamos degustando los postres, emocionada, relatándonos a la perfección el momento pancarta del concierto en el auditorio, haciéndonos saber quién fue la autora de esa idea ya que era tan grande que no conseguimos ver quién se escondía detrás de ella.

No pudimos parar de reír cuando todos sus amigos, incluida Ebba, en plan broma, se lanzaron hacia ella recordando ese instante ante las quejas y risas de Paula. Por parte de Erick en ese instante el asombro reflejó su cara mientras se dejaba llevar por el resto con carcajadas.

Disfrutamos como si nos conociéramos desde hacía tiempo, provocando la alegría en Ebba y en mí, por haber encajado todos a la perfección, al ser una parte tan importante de nuestras vidas. Más que eso fue lo que sucedió, conclusión a la que no me costó llegar conforme avanzó la noche. En resumen, podría decir que fue muy interesante en todos los sentidos.

Para tranquilidad de todos, aunque nadie lo hiciera notar por respeto a Miriam, antes de sentarnos a cenar encontramos las fuerzas para desprenderse de las gafas de sol. Ninguno hizo ningún comentario, como si no pasara nada, aunque sabía, de eso no tenía duda, de que a más de uno se le giró el estómago por la imagen que nos mostró.

Tan normal lo hicimos que, a pesar de su reticencia y vergüenza al quitárselas, enseguida se relajó al ver que nadie le prestó atención a ese gesto, ni siquiera los amigos de Ebba que por lo que me susurró ella en un momento dado, solo habían intuido algo desde que les escribió anulando los planes para ese día, por cómo se presentó Miriam en su casa, sin saber ninguno de ellos hasta qué punto llegaba la gravedad y las evidencias en la cara de Miriam.

De esa manera estuvimos relajados y creamos un ambiente tranquilo y normal, como si todos estuviéramos perfectos y no lleváramos sobre nuestras espaldas el peso que cada uno soportaba.

No me habían pasado desapercibidos varios cruces de miradas y varios roces sin intención encima de la mesa al coincidir al coger algo de ella, provocando gestos que habían delatado a más de uno con carraspeos y rubores incluidos. Toda una sorpresa el conjunto de esa noche, donde algunos optaron por comentarios para buscar la lengua de quien querían llamar la atención, como fue el caso de Raisa que no perdió oportunidad para poner en la cuerda floja a Erick, el que recibió sus comentarios al principio con cara de interrogación, para terminar la noche divertido y entrando al trapo con cada movimiento de ella.

En la mesa pareció que todo encajó a la perfección pillando a más de uno por sorpresa, incluyendo a Zac que le costó, pero al final acabó aceptando su debilidad y protección hacia Miriam por la que estuvo todo el tiempo pendiente de que no le faltara de nada.

Sorpresas que da la vida, pensé en ese momento, divertido mientras me recostaba en la silla antes de levantarnos y pasar al sofá y a los cojines que pusimos en el suelo para alargar la noche. Sorpresas porque a parte de lo más

evidente como ya he comentado, Glen y Kevin protagonizaron algunos instantes también, con los que nos hablamos con la mirada en varios momentos puntuales, sabiendo muy bien lo que a cada uno le rondaba en la cabeza.

La velada se alargó pasada la una de la madrugada, disfrutando de varios cócteles con la bebida que trajeron mis amigos, cócteles que preparó Kevin, que para eso lo dominaba a la perfección y no dejó que nadie le ayudara.

Al tercer bostezo que vimos y por los que nos reímos comentando que estábamos rodeados de la tercera edad, pusimos fin a esa noche entre abrazos, besos y despedidas.

Poco a poco fueron saliendo de casa de Ebba, mientras yo me mantuve sentado cómodo en el sofá al lado de Miriam, sin intención de levantarme para irme. Mis planes eran otros, siempre y cuando a ella le parecieran bien, aunque algo me decía que no dudaría en su respuesta por cómo se había dado la noche, donde las caricias por debajo de la mesa, las miradas cómplices y porque no, la excitación a la que la había vuelto a llevar ante su cara de querer fulminarme al hacerlo rodeados de todos sin que se dieran cuenta, había subido todos nuestros niveles y ¿estábamos esperando ponerle remedio cuanto antes.

—Ya está. —Se dejó caer en un sillón Ebba al cerrar la puerta por última vez.

e—Ha ido muy bien la noche ¿no? —Dejé caer.

,
—Yo me lo he pasado muy bien —sonrió Miriam.

—Me alegro —respondí devolviéndole el gesto los dos.

—Yo mejor me voy a la cama, estoy cansada. —Se incorporó Miriam.

—Por mí no lo hagas, podemos estar aquí un poco más —sugerí para que no se sintiera incómoda.

—Gracias, Luc, pero ha sido un día duro y necesito tumbarme. —Me miró agradecida.

—Ven, te doy un pijama. —Se levantó Ebba—. Si quieres ducharte o lo que necesites... como si vivieras aquí, no hace falta que te lo diga.

Sus últimas palabras las escuché en un murmullo al perderse las dos por el pasillo. Dejé caer la cabeza hacia atrás cerrando los ojos. Sí que había sido un día duro y largo, tenía la sensación de que con más horas de las habituales. La noche anterior apenas había dormido y en el vuelo de regreso no había podido cerrar los ojos al no dejar de darle vueltas a la cabeza, y después todo había ido en cadena sin frenar hasta ese momento, en el que agradecí por unos segundos la relajación y el silencio.

Abrí los ojos y me incorporé del sofá cuando dejé de escuchar las voces de las chicas. Ni mucho menos mi intención era terminar la noche en el sofá y menos solo. Caminé despacio y en silencio por el pasillo, directo hacia la habitación de Ebba, la que iluminaba el pasillo.

Me apoyé en el marco de la puerta sonriendo, viendo cómo se masajeara el cuello, distraída, mientras iba hacia la cómoda y sacaba lo que supuse que sería su pijama, y así me lo mostró cuando se giró hacia mí sobresaltándose al no esperarme y el pijama fue directo al suelo al caérsele de las manos.

—Vaya, no esperaba esa reacción —dije divertido—. ¿Molesto?

—No, no es eso... solo que no esperaba encontrarte aquí, pensaba que estabas en el sofá.

—¿Y qué hago allí solo y sin ti? —Sonreí de medio lado caminando hacia dentro, cerrando la puerta.

—No iba a tardar, solo quería ponerme cómoda —negó divertida.

—No podía esperar más tiempo para hacer esto —dije llegando frente a ella y rodeándola con los brazos, buscando sus labios.

El primer contacto fue calmado, degustándonos sin prisas mientras la impulsaba para que me rodeara con las piernas, lo que no tardó en hacer encajando a la perfección con mi cuerpo. Ya no había marcha atrás, los dos lo sabíamos y más cuando intensificamos nuestro contacto y nuestras bocas se fundieron en la del otro, besándonos con la desesperación que sentíamos a esas alturas mientras nuestras lenguas jugaban entre ellas y salían al encuentro una y otra vez caldeando más el ambiente.

—¿Estás muy cansada? —pregunté cuando nos separamos, intentando llenar los pulmones de aire.

—No creo que más que tú que has vuelto de viaje y por todo lo que has pasado —aseguró llevando las manos a mi pelo, haciéndome soltar un suspiro del gusto que me dio al masajearme la cabeza.

—Pues entonces puedes resistir un asalto como mínimo. —Abrí los ojos encontrándome con los suyos brillantes.

—¿Nos vamos a poner a pelear? ¿Esa es tu idea para esta noche? —susurró mordiéndose el labio inferior, el que lamí en cuanto lo soltó.

—Te voy a enseñar la idea de asalto que tengo en mente ahora mismo —respondí curvando los labios, apretándolos contra mí mientras volvía a apoderarme de sus labios.

Necesidad, eso es lo que me hacía sentir, una necesidad que me traspasaba y que me desesperaba queriendo ponerle remedio sin descanso. Mi miembro erecto y apretado contra el pantalón estaba totalmente de acuerdo conmigo, así me lo hizo saber cuando la tumbé en la cama dejándome caer encima de ella con cuidado, dándome una sacudida para meterme prisa y tomar protagonismo.

Pero eso era lo que menos quería en ese momento, tener prisa por perderme en las sensaciones que sabía que iba a sentir una vez traspasara el límite que me llevaría a estar dentro de Ebba y fundirnos con nuestros cuerpos. Antes tenía otros planes, que empecé a llevar a cabo en cuanto me incorporé, quedando de rodillas mientras ella no apartaba la mirada de la mía, tumbada e inquieta por la necesidad que me transmitía.

Con una sonrisa de medio lado agarré el bajo del jersey que llevaba, el que desapareció rápido de su cuerpo, dándome una visión perfecta de su piel y de sus curvas. Me incliné hacia ella para buscar su calor, besando y lamiendo cada parte de su cuerpo con las que mi boca hizo contacto, hasta llegar a la curva de sus pechos que aún seguían tapados por un encaje que en ese instante se me antojó un estorbo y corrió la misma suerte que el jersey en pocos segundos, desprendiéndome de él.

Con los ojos encendidos por el placer al ver esa parte expuesta ante mí, no me contuve al agarrarlos y masajearlos llevándome los pezones erectos a la boca, llegando a cada parte sensible, provocando que varios suspiros salieran de su garganta removiéndose inquieta por las sensaciones que le provocaba cada uno de mis movimientos.

«Despacio», me repetí varias veces mientras mis manos y mis labios bajaban sin dejar de mirarla a los ojos, hasta que llegué al borde del pantalón. Necesitaba tenerla desnuda completamente ante mis ojos y eso precisamente hice al desabrocharle el botón y bajar la cremallera, tirando de ellos llevándome por el camino su ropa interior.

—Preciosa —dije con voz ronca arrodillado frente a ella, mientras mis manos le abrían las piernas dejándola más expuesta ante mí.

Sus mejillas se cubrieron de rubor sin perderse detalle, un gesto que la hizo más encantadora ante mis ojos mientras me debatía hacia qué parte mirar porque cada rincón de su cuerpo tiraba de mí de una manera... excitada y a punto de reventar, así estaba a esas alturas notando como mi ropa interior se humedecía por las gotas de placer que se escapaban de mi miembro. Lo sentía explotar de la tensión mientras le acariciaba las piernas abriéndolas más, sin dejar de mirar hacia esa zona rosada, inflamada y mojada que tenía a pocos centímetros de mí.

Me dejé caer encima de ella hambriento mientras una de mis manos le acariciaba su zona íntima, de punta a punta memorizando cada pliegue y cada forma con mi tacto, hasta llegar a su clítoris excitado, el que no tardé en frotar provocándole un jadeo.

Curvé los labios encontrándome con su mirada vidriosa y encendida, la misma que debía tener yo a esas alturas. La quería ver enloquecer, quería que perdiera el control de ella misma y a eso me dediqué durante unos minutos mientras mis dedos le proporcionaban placer y mi boca besaba cada rincón cerca de esa zona que estaba deseando

probar.

Me tomé mi tiempo llevándola al límite, notándola nerviosa removiéndose en la cama porque mis labios pasaban demasiado cerca lamiéndola, aspirando su aroma, impregnándome de él, pero sin llegar a posar mis labios donde necesitaba.

—¿Ansiosa? —pregunté divertido sin que se pudiera estar quieta.

—¿A ti qué te parece? —Soltó un bufido ansioso que me hizo reír.

—¿Dónde quieres que pose mis labios? —Me incorporé quedando de rodillas delante de ella, contradiciendo a mi impulsos.

—¿En serio? —Agrandó los ojos.

—Y tan en serio. —Curvé los labios—. Dime, ¿quieres que te bese aquí? —La acaricié dos dedos más arriba del clítoris—. ¿O prefieres que baje hasta aquí? —Lo cogí entre varios dedos masajeándolo, frotándolo, provocando que se pusiera en tensión—. Y siga hasta aquí. —Arrastré sus fluidos llenándome los dedos con ellos en un recorrido hacia el lugar que no tardaría en ocupar y llenar mi miembro.

—Joder, haz todo el recorrido y cállate ya. —Soltó un bufido, desesperada mientras mi mano se movía en esa zona, y mis dedos entraban dentro de ella imitando el movimiento que estaba deseando hacer.

Solté una carcajada sin frenarme, sin desatender ese botón que cada vez se me antoja más y sobresalía dándome la bienvenida, mientras con mis piernas hacia presión entre las suyas para que no las cerrara. No tenía intención de perderme ningún detalle y con solo con ver lo húmeda y resbaladiza que estaba...

Hasta ahí llegué, justo en ese instante me lancé hacia ella haciendo contacto con mi boca, mezclando su esencia con mi saliva mientras me apoderaba de toda su zona íntima. Me agarró del pelo en un intento desesperado provocando que me afanara más en todo el placer que le daba.

El orgasmo no tardó en llegarle, el que acogí con movimientos acelerados, hasta convertirlos en más pausados al sentir como su cuerpo se relajaba encima de la cama.

Satisfecho me incorporé relamiéndome los labios, saboreándola el máximo tiempo posible, gesto del que no perdió detalle. Me arrastré hacia atrás, poniéndome de pie junto a la cama y empecé a quitarme la ropa despacio bajo su atenta mirada, dándole el tiempo que necesitaba.

Una puñetera locura que se estaba haciendo realidad, eso es lo que pensé mientras me deshacía del bóxer y mi

miembro saltaba hacia arriba, duro y mojado por la excitación que llevaba tiempo reteniendo.

Sus ojos me miraron a conciencia, al igual que yo hice con los míos mientras en mi interior daba palmas porque había llegado el momento que llevaba tanto tiempo alargando y deseando disfrutar.

—¿Todo bien? —le pregunté con toda la intención, mientras llevaba una mano a mi miembro y me lo apretaba, acariciándome y moviendo mi mano sobre él.

—Sí —susurró removiéndose ante la visión que le ofrecía, incorporándose.

Se acercó hasta mí arrastrándose, hasta quedarse en el filo a pocos centímetros mientras mi mano no dejaba de moverse aplacando un poco la necesidad al verla de esa manera y el significado que sus ojos me transmitían.

Con la mano libre que tenía, la agarré por detrás del cuello y la levanté atrayéndola hacia mí, fundiéndonos en un beso intenso y desesperado mientras ella se aferraba con fuerza a mis hombros.

—Olvídate de eso —susurré cuando me separé.

—¿De qué? —Quiso saber traviesa—. ¿De esto? —Llevó su mano a mi miembro, acariciándome el glande y arrastrando la humedad que salía de él.

Apreté la mandíbula con fuerza sintiéndome al límite y asentí serio. No, su pensamiento sería para otro momento, para el día siguiente o para cuando se diera, aunque me costó reafirmarme en esa decisión cuando su mano jugó conmigo, resbalando y humedeciéndose con mi esencia.

Aparté la mía y la agarré de la cara con las dos, besándola desesperado. Ansioso corté el momento empujándola hacia atrás, tumbándola otra vez sobre la cama. Curvé los labios por el mohín gracioso que hizo al quitarle sus intenciones, pero yo tenía una cosa clara y no tardé en cogerla de las piernas y arrastrarla hasta el filo de la cama, dejándola en la posición perfecta para entrar de golpe dentro de ella.

Eso precisamente hice provocando que de nuestros labios salieran varios jadeos de placer. A partir de ahí perdí la cordura y fui implacable en mis movimientos, manejándola como necesitaba mientras entraba y salía de ella sin descanso, sintiendo su calor rodearme y su humedad mezclarse con la mía.

Y la puta necesidad loca de ella que no cesaba, eso es lo que sentía mientras le abría las piernas viendo como mi miembro se perdía en su interior y me acogía, sintiendo la presión de ejercía en mí. Con la mandíbula apretada y queriendo postergar todo lo que pudiera ese momento, negándome a que terminara perdido en todas las sensaciones y visión que me regalaba.

—Ábrete con una mano y tócate, quiero verte —le pedí entre jadeos, con la respiración desacompasada sin perder el compás de mis movimientos.

Mis ojos siguieron el movimiento de sus manos, mientras que con una abría más su zona dándome una visión perfecta y la otra se acariciaba rápido y sin descanso por la desesperación que estaba volviendo a sentir.

No sé el tiempo que pasó, demasiado poco para mi gusto, aunque no fuera realmente así, hasta que un orgasmo intenso la atravesó, del que no perdí detalle mientras echaba la cabeza hacia atrás desesperada. Eso fue todo lo que necesité para que varios minutos después mi miembro se dejara llevar, corriéndome y descargando todo mi placer

Como único sonido nuestras respiraciones alteradas, la mejor melodía que podíamos ponerle al final de la noche, así nos tumbamos en la cama, cómodos y relajados mientras la acogía entre mis brazos y nos besábamos calmados.

Se había abierto la veda, tenía mucho que disfrutar y probar junto a ella hasta que su vergüenza, la que había visto en algunos momentos, desapareciera. Y lo conseguiría, solo necesitaba un poco más de tiempo para que se dejara llevar del todo me dije sonriendo, viéndola bostezar aferrándose a mí.

Paz, esa fue la sensación que me recorrió el cuerpo y la mente. Era lo que Ebba provocaba en mí haciéndome olvidar todo lo demás, demasiado, a lo que no pensaba renunciar.

—Ábrete con una mano y tócate, quiero verte —le pedí entre jadeos, con la respiración desacompasada sin perder el compás de mis movimientos.

Mis ojos siguieron el movimiento de sus manos, mientras que con una abría más su zona dándome una visión perfecta y la otra se acariciaba rápido y sin descanso por la desesperación que estaba volviendo a sentir.

No sé el tiempo que pasó, demasiado poco para mi gusto, aunque no fuera realmente así, hasta que un orgasmo intenso la atravesó, del que no perdí detalle mientras echaba la cabeza hacia atrás desesperada. Eso fue todo lo que necesité para que varios minutos después mi miembro se dejara llevar, corriéndome y descargando todo mi placer.

Como único sonido nuestras respiraciones alteradas, la mejor melodía que podíamos ponerle al final de la noche, así nos tumbamos en la cama, cómodos y relajados mientras la acogía entre mis brazos y nos besábamos calmados.

Se había abierto la veda, tenía mucho que disfrutar y probar junto a ella hasta que su vergüenza, la que había visto en algunos momentos, desapareciera. Y lo conseguiría, solo necesitaba un poco más de tiempo para que se dejara llevar del todo me dije sonriendo, viéndola bostezar aferrándose a mí.

Paz, esa fue la sensación que me recorrió el cuerpo y la mente. Era lo que Ebba provocaba en mí haciéndome olvidar todo lo demás, demasiado, a lo que no pensaba renunciar.

Capítulo 26



Tres semanas más tarde...

Envuelto en la música que resonaba por toda la casa, mis dedos acariciaban las teclas del piano, dejándome llevar y sintiendo todas las emociones que me transmitía al interpretar la canción que había compuesto pensando en Ebba, la misma que aún no conocía ella y que en ese momento estaba disfrutando Evelyn sentada en el sofá sin dejar de observarme, embelesada porque le encantaba verme tocar, especialmente el piano.

Era la tercera vez que la tocaba por petición suya, hasta se había aprendido gran parte de la letra. Mientras acompañaba a la melodía cantando, tenía claro que sería con la que abriría los conciertos cuando pudiera volver a un escenario. Esa misma noche tenía pensado dedicársela en la intimidad a Ebba, cuando la recogiera del trabajo y la trajera hasta aquí.

Y estaba deseando que eso sucediera, desde nuestra primera noche juntos la relación entre los dos había ido sobre ruedas, sin calificarla de ninguna manera, pero al menos por mi parte, ese era un detalle sin importancia porque tenía muy claro lo que estábamos creando.

Los pocos días que había disfrutado acompañándola en sus vacaciones, me habían servido para quitarle todas las dudas y temores, demostrándole hasta dónde estaba dispuesto a llegar y lo en serio que iba. Curvé los labios recordando ciertos instantes de aquellos días, en los que la tuve de todas las formas y posiciones sin interrupciones.

«Frena ya», me dije cerrando los ojos mientras dejaba de cantar la última parte de la canción debido a esos pensamientos, sin dejar de acariciar el piano poniendo a mis recuerdos el ritmo, que le venía que ni pintado, a cada uno de ellos.

Me obligué a apartar de mi mente todo cuando la última cuerda vibró en el aire, por la excitación que había empezado a hacerse muy presente apretándome el pantalón, detalle que no me importaba, pero sí lo hacía el tener a Evelyn detrás de mí, emocionada y esperando a que terminara.

—Fin —dije por tercera vez, girándome hacia ella sin levantarme.

—Oh, otra más, por fi. —Dio varias palmas.

—No te cansas nunca —reí cogiéndola entre los brazos cuando se levantó y llegó hasta mí.

—Es que es muy bonita. —Me abrazó sonriendo.

—Lo es —respondí distraído tocando varios acordes con una mano.

—¿Es para tu novia? ¿Para Ebba? —dijo con una risilla.

En el tiempo que llevábamos juntos la pequeña había conseguido su propósito, que no era otro que acercarse a Ebba, por la que a esas alturas sentía un gran cariño, el que sabía que era mutuo por ambas partes. Poco tiempo necesitaron para ponerse al día y congeniar a la perfección.

—¿Por qué piensas eso? —Intenté no reír.

—Porque a mí me hiciste una, ella debe tener otra y esta habla del amor de adultos —razonó.

y

—Bueno, tengo muchas canciones que hablan de ese amor.

—Pero esta es nueva y más bonita —aseguró—. Tiene que ser para ella, para que no se ponga triste.

—No es para ella, es por ella —confirmé captando su atención.

—Oh, cuando la escuche seguro que siente esas mariposas haciéndole cosquillas en la panza. —Se lanzó a mi cuello emocionada.

—Espero que las sienta en más momentos —reí—, pero no es un mal pensamiento. Sí, yo también lo espero. —Le di un beso en la cabeza—. Mañana te lo diré. —Le hice un guiño.

a

—¿El qué? —Ladeó la cabeza.

—Si ha sentido esas cosquillas que dices.

—No puedes hacerla reír. —Se cruzó los brazos seria—. Pierde todo el romanticismo.

—Pero bueno, ¿y qué sabes tú de romanticismo? —reí contagiándola, buscándole las cosquillas, literalmente.

—Yo no sé nada, no sé nada. —Se escapó de mi agarre riendo.

—Eso pensaba, y que no me entere yo de que, como mínimo, hasta los veinticinco años sabes algo de eso. —
Levanté una ceja.

—Pues me gusta un chico de mi clase. —Me sacó la lengua.

—¿Cómo? —Me incorpore haciéndome el sorprendido.

—No te preocupes tito, no te lo voy a presentar como tú a Ebba —asintió concentrada—. Tampoco me gusta tanto
—dijo pensativa, haciendo un gesto con la mano—, solo que hace poco se acercó a mí y me dijo que si quería ser
su novia, que le gustaba.

—¿Y tú que le dijiste? —Me crucé de brazos.

—Que vale, no sabía qué decir. —Se encogió de hombros—. Pero será una relación de esas abiertas, los dos
podemos hablar con otros amigos —asintió decidida.

—Ya veo. —Reaccioné serio—. Lo quiero mañana aquí, tengo que conocerlo y dejarle las cosas claras —aseguré

—Sus padres no lo dejan salir durante la semana, con el cole. —Formó una o con los labios, sorprendida.

—Pues el fin de semana. —Levanté una ceja.

—Huye pequeña —dijo Glen riendo a mi espalda—. Corre yo te cubro.

Con un pequeño grito Evelyn dio un salto y salió corriendo, subiendo las escaleras. Aguanté todo el rato serio,
hasta que supe que ya no me escuchaba ni veía y solté una carcajada uniéndome a la de Glen.

—Vas a sudar mucho con ella —negó divertido Glen sentándose en el sofá.

—No me preocupa —sonreí mirando hacia donde se había ido—. Tengo mis métodos. —Acabé riendo.

—¿Estás más tranquilo? —me preguntó.

—Tampoco ha sido para tanto, hombre. Que tiene ocho años. —Puse los ojos en blanco.

—No me refiero a Evelyn —rio—. Me refería a la llamada de Alan de esta mañana —comentó serio.

Esa mañana había recibido una llamada de Alan, sí, y no tendría que sonar raro porque hablábamos a menudo. A lo que se refería Glen era al significado de lo que me había dicho esa vez...

—Ey, ¿qué pasa? —dije nada más descolgar.

—Creo que estoy acortando el cerco, Luc —me respondió.

—¿Qué quieres decir? —Dejé de prepararme el café en ese momento.

—Creo que intuyo por dónde tirar, pero no me preguntes todavía, necesito asegurarme de que voy por buen camino.

—No jodas —dije moviéndome nervioso.

—Ten paciencia, más tarde te llamo.

Esa fue la breve conversación y todavía no había recibido otra llamada por su parte y yo no había querido insistir por si estaba ocupado en otros asuntos, porque su trabajo no era el de estar detrás de una mesa.

—Todo lo tranquilo que puedo estar —le respondí a Glen sentándome a su lado—. El ansia me puede por saber a qué se refería. —Negué con la cabeza.

—Es normal. —Me apretó un hombro—. Ya verás como pronto se acaba toda esta pesadilla, tío.

—Eso espero, necesito volver a la normalidad. —Solté un suspiro.

—Tampoco te puedes quejar mucho, estás aprovechando el tiempo con Ebba que da gusto —sonrió.

—Y lo voy a seguir haciendo —reí levantándome—, ahora mismo voy a por ella a su trabajo.

—Me parece perfecto, te acompaño. —Se puso a mi lado.

—¿Y eso por qué? —Levanté una ceja.

—No es que me guste hacer de sujetavelas —rio cuando esquivó mi mano—, pero no quiero que salgas solo —

terminó serio.

—No me va a pasar nada —negué sonriendo.

—Que no tío, ya sabes en lo que insiste Alan. —Se cruzó de brazos.

—No seas pesado, solo será un momento Glen. Voy y vuelvo rápido, ni siquiera voy a bajarme del coche y le diré a Ebba dónde la espero.

Me miró durante unos segundos pensando en si seguir insistiendo, colarse directamente en mi coche o darme un poco de espacio. Al final la última opción ganó cuando soltó un suspiro, alejándose hacia el estudio de grabación.

—Una hora te doy, sino salgo a por ti —dijo caminando, dándome la espalda.

—Voy a tardar un poco más —sonreí agradecido, lo que vio al volver a girarse para seguir hablando.

—Envíame un mensaje cuando ya estés con ella y vengas de vuelta, sé cuánto vas a tardar —me pidió y asentí.

—Gracias.

—No te pongas moñas y ni lo digas tío. Ahí te quedas, no me despido porque en nada estarás aquí.

—Así será —confirmé decidido.

Me dirigí hacia las escaleras pensativo, pero enseguida borré todo de mi cabeza y empecé a prepararme, desprendiéndome de la ropa y yendo directo hacia la ducha, la que me di rápido. Listo para salir, con el tiempo suficiente para llegar con tiempo de sobra y sorprender a Ebba, cogí la llave del coche y me dirigí hacia él sin demora.

Una fina lluvia empezó a caer mientras circulaba, un detalle insignificante que lo único que supuso fue atascos en las carreteras principales, de las que salí en cuanto pude para no quedarme parado.

Me dirigí hacia una carretera secundaria, la que me retrasaría unos veinte minutos, pero comprobando la hora iba con tiempo suficiente. Hubiera acertado más cogiendo por la carretera de montaña, la misma en la que tuve el accidente de moto. No es que la evitara porque había pasado varias veces por ella; la primera vez después de lo que me sucedió, siguiendo al coche de Ebba el día que tuvimos nuestro primer contacto cara a cara, mientras me llevaba a su casa. Pero preferí no tentar a la suerte porque la lluvia y esa carretera como que no me traían buenos recuerdos, mejor dejarla para días soleados.

Tardaría un tiempo en cambiar de opinión, pero teniendo otras vías alternativas acababa dejando apartada esa opción por el momento. Aún tenía muchos vacíos en mi memoria, me llegan de vez en cuando flashes de imágenes como si pasara las fotografías del móvil.

Lo que sí seguía teniendo muy presente fueron las sensaciones y todo lo que sentí cuando mi cuerpo quedó a la intemperie en el suelo, sin poder moverme y algunos de los golpes que recibí, chocando con todo lo que me encontré a mi paso. Poco más, porque enseguida perdí el conocimiento y mi siguiente recuerdo fue despertar en una cama, atontado y con la visión de Ebba a mi lado.

Por el espejo retrovisor vi a un coche adelantar a varios que iban por detrás, pegándose a mi culo esperando la oportunidad para adelantar. En otro momento hubiera ido más rápido, pero ni tenía prisa, ni las condiciones estaban como para sobrepasar ningún límite como hacía el de atrás.

En cuanto el camino quedó despejado en sentido contrario lo miré contrariado, viendo como perdía la oportunidad. Tan concentrado estaba en él, que no me di cuenta de lo que sucedió justo enfrente de mí.

Tardaría un tiempo en cambiar de opinión, pero teniendo otras vías alternativas acababa dejando apartada esa opción por el momento. Aún tenía muchos vacíos en mi memoria, me llegan de vez en cuando flashes de imágenes como si pasara las fotografías del móvil.

Lo que sí seguía teniendo muy presente fueron las sensaciones y todo lo que sentí cuando mi cuerpo quedó a la intemperie en el suelo, sin poder moverme y algunos de los golpes que recibí, chocando con todo lo que me encontré a mi paso. Poco más, porque enseguida perdí el conocimiento y mi siguiente recuerdo fue despertar en una cama, atontado y con la visión de Ebba a mi lado.

Por el espejo retrovisor vi a un coche adelantar a varios que iban por detrás, pegándose a mi culo esperando la oportunidad para adelantar. En otro momento hubiera ido más rápido, pero ni tenía prisa, ni las condiciones estaban como para sobrepasar ningún límite como hacía el de atrás.

En cuanto el camino quedó despejado en sentido contrario lo miré contrariado, viendo como perdía la oportunidad. Tan concentrado estaba en él, que no me di cuenta de lo que sucedió justo enfrente de mí.

Capítulo 27



Ebba

—Aquí tiene, que tenga buena estancia. —Le di la llave de la habitación a un cliente, sonriendo.

El tiempo había volado, literalmente y por mi parte había vuelto a la rutina y al trabajo. Al final acabé diciéndole : Luc mis planes antes de que mis vacaciones se terminaran. No es que necesitara escaparme durante unos días porque se dieron tantos cambios en mi vida, que ni tuve tiempo para pensar en ello, pero me apetecía desconectar y así se lo hice saber.

Recibió la idea encantado y animado, y no se debió a la sesión de sexo matutina que mantuvimos instantes antes, la mañana que despertamos después de nuestra primera noche juntos. Realmente vi en su expresión que le emocionó el poder alejarse unos días.

Una escapada de cuatro días a una zona de playa, tranquilos, porque ya había terminado la época de más aforo en los hoteles. Felices, así puedo resumir esas minivacaciones donde disfrutamos de nuestra compañía conociéndonos mejor, como cómplices: el mar, el sol y la arena, donde pasábamos bastante tiempo, siempre que no nos encerrábamos en la habitación y poníamos el cartel de no molestar o nos decidíamos a pasear por el pueblo.

Volvimos relajados y con fuerzas renovadas para encarar todo lo que estuviera por llegar. Intenté por todos los medios que no pensara en el problema que tenía, ya que, inconscientemente, a veces se quedaba demasiado pensativo distanciándose de mí.

De lo más normales eran sus reacciones y que por desgracia hasta que no lo solucionaran no podría respirar tranquilo y dejar de darle vueltas a la cabeza. Alan seguía investigando, acortando la búsqueda, pero los pocos datos de los que disponía no le facilitaban la tarea para hacerlo más rápido, a pesar de que siempre se mostraba positivo ante nosotros.

Y ahí estaba, metida ya de lleno en mi trabajo, pero con la cabeza sin poderme centrar del todo y deseando que

llegara la hora de salir de mi puesto para dirigirme hacia la casa de Luc, donde me había insistido varias veces por mensajes que me esperaba, quejándose de que estaba aburrido y poniendo caras tristes.

No era del todo real, lo sabía de sobra y por ese motivo reía cada vez que le contestaba a esos mensajes. Estaba entretenido con su música y los chicos a ratos, y habían conseguido avanzar mucho en el nuevo álbum que, si todo iba como hasta ahora, vería la luz antes de volver a subirse todos a un escenario.

—Hola preciosa. —Escuché la voz de Mauro a mi espalda y me giré sonriendo.

—Hola. —Le devolví el saludo.

—¿Cómo está Luc? —Se apoyó a mi lado.

Él había estado fuera durante todo el día por trabajo y esa fue la primera vez que nos vimos. Su pregunta se repetía cada vez que hablábamos desde que le conté que estaba con él, interesándose por saber si seguía todo bien ^adespués de su último accidente. Lo diré de esa manera, accidente del que Mauro no sabía a qué fue debido ni lo que había detrás, así me lo había pedido Alan para que solo nuestro círculo más cerrado supiera la realidad.

La expresión de su cara cuando le dije que estaba con Luc fue entre la sorpresa y la tristeza, detalle que no supo ocultar. Me supo mal, pero él mejor que nadie sabía que entre nosotros no podía haber nada, por el simple hecho de que yo no sentía de la manera que lo hacía él.

Fue solo el primer día por la impresión, después pasó a ser todo tan normal como siempre, con nuestras bromas y buen trato como estábamos acostumbrados. Algo de lo que me alegré, porque lo que menos quería hubiera sido hacerle daño, por el cariño que le tenía y por nuestra amistad.

—Muy bien —respondí.

—Me alegro. Menos mal que he llegado a tiempo antes de que te vayas, llevo un día de no parar... —Soltó un bufido—. Necesito las últimas facturas, estoy tratando con un proveedor nuevo y quiero comparar los precios.

—¿Te las mando por mail o las quieres en mano?

—Por mail está perfecto. —Me hizo un guiño—. Envíamelas y ya cierras el día.

—Quedan veinte minutos para que acabe mi turno —negué divertida.

—Pues cierras el ordenador y te acomodas en la silla mirando hacia el frente —rio—. No desobedezcas al jefe porque si no, mañana te pongo trabajo extra. —Levantó una ceja.

—No hay más que hablar, como si tengo que sacar ahora mismo mi kit de uñas y me pongo a arreglármelas — respondí rápido.

—Eso pensaba. —Soltó una carcajada alejándose—. Ebba. —Me llamó cuando ya no lo miraba.

—¿Sí? —Giré hacia él.

—Me alegro de verte así —comentó serio.

—¿Así? —pregunté sin entender a qué se refería.

—Feliz. —Me hizo un guiño—. Al menos no me has sustituido por uno de la calle, qué mínimo que, por alguien famoso, no merezco menos —rio provocándome una sonrisa de cariño.

—Gracias, Mauro —asentí—. No iba a apostar por menos, pusiste el listón muy alto amigo —remarqué divertida, siguiéndole la broma.

Soltando una carcajada que me contagié, se alejó y me dejó sola. Seguí sonriendo mientras terminaba lo que tenía a medias, sin tardar en cerrar todas las ventanas del ordenador, recostándome en la silla tal y como me había pedido mirando hacia los clientes que se paseaban frente de mí.

Cogí el móvil y aproveché para escribirle a Miriam. Seguía viviendo en mi piso y yo más feliz no podía estar viendo como cada día daba un pequeño paso hacia delante. Atrás quedaron las evidencias en su cara y cada vez se mostraba más confiada y sonriente, y sabía por boca de Miriam que una gran parte de ello tenía que ver con Zac, el que había estado pendiente de ella y no se había alejado en ningún momento.

Durante los días que me fui de vacaciones con Luc, lo hice tranquila. Al principio dudé porque sabía que tenía miedo de quedarse sola en el mismo edificio, por si aparecía su padre, pero Alan le quitó esa idea de la cabeza cuando nos comentó que no volvería a verlo más.

Por mucho que le preguntamos en ese momento no dio su brazo a torcer y no conseguimos sacarle más información, pero su determinación al decirlo y la sonrisa que nos devolvió nos hizo respirar tranquilas, sabiendo que había tomado todas las medidas para apartar a ese hombre de la vida de Miriam, con eso tuvimos suficiente.

Y la intervención de Maira fue lo que terminó por animarme para irme esos días, cuando le propuso a Miriam que se fuera con ella el tiempo que yo estuviera fuera y el que necesitara, así se harían compañía las dos, convenciéndola de que le vendría bien alejarse de ese edificio y de los recuerdos que le traía, con una sonrisa pícaro cuando añadió que Zac igualmente la seguiría a dónde estuviera. Así acabaron las dos juntas mientras Luc y yo disfrutábamos de unos días de descanso, alejados de todo.

Yo: *Hola Miriam, ¿cómo va?*

Miriam: *Hola, acabo de salir de la ducha. Zac viene a recogerme porque en veinticinco minutos llega una pareja para ver el piso y no quería dejarme sola.*

Yo: *Vaya, no lo sabía. Perfecto, me quedo más tranquila si estás con él. Ya me contarás cómo va.*

Miriam: *Lo sé, ha sido todo muy rápido. Hace una hora que me ha llamado la inmobiliaria, a ver si hay suerte, aunque es la primera vez.*

Yo: *Seguro que va bien y si no, tampoco tienes prisa por desprenderte de él. Hora de salir del trabajo, te llamo cuando esté en casa de Luc, intentaré no retrasarme mucho.*

Miriam: *Tranquila no tengas prisa, tomaros vuestro tiempo, yo estaré bien.*

Yo: *Me hago una idea de cómo estarás con un hombre alto y fuerte a tu lado, claro, claro... jajaja... disfruta bonita, te lo mereces.*

Miriam: *¿Qué puedo decir?* —Acompañó a sus palabras con un emoji sacando la lengua que me hizo reír.

Le envié varios corazones cuando mi compañera llegó para sustituirme y no tardé en ir hacia el vestuario para quitarme el uniforme. Tenía muchas ganas de ver a Luc y de esa manera salí por la puerta del hotel directa hacia el coche.

Casi una hora después estaba a punto de llamar a su puerta, pero no llegué a hacerlo porque Kevin llegó al mismo tiempo que yo.

—Hola preciosa. —Me sonrió.

—Hola. —Le devolví el gesto dándole dos besos.

—Entra tú primero, seguro que le hace más ilusión a Luc verte a ti —rio cuando abrió, dándome paso al interior.

Caminamos hacia el salón riendo donde nos encontramos con Glen hablando con Aline.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó sorprendido cuando me vio.

y

—Había quedado con Luc. —Me sonrojé por la forma en la que me habló.

—¿Qué va a hacer tío? —Lo miró reprendiéndole Kevin, extrañado por el tono que había utilizado.

7

—Lo siento Ebba, no quería decir... es que Luc ha ido a buscarte hace tiempo. —Se pasó las manos por el pelo.

—¿Cómo que ha ido a buscarme? —Arrugué el gesto.

—Quería darte una sorpresa —intervino Aline mirándonos a todos.

—Bueno, no pasa nada ¿no? Se habrán cruzado —comentó Kevin, pero su tono de voz no salió tan tranquilo como el significado de sus palabras.

—Me hubiera llamado hace tiempo para decírmelo —aseguró Glen, cogiendo el móvil y llevandoselo a la oreja.

Empezó a caminar por el salón con todos los ojos puestos en él. Yo saqué de mi bolso el teléfono comprobando que no tenía ningún mensaje ni llamada porque si nos habíamos cruzado y había llegado al hotel y ya me había marchado, tenía claro que se habría puesto en contacto conmigo.

Empecé a ponerme nerviosa por todo lo que pasó por mi cabeza.

—¿Ha ido en moto? —pregunté.

8

—Mierda —se quejó Glen—. No, ha cogido el coche y su móvil está apagado —dijo girando hacia nosotros.

—Está lloviendo mucho —dije mirando a través de la cristalera que daba al jardín.

—Ebba. —Escuché a Evelyn gritar mi nombre desde las escaleras y me esforcé por cambiar la expresión de preocupación de mi cara, girando hacia ella.

—Hola cariño —le sonreí abrazándola cuando llegó corriendo hasta mí.

—Ven, quiero enseñarte algo. —Me cogió de la mano.

—Pequeña, ahora no es buen momento —intervino Aline—. Ven, vamos a subir tú y yo y después seguro que Ebba puede estar contigo. —La rodeó con un brazo.

—Jo, pero... —La miró extrañada Evelyn.

—Ve con Aline, en cuanto pueda subo a tu habitación ¿vale? Así me cuentas cómo te ha ido en el cole hoy. —Le hice un guiño.

—Vale —sonrió y se dejó guiar por Aline, la que nos dedicó una última mirada preocupada mientras se alejaba con Evelyn.

—¿Dónde puede estar? —dije girándome hacia los chicos.

—No tengo ni puta idea, pero lo vamos a saber ahora en nada —respondió Glen volviendo a llamar.

No fue a Luc otra vez, esa vez sabía que, por su comentario, estaba llamando a Alan, quien había puesto un localizador en cada uno de los vehículos que tenía Luc para estar más tranquilo. Y qué mejor momento que ese para utilizarlo cuando vi que el tiempo corría y aunque no me hubiera encontrado en el hotel le hubiera dado tiempo para volver a su casa.

Glen se alejó unos pasos hablando por el teléfono, mientras mis nervios crecían sin saber qué pensar. Ojalá que Luc se hubiera parado para hacer cualquier cosa, hasta la más mínima tontería me parecería una gran idea para borrar lo que estaba temiendo en ese instante.

—Seguro que está bien. —Escuché a Kevin hablar.

Lo miré por unos segundos, viendo como no apartaba la mirada de Glen caminar de un lado al otro. Por mucho que insistiera en querer tranquilizarme, su expresión corporal no indicaba lo mismo y peor me puse porque todos pensáramos igual.

—Ya está. —Soltó un suspiro Glen—. Alan va a localizarlo de inmediato. —Nos miró.

Kevin asintió, yo simplemente me quedé como estaba sin poder reaccionar, hasta que Glen llegó hasta mí y se disculpó otra vez por cómo me había hablado, acompañándome hacia el sofá, donde nos sentamos los tres poniendo el móvil de Glen encima de una mesa pequeña, delante de nosotros.

Como si el móvil fuera nuestra salvación, nos quedamos los tres mirándolo en silencio, sin apartar la vista esperando a que sonara con una llamada de Alan, pero el tiempo pasaba y no sucedía nada ante nuestra desesperación.

Media hora más tarde el timbre de la puerta sonó y nos levantamos los tres de golpe, dirigiéndonos hacia ella. En cuanto Kevin la abrió las ilusiones que nos habíamos hecho desaparecieron al ver a Raisa y a Eleonor tapadas por dos paraguas.

Raisa entró decidida agradeciéndole a Glen que le quitara el paraguas de la mano, seguida por Eleonor que actuó todo lo contrario a ella, mirando hacia el suelo como si evitara tener contacto con nosotros.

—¿Y esta visita? Que yo sepa ni Aline ni Luc sabían que vendrías. —Quiso saber serio Glen hablándole a Eleonor, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Oh, ahora os lo va a explicar, sí, estará encantada —respondió Raisa y la rabia fue evidente en cada palabra que pronunció—. Se ha presentado en mi casa y me ha soltado la bomba.

—Lo siento. —Fue lo poco que dijo Eleonor.

—¿Qué cojones sientes Eleonor? —intervino Kevin— ¿A qué narices te refieres Raisa?

—¿Dónde está Luc? Tiene que escuchar lo que va a decir —preguntó Raisa.

—No está —respondió serio Glen.

Raisa lo miró extrañada por la forma en la que lo dijo. Buscó mi mirada y se la devolví intentando transmitirle lo que pasaba y creo que lo conseguí porque sus ojos se agrandaron y tragó saliva, sentándose despacio en una butaca.

—Como le haya pasado algo malo a Luc por tu culpa... —dijo con voz aguda directamente hacia Eleonor.

—¿Os podéis explicar bien de una puta vez? ¿Qué cojones significa todo lo que estáis diciendo? —Se alteró Glen al escucharlas.

—Ya puedes empezar. —Apretó la mandíbula Kevin, poniéndose enfrente de Eleonor.

Con todos los ojos puestos en ella, yo también me dejé caer en el sofá sabiendo que, por lo que había escuchado y por su comportamiento, lo que dijera a partir de ese momento me iba a desestabilizar y no me equivoqué.

—He llamado a Alan, pero no me lo ha cogido —intervino Raisa antes de que Eleonor hablara.

—Está ocupado —aseguró Glen.

—Lo imagino —asintió.

—Todo lo que le ha pasado a Luc es por mi culpa. —Soltó de golpe Eleonor con voz entrecortada—. Yo no sabía lo que se escondía detrás de los accidentes de Luc hasta hace dos días. En la prensa no se dio ese tipo de detalles y vosotros no me dijisteis nada, sino, hubiera sacado la conclusión antes y habría hablado al darme cuenta. Desde que lo he sabido he hecho lo impensable por conseguir que la persona responsable se delatara delante de mí.

—¿Qué cojones estás diciendo? —Dio un paso hacia ella Glen, a punto de perder los nervios ante la situación.

Escuché cada una de las palabras que pronunció Eleonor, descomponiéndome por momentos mientras los ojos se me nublaban por la posible consecuencia y desenlace de todo lo que salió por su boca.

De piedra se quedaron Glen y Kevin en cuanto empezó a contar su recaída en la adicción al juego, no por ese detalle, sino por lo que siguió después, enlazándolo con el momento en el que el padre de Evelyn se le acercó hacía ya ocho meses, diciéndole que había cambiado y que confiara en él porque se lo iba a demostrar. Quería recuperar a su hija, costara lo que le costara, prestándole ayuda a Eleonor en su adicción al verla en una situación desesperada.

Lo que no supo en ese instante Eleonor, es que todo era mentira. En vez de ayudarla la incitó a meterse cada vez más en el juego, sin apenas darse cuenta, haciendo que dependiera más de él y de su ayuda. Aprovechándose de ella, la supo convencer y manipular, haciéndola caer y entrando poco a poco en su vida privada, consiguiendo información y datos que nadie externo debía saber, ya que Eleonor era conocedora de la rutina de cada uno de ellos porque llevaba muchos años dentro del núcleo familiar de una manera u otra, aunque de un tiempo a esta parte hubiera estado más apartada.

Su intención era, tal y como nos relató con voz ahogada Eleonor, la de quitar de en medio a Luc porque sabía que nunca le permitiría llevarse a la pequeña y si lo hacía desaparecer, a parte, Evelyn heredaría casi todo el patrimonio de Luc. Lo que incentivó a ese hombre y más hincapié puso para llevar a cabo su propósito.

—Él sabía que, anulando a Luc, Evelyn pasaría a mi cargo. Por eso se encargó de meterme otra vez en el juego, de esa manera lo tendría muy fácil para incapacitarme y llevar a cabo su plan de hacerse con todo.

—¿Cómo cojones lo permitiste? ¡No lo entiendo! —gritó Glen—. Tú misma te encaraste a él hace años para alejarlo de Evelyn. —La señaló.

—Cuando se presentó frente a mí otra vez parecía que había cambiado, habían pasado muchos años. —Lloró Eleonor—. Os prometo que no confíé en él en un principio, pero estuvo ahí para mí, me ayudó y me sacó de muchos problemas, yo...

—Y te metió en muchos más... estabas indefensa y baja de todo. Se aprovechó de ti y de tu fragilidad en ese instante para saber lo que le interesaba, y de paso hundirte más por cómo lo trataste en el pasado.

Eleonor asintió llorando y yo me compadecí de ella por unos segundos, no pude hacer otra cosa al verla /desesperada por el error que había cometido y por lo que había provocado. Por mucho que quisiera gritar de rabia por el daño que le había hecho a Luc, me tragué lo que sentía delante de ella, la que me miró un momento analizándome, como si necesitara saber si la creía o no.

Lo hacía, pero para mí quedó esa confirmación sin pronunciarla delante de esa mujer. Mi cabeza estaba en la cuerda floja en si demostrarle compasión o no, pero mi corazón, mi corazón estaba dolorido por todo lo que acababa de escuchar temiendo por Luc, y contra eso no pensaba luchar porque, por encima de todo, antes estaba él y no la podía perdonar.

—Sal de aquí —habló Glen cortando el silencio que se había creado.

—Lo siento —insistió Eleonor.

—Eso se lo dices a Luc en persona, a mí poco me importa —dijo remarcando cada palabra mientras se dirigía hacia la puerta, abriéndola.

Esperó sin poder mirarla a la cara, hasta que Eleonor salió como había entrado, cabizbaja y sin decir nada más.

El portazo que dio Glen retumbó en todo el salón, mirando hacia la puerta ido, con la mente en otro lugar.

—Tenemos que avisar a Zac, no nos lo perdonará si no lo llamamos —dijo casi susurrando Kevin.

—Ya lo llamo yo. —Se levantó Raisa con los ojos húmedos, caminando hacia el pasillo mientras se llevaba el teléfono al oído.

e—¿Qué le ha pasado a Luc? —dije mientras varias lágrimas se escapaban de mis ojos, dejando la vista fija en el piano, en el que siempre que podía se sentaba.

Como si lo viera, mi imagen recreó la última vez que estuve en su casa y tocó para mí, conmigo sentada entre sus piernas. Por cada pensamiento que tenía el nudo en la garganta se hacía más grande, por cada sensación que llegaba a mí de lo que le podía haber pasado...

El móvil de Glen sonó encima de la mesa. Llegó corriendo hasta él, mientras yo me incorporaba despacio y Kevin pasaba un brazo sobre mis hombros, atrayéndome hacia él para reconfortarnos los dos.

—¿Sí? —respondió Glen— No puede ser, otra vez no —dijo demasiado alto, poniéndonos nerviosos, momento en el que Raisa volvió corriendo junto a nosotros— ¿Cómo puede ser eso? ¿Dónde mierda está?

—¿Qué te ha dicho? —Quiso saber impaciente Kevin cuando colgó.

—Que vayamos al piso de Miriam —respondió Glen sin dejar de mirar hacia el móvil mientras bajaba la mano.

—¿Qué te ha dicho? —Quiso saber impaciente Kevin cuando colgó.

—Que vayamos al piso de Miriam —respondió Glen sin dejar de mirar hacia el móvil mientras bajaba la mano.

Capítulo 28



Luc

Abrí los ojos, desconcertado, parpadeando varias veces sin saber qué había sucedido ni dónde estaba. El sonido del limpiaparabrisas fue lo único que escuché nada más ser consciente, dándome cuenta de que había perdido el conocimiento no sabía durante cuánto tiempo.

Cuando conseguí centrarme sacudí la cabeza, pero dejé de hacerlo por el dolor intenso que sentí, gesto que me sirvió para notar que tenía pegado el airbag al pecho. Miré hacia fuera mareado, con la vista nublada, comprobando que me había salido de la carretera y estaba bastante apartado de ella al haber impactado de frente contra un árbol.

—Mierda —dije con un quejido, por el dolor que me atravesó cuando fui a desabrocharme el cinturón de seguridad.

Me llevé las manos a la cara, frotándomela al notar una sensación rara. Cuando las bajé estaban cubiertas de sangre y no tardé en mirarme en el espejo, comprobando que tenía una brecha bastante grande en el inicio del pelo que se perdía sin llegar a ver hasta dónde llegaba, cubriéndome toda la cara de rojo.

El cristal delantero estaba reventado e inexplicablemente el limpiaparabrisas seguía en movimiento, el frontal del coche casi ni existía siendo sustituido por un árbol a demasiada corta distancia de mí. Me apuré moviendo las piernas, sacándolas con cuidado por el poco espacio que tenía mientras sentía que, a pesar del dolor intenso que me recorrió, reaccionaban y funcionaban bien.

Dándome toda la prisa que pude por el temor a que el coche se incendiara por las chispas que saltaban delante, frente a mis ojos, o vete a saber qué, pero sin perder tiempo para no comprobarlo en primera persona, salí con varios quejidos por una de las ventanillas traseras que estaban rotas, con el cristal a falta de muy poco para que se desprendiera de donde debía estar fijado.

Una odisea arrastrar mi cuerpo dentro del coche y salir por el poco espacio que quedaba, al estar el marco

doblado. Al menos tenía una vía de escape, me dio la cabeza para pensar en ese momento, porque las puertas delanteras habían quedado inservibles y dobladas por el impacto, haciendo imposible que pudiera abrirlas ni buscar una salida y el maletero, había corrido la misma suerte haciéndome saber qué había provocado que me saliera de la carretera, porque no conseguía centrarme y recordar cómo se había dado.

Agradecí la lluvia que caía con más intensidad en ese instante, la que esperaba que ayudara a retrasar mi pensamiento si es que sucedía, al menos eso es lo que pensé y a lo que me aferré una vez fuera, intentando alejarme lo máximo posible mientras me arrastraba por el suelo al no verme capaz de incorporarme todavía.

El primer contacto al poner los pies en el suelo y dejarme caer me había hecho doblarme de dolor, llevándome las manos al pecho y al estómago. No pude mantener el equilibrio, cada vez más mareado mientras la cabeza me explotaba, yéndome al suelo sin poder soportar mi propio peso con ganas de vomitar, dejando que el agua cayera sobre mí.

Mi pensamiento sobre el coche no tardó en hacerse realidad, cuando una primera llamarada grande me sobresaltó y me hizo girar hacia él. Sabiendo que eso solo había sido el principio, me alejé más de esa zona como pude, hasta que volví a perder las fuerzas dejándome vencer por el dolor y el malestar que sentía, cayendo al suelo bocarriba mientras sentía las gotas de agua caer sobre mi cuerpo.

Parpadeé varias veces temiendo perder otra vez el conocimiento, apartándome con movimientos torpes la sangre que seguía corriendo por mi cara y se mezclaba con el agua, sin conseguir enfocar bien la mirada.

Y no veía una mierda, así era hasta el punto en el que no vi la presencia de una persona a mi lado, hasta que seguí con la cabeza, despacio, la dirección de su voz cuando me habló.

—Tiene que alejarse de aquí ¿Necesita ayuda? —Escuché la voz de un hombre.

,

Menuda gilipollez de pregunta fue lo único que mi cabeza pudo razonar en ese instante. Obvio ¿no? No había que ser un lumbreras para ver cómo estaba y cómo me encontraba. Opté por callarme porque él era la única vía de salida que tenía en ese momento y porque ni fuerzas tenía para hacerlo, reservándome las pocas energías que me quedaban para cuando lo necesitara realmente.

Me palpé los pantalones, buscando mi móvil en los bolsillos del tejano. No lo encontré recordando que se había quedado dentro del coche.

—¿Una llamada? —susurré sin fuerzas y desorientado.

—¿Quiere llamar? Claro, qué pregunta más tonta, tengo el teléfono en el coche. Yo también me he visto implicado en el choque con varios coches. Apóyese en mí, lo voy a incorporar. —Me ofreció los brazos y con su ayuda me levanté despacio, mareándome más.

Iba casi a ciegas sin conseguir enfocar la vista y con todo girando a mi alrededor, sintiendo que en cualquier momento volvería a irme al suelo. Mis pies se arrastraron por la tierra mojada, mientras el hombre me sujetaba de cuerpo y aguantaba todo mi peso.

Cuando me dejó apoyado en el capó del que supuse que era su coche y que también estaba bastante abollado por un impacto, intenté mirar hacia la carretera, a la nada, soltando un suspiro agotado. No sabía ni qué parte del cuerpo tocarme porque no había ni una que no me doliera. Cerré los ojos con fuerza, frotándome los ojos con cuidado por la presión que sentía.

Era poco consciente de mi alrededor, como si el tiempo estuviera ralentizado y fuera a cámara lenta. A pesar de ello, alguna de las neuronas que todavía tendría centradas me hizo preguntarme a qué se debía tanta demora por parte de ese hombre buscando su teléfono, como me había dicho que iba a hacer cuando me dejó apoyado en el capó.

¹ Conseguí enfocar un poco la vista, mirando todo lo que me rodeaba. ¿Dónde estaban los demás coches? Fue la primera pregunta que me hice al comprobar que apartado en la carretera solo había uno y yo estaba apoyado en él. Según las palabras que me había dicho ese hombre, en el choque se habían visto implicados varios, imposible que se hubieran largado todos, me dije entrecerrando los ojos.

Apretando la mandíbula me incorporé despacio y con movimientos lentos, lo máximo que pudo mi cuerpo reaccionar, necesitando tirarme al suelo y descansar. Giré de la misma manera hacia el otro lado, encontrándome con el coche iluminado al tener la puerta abierta.

Asombrado y parpadeando varias veces por fin mi vista pudo centrarse más y reconocer a quién tenía delante de mí, con un arma entre las manos, apuntándome.

—¿Qué cojones? —Reaccioné con palabras sin poder moverme como necesitaba, al ver al padre de Evelyn frente a mí.

—Eres duro de matar —soltó con rabia—. Es la tercera vez que lo intento y aquí sigues —escupió con asco.

—¿Tú eres el causante de todo lo que me ha pasado? ¿Quién mierda eres? —dije sin salir del asombro por su confesión, tambaleándome al perder el equilibrio mientras sentía náuseas otra vez.

Mi última pregunta, el «quién mierda eres» fue totalmente intencionada, para que pensara que tenía tocada la cabeza y no estaba centrado, sin reconocerlo, a lo que mi aspecto ayudó por la gravedad con la que se me veía desde fuera cubierto de sangre y por mi inestabilidad.

—¿No sabes quién soy? —Soltó una carcajada, reaccionando como había querido yo—. Me alegro de que esté

pasando esto —siguió riendo—, así te irás a la tumba sin saber quién te ha mandado a la otra vida. Mírate, no puedes ni mantenerte en pie, aunque te doy tu mérito porque has conseguido sobrevivir a todas las veces que lo he intentado.

Me temí lo peor en ese instante, ¡qué digo lo peor! Temí simplemente que había llegado mi final. No dicen que a la tercera va la vencida... pero no, ese no sería mi destino, al menos por el momento gracias a una intervención inesperada.

—Oh, Dios mío, Dios mío ¿están bien? —Escuché a mi lado la voz de una chica asustada.

El frenazo en sentido contrario al que estábamos de otro coche había hecho que el padre de Evelyn guardara el arma rápido, eso y al verlo acercarse porque él quedaba mirando hacia esa dirección.

Me giré hacia ella, viendo que no estaba sola, sino acompañada de dos chicas más y un chico. Cuatro en total que esperaba que fueran mi salvación porque el padre de Evelyn no intentaría nada delante de ellos, eran demasiados para seguir con su macabro plan.

—No —respondí arrastrando los pies hacia ellos—. Necesito ayuda, soy Luc.

—Oh, joder, es Luc, el cantante —gritó otra de las chicas.

—¿Qué dices? —Se giraron todos sus amigos hacia ella.

—Que sí, con sangre, pero es él ¡miradlo bien! —aclaró insistiendo.

Todos los ojos se posaron en mí y asentí.

—El mismo soy —confirmé con un quejido.

—Madre mía, has debido de pisar una mierda como una catedral, tío ¿otro accidente? Menudo historial llevas en poco tiempo —dijo sorprendido el chico.

—Me podéis ayudar, por favor. —Tragué saliva mirando de reojo al padre de Evelyn, sin que pudiera verme él.

—Claro, vamos a llevarte a un hospital —aseguró acercándose hasta mí la primera chica que había hablado—: Ayudadme a meterlo en el coche —les pidió a sus amigos.

—No os preocupéis, lo iba a llevar yo —interrumpió el padre de Evelyn, haciendo que los chicos se frenaran.

—No, está bien así, vaya por su cuenta, también ha recibido algún golpe —dije con toda la intención sin que se notara el doble sentido—. Gracias por haberme ayudado. —Giré la cabeza hacia él—. No me acuerdo de mucho —sacudí un poco la cabeza—, solo que me has alejado del coche. —Cerré los ojos y me tambaleé, esa vez fue todo mentira metiéndome en el papel que necesitaba que siguiera creyendo.

—Lo siento tío, no tenemos sitio para otro más y tú estás bien —se disculpó el chico con el padre de Evelyn mientras me ayudaban a entrar en el coche.

—No me llevéis al hospital, aunque vaya a estar solo llevadme a ...

Mis últimas palabras las dije bastante en alto cuando la puerta todavía estaba abierta, dando la dirección de la casa de Ebba, sabiendo que ella no estaría allí. Solo esperaba que mi pensamiento y mi intención fueran acertados y eso desgraciado al no haber acabado conmigo se dirigiera a esa dirección para rematar lo que quería.

No escuché las palabras que el padre de Evelyn le respondió al chico, poco me importó cuando el coche aceleró y se alejó de allí. Cerré los ojos soltando un suspiro, descompuesto y sintiéndome desvanecer por todo lo que había pasado. Agradecí el silencio que hicieron al ver mi estado, sintiendo sus miradas preocupadas puestas en mí, hasta que hablé yo.

—¿Podéis dejarme un teléfono? Tengo que avisar de lo que me ha pasado —les pedí casi susurrando.

—Claro —respondieron todos a la vez y en pocos segundos tuve frente a mis ojos tres móviles y hubieran sido cuatro porque a la que conducía no le había dado tiempo y se había quedado a medio camino.

Intentando sonreír, cogí el que tenía más cerca desbloqueándomelo el chico y grabé el número de Alan para poder informarlo por mensaje, sin intención de llamarlo para no hablar, para que los chicos no supieran nada de lo que tenía que decirle.

Yo: *Alan, soy Luc. No me llames, me han dejado este teléfono. No puedo hablar, voy con varios chicos que me han salvado la vida y no quiero meterlos en problemas. Estoy malherido, pero por ahora consciente. El culpable de todo lo que me ha pasado es el padre de Evelyn, él ha provocado todos mis accidentes, incluido el que acabo de tener en la carretera secundaria...*

Continué dándole todos los detalles, diciéndole que había dicho en alto la dirección de Ebba sabiendo que el desgraciado me escuchaba y que se presentaría allí, lo que apostaba a que no tardaría en suceder tal y como le dije a Alan para aprovechar en el estado en el que estaba, antes de que volviera mi lucidez y pudiera hablar delatándolo. Eso según el pensamiento que podía tener y le había dado a entender, claro, porque por esa parte yo lúcido estaba demasiado y me había hecho el desorientado a propósito, en cuanto fui consciente de a quién tenía delante y de sus intenciones.

Alan: *Me cago en todo, Luc, ¡qué susto! Sé dónde está tu coche, al menos por unos segundos con la señal del localizador he conseguido ubicarte. Estoy cerca de ahí ya, pero ahora mismo cambio de sentido.*

Yo: *Ya, hasta que se ha puesto a arder.*

Alan: *No jodas.*

Yo: *Lo hago, ya lo verás por ti mismo.*

Después de varios mensajes más en los que me confirmó que iba hacia el piso de Ebba con un equipo, nos despedimos y borré todo rastro de la conversación y del teléfono de Alan, devolviendo el móvil a su dueño, agradeciéndoselo.

Intenté con todas mis fuerzas no cerrar los ojos, abriendo la ventanilla para sentir el aire en la cara y la lluvia que todavía descargaba con fuerza. Me sentía desfallecer, pero aún me quedaba un poco más por hacer hasta dejarme llevar.

Ebba

—Ebba —se lanzó sobre mí Miriam, nada más abrir la puerta de su piso.

La abracé con fuerza, necesitando ponerme a llorar, gesto que no hice y me tragué las lágrimas. A esas alturas estaba histérica, después de todo el tiempo que había pasado no sabía qué pensar.

Entré en el piso seguida por Glen, Kevin y Raisa, donde nos había pedido Alan que fuéramos. Aún no sabíamos el motivo, por lo que esperábamos que en cualquier momento el timbre sonara y fuera él con alguna noticia sobre Luc, solo rezaba para que fuera favorable, porque si no...

Iba a sentarme en el sofá por el temblor de piernas que tenía, cuando Miriam me cogió de una mano y tiró de mí, llevándome a través del pasillo.

—¿A dónde vamos? —le pregunté sin saber el motivo.

—Por si quieres desahogarte —respondió seria.

Sin preguntar nada más me dejé llevar, hasta que paró frente a la puerta de su habitación. Miré por el pasillo hacia el salón, y arrugué el gesto al ver como Glen, Kevin y Raisa abrazaban a Zac, distinguiendo... ¿eran sonrisas de alegría? ¿Qué estaba pasando?

Esa fue la última pregunta que se hizo en mi cabeza, queriendo llegar hasta ellos por si se habían enterado de algo nuevo, pero no lo pude hacer, lo que sí hice fue entrar de golpe en la habitación de Miriam por el empujón que me dio, cerrando la puerta cuando estuve dentro.

—¿Qué haces Miriam? —pregunté extrañada en la oscuridad, al estar bajada la persiana.

—Lo siento, me lo vas a agradecer —respondió y dejé de escuchar nada al otro lado.

Di varios pasos hacia el interruptor, el que estaba en el mismo sitio que en mi habitación porque los pisos eran dos calcamonías, pero mi mano no llegó a hacer contacto con él cuando sentí que me cogían por detrás y tiraban un poco de mí.

Solté un jadeo de la impresión, sintiendo un cuerpo a mi espalda. Me costó reaccionar, hasta que apoyada contra el pecho de quien fuera, una mano me giró la cabeza y sentí el contacto de unos labios con los míos. Con lágrimas en los ojos me dejé llevar por ese beso en el que descargué todo el miedo, la rabia y el amor que sentía, porque sí, supe de sobra que se trataba de Luc, motivo por el que las lágrimas salieron solas de mis ojos.

—Luc —dije con un grito ahogado en la oscuridad cuando nos separamos, esa vez sí, yendo hacia el interruptor y encendiendo la luz— ¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? —Me asusté, llorando más al ver su aspecto.

Era evidente que se había lavado la cara, pero el daño que tenía en la cabeza empezaba a cubrir de sangre parte de ella y su cuerpo... estaba medio doblado, sin poderse mantener casi de pie, sujetándose por la cintura con un brazo, haciendo fuerza.

—Por esto no quería que me vieras al principio. —Se señaló intentando sonreír—. Ni me hubieras besado por el
1 daño que tengo, aunque te lo hubiera pedido. Te hubieras asustado como ahora.

No me dio tiempo a responderle cuando se desplomó en el suelo, intentando mantener los ojos abiertos.

—Luc —grité arrodillándome a su lado—. Glen, Kevin, Zac... ayudadme —grité con todas mis fuerzas para que me escucharan.

—Ahora sí, todo ha acabado por fin —murmuró levantando con movimientos torpes el brazo, llevando una mano hacia mi cara—. No podía dormirme sin volver a besarte y asegurarme de que todo estaba bien. —Me acarició los labios.

1 —Vamos a llevarte al hospital, te vas a poner bien. —Agarré su mano y la besé, apretándosela.

—Sí.

Una palabra y dejó de estar conmigo. Su mano se desvaneció y perdió el conocimiento, justo en ese momento los chicos irrumpieron corriendo en la habitación y me quedé sentada en el suelo, llorando, viendo cómo lo cogían entre todos y lo alejaban de mí rápido.

Parpadeé varias veces sintiendo como el miedo me inundaba, sin saber siquiera lo que significaba que sus ojos se hubieran cerrado. Sentí el abrazo que me dieron Miriam y Raisa cuando se arrodillaron a mi lado mientras no podía apartar la mirada de la puerta.

s

Con la mente en blanco y paralizada, así me quedé sin poder reaccionar, sin saber nada si me faltaba él...

;

;

Una palabra y dejó de estar conmigo. Su mano se desvaneció y perdió el conocimiento, justo en ese momento los chicos irrumpieron corriendo en la habitación y me quedé sentada en el suelo, llorando, viendo cómo lo cogían entre todos y lo alejaban de mí rápido.

Parpadeé varias veces sintiendo como el miedo me inundaba, sin saber siquiera lo que significaba que sus ojos se hubieran cerrado. Sentí el abrazo que me dieron Miriam y Raisa cuando se arrodillaron a mi lado mientras no podía apartar la mirada de la puerta.

Con la mente en blanco y paralizada, así me quedé sin poder reaccionar, sin saber nada si me faltaba él...

Epílogo



Cinco años más tarde...

Los gritos de emoción y de euforia de los fans no cesaban y no era para menos. El concierto que estaba a falta de pocos minutos para terminar había puesto a todo el público a saltar y las ovaciones que parecían no tener fin, erizaban y ponían todas las emociones a flor de piel. Bien merecido lo tenían porque cada vez que se subían a un escenario daban lo mejor de sí mismos hacia sus fans entregados.

Evelyn estaba feliz y brincando junto a mí, repitiendo el nombre de los chicos sin parar. Ya tenía trece años y se había convertido en una adolescente preciosa y responsable, con sus cosillas de la edad, pero por el momento controlando sus reacciones e impulsos para alivio de Luc, que le temía a esa etapa. Era al primer concierto que asistía y conforme la fecha se fue aproximando, sus nervios e histerismo por la emoción nos había vuelto locos a todos.

En un lateral del escenario, a cubierto por una cortina, aplaudimos cuando la última canción dejó de sonar y todo el grupo, con Luc a la cabeza, dieron las gracias dando el concierto por finalizado.

—Hola preciosas —nos sonrió Luc llegando hasta nosotras, acercándose a él y besándome.

—Oh, tito, ¡qué pasada! Lo que me he perdido hasta ahora —dijo de carrerilla colgándose de su cuello, comiéndoselo a besos.

Luc soltó una carcajada y Glen y Kevin no tardaron en unirse a él al aparecer a los pocos segundos detrás.

—Tenemos a nuestra fan honorífica aquí. —La cogió en brazos Kevin.

—¡Bájame! ¡Bájame! Que ya no soy un bebé y me van a ver —se quejó ella resoplando.

Y es que por mucha edad que tuviera y los años que habían pasado, era inevitable que la trataran como una niña sobreprotegiéndola, lo que seguiría siendo así para todos, porque ese sentimiento nunca se borraría por mucho que

se convirtiera en una adulta.

—Aquí solo estamos nosotros —rió Glen.

—Me da igual, los niños parecéis vosotros. —Se cruzó de brazos, frunciendo los labios.

—Evelyn, frena —la avisó Luc porque empezaba a subir de nivel.

Como respuesta hizo una mueca, pero haciéndole caso al momento. Luc pasó un brazo por encima de mis hombros empezando a caminar.

—¿Te ha gustado? —Se inclinó susurrándome al oído.

—Siempre —sonreí abrazándolo—. Ha sido espectacular.

La mirada que me dedicó dejó clara su intención, la que llevó a cabo nada más llegar frente a la puerta del camerino. La abrió y cerró detrás de nosotros rápido, soltando una carcajada al escuchar las quejas de Glen y Kevin al habérsela cerrado en la cara. Lo único que les dijo Luc entre risas es que llevaran a Evelyn a casa, que para algo eran sus tíos.

El sonido del cierre les indicó lo que iba a suceder dentro, por si aún no les había quedado claro. Reí divertida porque esa escena se repetía siempre, cuando terminaban los conciertos a los que yo iba y estaban más que acostumbrados, sabiendo que todo lo que soltaban por la boca los chicos era en broma.

Me apoyé en una mesa, mientras él caminaba hacia el centro desprendiéndose de la camiseta mojada, lanzándomela.

—¿No se supone que tendría que ser yo quien te lanzara algo? —reí al ver su expresión.

—Eso estaría más que bien, lánzame tus bragas —me pidió travieso.

—No llevo —sonreí de medio lado.

—¿Cómo que no llevas? —Agrandó los ojos caminando hacia mí, despacio, como si fuera su presa.

Sin responderle, me puse sobre la mesa y me subí la falda que llevaba, abriendo las piernas para él. Su mirada se incendió y más lo hizo cuando llevé una mano a mi zona íntima, recorriéndola entera, deslizando los dedos y acariciándome.

—Ábrete más —me pidió con voz ronca, parado a poca distancia de mí, sin perder de vista mi mano y lo que hacía.

—¿Así? —dije abriéndolas al máximo.

Apretó la mandíbula, reteniendo el impulso de acercase más a mí.

—Sepárate las nalgas y ábrete los labios.

No tardé en hacer lo que me pidió, dejando de acariciarme y exponiendo ante él a la perfección mi zona íntima, la que quedó abierta al completo. Se relamió los labios y levantó la mirada al encuentro de mis ojos. Fuego, eso es lo que vi devolviéndole por mi parte la excitación que sentía.

—¿Por qué cojones no vienes a todos los conciertos? Quiero terminarlos así. —Dio un paso hacia mí.

—Lo sabes muy bien —reí—. Pero no te puedes quejar, estoy en muchos.

Sabía de sobra por qué no podía asistir, sobre todo a los conciertos que daban recorriendo todo el país. Teníamos una hija de tres años, a pesar de tener la ayuda de Aline que no se separaba de ella, me gustaba estar presente todo el tiempo que pudiera, lo que no impedía que buscara mis espacios y momentos, como el de acompañarlo a conciertos y disfrutar con él como si no tuviéramos responsabilidades, al menos por unos instantes.

—Siempre me voy a quejar, quiero tenerte así a todas horas. —Llegó hasta mí besándome con intensidad, la misma que le devolví inquieta y con necesidad.

Temblado de necesidad me tenía, la misma que se intensificó y me hizo palpar cuando se dejó caer de rodillas y con una sonrisa traviesa, me arrastró hacia el filo de la mesa pidiéndome que dejara los dedos como los tenía, todavía abriéndome para él. Su lengua lamió mi clítoris sin apartar la mirada de la mía, acariciando todo el recorrido de mi zona íntima. Un jadeo más fuerte salió de mis labios al sentir los suyos succionar en el punto de placer. Nerviosa me removí en la mesa, inquieta mientras su boca arrastraba mis fluidos haciéndome enloquecer.

Jadeé recostándome hacia atrás, sin perder de vista su cabeza y cada movimiento, perdiéndome en todas las sensaciones que me hacía sentir, esmerándose y alargando mi placer hasta que no lo pude contener y con un jadeo ahogado me dejé caer del todo hacia atrás cuando el orgasmo me recorrió entera.

—Mira lo que me haces. —Escuché su voz y abrí los ojos, al haberlos cerrado por unos segundos.

Me incorporé despacio y curvé los labios al verlo delante de mí, con el pantalón y el bóxer bajado, exponiendo su miembro erecto y dispuesto. De un salto me dejé caer al suelo, agarrándolo de una mano y tirando de él hacia la

mesa donde yo había estado. No hizo falta decirle mi intención, la supo desde que lo había visto, de esa manera esa vez me dejé caer yo entre sus piernas y sin darle tiempo y sin dejar de mirarlo succioné y lamí como sabía que le gustaba.

Apretando la mandíbula me recogió el pelo entre las manos y no perdió detalle de cómo su miembro se perdía dentro de mi boca una y otra vez, relamiendo y jugando con él como lo desesperaba. Tanto fue así, que con un gruñido pasado bastante tiempo, me separó y me incorporó, cambiando de posiciones y viéndome otra vez apoyada en la mesa, pero esa vez de cara a ella mientras sus manos inclinaban mi torso hacia delante hasta quedar tumbada bocabajo.

Con un movimiento rápido me separó las piernas y entró dentro de mí fuerte, impulsando mis caderas hacia arriba para tener mejor ángulo.

—Joder, esto es el puto paraíso —siseó pegándose a mí, haciendo presión.

Sin poderse contener entró y salió de mi interior, el que lo recibió y acogió dándole todo el placer que recibía mientras me agarraba fuerte de la cadera guiándome en cada movimiento. Ese era nuestro concierto particular cada vez que dejaba de actuar, donde los jadeos, los suspiros, los roces y choques de nuestras pieles tocaban una melodía maravillosa.

Sobra decir a estas alturas que Luc se recuperó cinco años atrás perfectamente y seguía cosechando éxitos. Por mi parte dejé de trabajar en el hotel, pero no me alejé de Mauro porque me dio de baja con la intención de mantenerme con él, y así fue cuando abrió un nuevo hotel a solo quince minutos de la casa de Luc, donde vivíamos. Me puso al frente con toda la confianza que siempre nos habíamos tenido.

Ahora entro en detalles de lo que había sucedido desde que los chicos lo sacaron inconsciente y a la carrera de casa de Miriam.

Retrocediendo en el tiempo, cuando aparecí en el hospital junto a Miriam y Raisa, busqué desesperada a Glen, a Kevin o a Zac, necesitando saber si sabían algo. Nada nuevo pudieron decirme en ese instante por el poco tiempo que hacía que los enfermeros lo habían entrado corriendo para atenderlo.

Cuatro horas estuvimos con la incertidumbre, tiempo en el que nos arropamos entre todos, incluidos mis amigos a los que avisé y no tardaron en estar junto a nosotros. Hasta que salieron a notificarnos que estaba estable, pero con daños que les habían hecho optar por ponerle sedación para ver cómo su cuerpo reaccionaba en reposo total. Lo más grave fue el impacto en la cabeza y en el tórax, según nos informaron.

Su estancia en el hospital terminó a los ocho días, tiempo en el que poco a poco y para alegría de todos fue recuperándose.

Cuando Alan apareció en el hospital nos explicó al detalle lo que había sucedido, ya que venía de encargarse del coche de Luc o más bien de los restos de él. Nos comentó que Luc quiso asegurarse, anteponiendo a su estado, de que el padre de Evelyn no se escapara. Como bien ideó Luc, apareció por mi piso, el que supimos que conocía muy bien dónde estaba al haber sido él el que destruyó mi puerta sin nosotros saberlo por aquel entonces.

Para su sorpresa cuando se coló en mi piso el que estuvo dentro no fue Luc, sino Alan con su equipo. No tuvo nada que hacer al verse sorprendido y sin salida cuando forzó mi cerradura y entró. Alan nos confirmó que todo había acabado, tal como sabía Luc y me dejó claro con sus últimas palabras antes de perder el conocimiento.

No sabíamos qué había sucedido porque pasó antes de que los chicos, Raisa y yo llegáramos al piso de Miriam, y Alan no entró en detalles, pero por la forma contundente de hablar de él, no nos hizo falta nada más para saber que no tendríamos que temer nunca más por él y que pagó por lo que hizo.

A los pocos días de despertar Luc decidimos que no le diríamos nada a Evelyn, al menos hasta que todo se calmara. Y así fue, hasta que bastante tiempo después, Luc la sentó para contarle por encima, que tampoco hacía falta entrar en detalles dolorosos, lo que sucedió. Siempre tuvo claro que hablaría con ella, repitiendo que no quería tener ningún secreto y menos, si algún día decía que quería ver a su padre y pudiera recriminarle a Luc que no hubiera sido sincero con ella.

La reacción de Evelyn fue neutral, como si no le importara nada sobre lo que le contó Luc de su padre. Solo expresó miedo y tristeza cuando fue consciente del dolor que le había provocado a él.

Dos semanas más tarde de salir del hospital, me extrañó ver la casa vacía de Luc cuando llegué de una salida con mis amigos. Lo busqué por toda la casa, ni sé todas las vueltas que di, hasta miré varias veces en el fondo de la piscina yo qué sabía por qué.

Una de esas veces que estaba en el jardín y cuando ya me estaba impacientando porque su último mensaje había sido que me esperaba impaciente en la casa, una melodía empezó a sonar a mi alrededor. Me giré sabiendo de dónde venía y de las manos que salía.

Caminé hacia el salón y lo vi, tocando al piano y empezando a cantar. Como hipnotizada fui hasta él y me apoyé en el piano, lugar que cambié enseguida cuando me pidió sin hablar que me sentara en sus piernas. Y así lo hice mientras él acariciaba las teclas del piano regalándome una canción preciosa y emotiva.

1

Regalándome, sí, ese fue mi pensamiento sin saber que era cierto.

—Esta canción... —hizo una pausa acariciando otra vez las teclas con la melodía— La he compuesto por y para ti —me susurró besándome en el cuello—. Y con ella quiero pedirte que me hagas el hombre más feliz del mundo aceptando casarte conmigo.

Agrandando los ojos lo abracé con fuerza y según sus palabras martirizándolo al no darle una respuesta. Sí, me tomé mi tiempo y no porque tuviera que pensarlo, simplemente tenía un nudo en la garganta y había sido tan emotivo que las palabras afirmativas tardaron en salir de mis cuerdas vocales, pero cuando lo hicieron la primera vez, repetí insistentemente «sí» haciéndolo reír.

Con el tiempo nuestros amigos fueron estrechando lazos. Como ya os podéis imaginar, Zac y Miriam siguieron con lo que empezaron a crear sin darle nombre al principio. Para Zac fue un flechazo, para Miriam no sabría decir si fue de la misma manera, pero que Zac no tardó en ganársela fue más que evidente. Estaban enamorados, qué más daba quién fue el primero o el segundo, ni el cómo ni el cuándo, lo importante es que habían creado una vida juntos y eran felices.

e

Erick estuvo entretenido una temporada haciendo sufrir a Raisa, la que lo seguía y se arrimaba a él en cada ocasión que tenía. Era más que evidente la atracción que surgió entre los dos, atracción a la que al final acabaron sucumbiendo para tranquilidad de Raisa y diversión de Erick. No eran pocas las veces que le recriminaba que, aunque se moría por estar con ella, solo huía, a lo que él contraatacaba diciéndole que con los aires que se plantaba delante de él necesitaba un pequeño escarmiento para no salirse siempre con la suya.

Maira y Glen eran el uno para el otro. Mismo carácter, mismo sentido del humor, mismo genio... vamos una bomba explosiva que detonaba cuando menos nos lo esperábamos. Pero los que no podían estar el uno sin el otro, así nos lo habían demostrado forjando una relación consolidada a pesar de sus tira y afloja, los que sabíamos que en el fondo les encantaba porque la batalla estaba servida en un rin en especial, más concretamente en uno acolchado y alto que les servía para dejar claro sus puntos de vista. Si llegaban a alguna conclusión no lo sabía, pero conociendo a mi amiga ya haría ella por no llegar a nada para sumarle más rondas de intentos.

Paula y Kevin en un principio se gustaron y llegaron a intimar, pero optaron por seguir cada uno caminos separados por la indecisión que mostraron. Digo en un principio, porque con el tiempo, entre reuniones en nuestra casa, acercamientos de celebraciones y todo lo que nos hacía juntarnos, que no era poco, acabaron por sucumbir a la atracción y tensión a la que se resistían. Les costó, sí, pero hoy día tenían una relación bonita y sabiendo perfectamente que se querían y necesitaban para complementarse.

De Alan poco puedo decir, solo por encima os comento que adoraba a su mujer, la hermana de Zac. Corazones le salían de los ojos cada vez que estaba junto a ella, una adoración que no era el único en sentir. Tal y como nos explicó Zac, al menos a mis amigos y a mí que no lo conocíamos tanto por aquel entonces, su hermana y Alan se enamoraron desde pequeños, iniciando una relación que contra todo pronóstico e incluso acallando las dudas de sus familiares por la poca edad que tenían, consiguieron afianzar y consolidar con los años, haciéndose más fuertes y creciendo y adaptándose a los tiempos que les tocó vivir. Existían ese tipo de relaciones, sí, ellos eran la prueba evidente de que el amor daba igual a que edad llegara, solo había que poner empeño en cuidarlo y mimarlo y, sobre todo, gestionarlo conforme fueron creciendo. Toda una vida llevaban y se notaba.

Cuando Zac, Glen y Kevin decidieron contarle a Luc la implicación de Eleonor en lo que le había pasado, él se debatió entre la rabia y la tristeza, sentimientos de los que le costó desprenderse. Y mucho luchó contra él mismo,

bien lo sabía, y no fue al único, porque sus amigos tardaron en digerir todo lo que le sucedió a Luc.

Pero puedo decir tranquila, porque sabía hasta qué punto le afectó a Luc la verdad, por el vínculo que tenía Eleonor con su hermana, que hoy en día existía al menos una relación cordial con ella, la que seguía viendo a Evelyn cada vez que podía. Yo poco sabía de su vida, pero solo con ver su presencia y la expresión de alegría las veces que coincidíamos por Evelyn, totalmente contraria a cuando la conocí, tenía claro que llevaba una vida tranquila. Lo que acabó de confirmarme un día Luc al ser conocedor y haber hablado con ella mucho para no apartarla por el recuerdo de su hermana.

El grupo MusicLife seguía teniendo la misma fama y cada nuevo álbum era un éxito asegurado, acaparando la atención allá a dónde iban. Disfrutaban de la música y de la pasión que sentían por ella. Como una vez me dijo al oído Luc, comentándome que de ahí venía el nombre del grupo que le puso él cuando lo crearon, la música es vida, es vibración, sentimiento, pasión, alegría, dolor, llanto... ¿cómo no amarla si transmitía tanto?

Una vida que cambia constantemente, a veces para bien y a veces para mal... a nosotros nos tocaron de cerca las dos partes y en las dos, conseguimos salir victoriosos de todo lo que se nos puso por delante.

La coincidencia en la carretera donde él tuvo el primer accidente y yo perdí el control de mi coche, provocó que nuestros caminos se cruzaran de la manera más inesperada.

Luc convertía nuestro amor en una melodía que no tenía final, una melodía que cuidábamos los dos a conciencia para que el tiempo no la pudiera enturbiar...

,

,

bien lo sabía, y no fue al único, porque sus amigos tardaron en digerir todo lo que le sucedió a Luc.

Pero puedo decir tranquila, porque sabía hasta qué punto le afectó a Luc la verdad, por el vínculo que tenía Eleonor con su hermana, que hoy en día existía al menos una relación cordial con ella, la que seguía viendo a Evelyn cada vez que podía. Yo poco sabía de su vida, pero solo con ver su presencia y la expresión de alegría las veces que coincidíamos por Evelyn, totalmente contraria a cuando la conocí, tenía claro que llevaba una vida tranquila. Lo que acabó de confirmarme un día Luc al ser conocedor y haber hablado con ella mucho para no apartarla por el recuerdo de su hermana.

El grupo MusicLife seguía teniendo la misma fama y cada nuevo álbum era un éxito asegurado, acaparando la atención allá a dónde iban. Disfrutaban de la música y de la pasión que sentían por ella. Como una vez me dijo al oído Luc, comentándome que de ahí venía el nombre del grupo que le puso él cuando lo crearon, la música es vida, es vibración, sentimiento, pasión, alegría, dolor, llanto... ¿cómo no amarla si transmitía tanto?

Una vida que cambia constantemente, a veces para bien y a veces para mal... a nosotros nos tocaron de cerca las dos partes y en las dos, conseguimos salir victoriosos de todo lo que se nos puso por delante.

La coincidencia en la carretera donde él tuvo el primer accidente y yo perdí el control de mi coche, provocó que nuestros caminos se cruzaran de la manera más inesperada.

Luc convertía nuestro amor en una melodía que no tenía final, una melodía que cuidábamos los dos a conciencia para que el tiempo no la pudiera enturbiar...

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: [@carlotamanzanoautora](#)

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: [@ChicasTribu](#)

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: [@carlotamanzanoautora](#)

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: [@ChicasTribu](#)